Cuentos Fantásticos y de Ciencia Ficción

GB Weber

Lectulandia

Siete apasionantes historias que lo atraparán de principio a fin. Este libro lo transportará junto a un grupo de astronautas hasta la superficie de un planeta extrasolar, donde descubrirá las variadas y aterradoras formas de vida que allí habitan. Luego viajará hasta un pueblo alemán de fines del siglo XIX para investigar una serie de misteriosas muertes ocurridas en un bosque embrujado. Después se encontrará con un enigmático personaje y será participe de una oscura leyenda. A continuación, se refugiará en un búnker ante un inminente ataque nuclear y se enfrentará a la realidad de la posguerra tres décadas después. Seguidamente será participe de un hecho real mientras recorre un sitio de avistamiento de OVNIs y se sorprenderá con un mensaje desde el cielo. Más adelante, será llevado hasta las dunas de Marte donde explorará sus secretos más profundos. Por último, vivirá una aterradora experiencia durante una noche de vigilia. En esta entrega de cuentos cortos, el autor incorpora elementos de diversos géneros, como ser el horror, el suspense, el misterio, los fenómenos paranormales, la investigación criminal, y los relatos de anticipación, llegando siempre a un inesperado y sorprendente desenlace, y convirtiendo a usted, amigo lector, en el protagonista indiscutible de estas increíbles aventuras.

Lectulandia

G.B. Weber

Cuentos Fantásticos y de Ciencia Ficción

ePub r1.0
Titivillus 06.03.17

Título original: *Cuentos Fantásticos y de Ciencia Ficción*
G.B. Weber, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Stella Maris, por su dedicación, cariño y paciencia; a Raúl, por sus comentarios motivadores y revisiones gramaticales; y a Germán, por alentarme a escribir desde un principio.

Viaje Estelar

09 de abril de 2095

El Cosmódromo de Vostochny, en la región de Siberia Oriental, se ha convertido en el centro de atención mundial. Sus instalaciones están colmadas de personalidades de la sociedad rusa y del ámbito internacional. Al evento han sido invitados periodistas, intelectuales, científicos, políticos y astrónomos del mundo entero. Los ojos del planeta están puestos en el vehículo espacial Yuri Gagarin, el cual se prepara para ser lanzado hacia el espacio. En el transbordador viaja la primera pareja de cosmonautas del programa multinacional Global Kepler Project.

Mirando a través de una diminuta ventana de la nave, el científico y astrofísico Boris Karpatov observa por última vez el cielo celeste de la Tierra. Él y su acompañante, la astrobióloga bielorrusa Tanja Dyaglieva, se habían entrenado para esa ocasión desde pequeños. Los padres de ambos también fueron cosmonautas del programa espacial del Estado de la Unión de Rusia y Bielorrusia donde participaron en varias misiones en la vieja Estación Espacial Internacional (en inglés ISS) y en el moderno vehículo orbital Mir-4. Desde niños les habían cultivado en una infinidad de campos científicos y antes de haber alcanzado los 18 años ya poseían sus distintivos como pilotos de combate. Ambos se habían conocido en su niñez, mientras eran educados en la Escuela de Cosmonáutica de Moscú.

Momentos antes del despegue, Boris saluda a su compañera de viaje haciéndole un guiño a través del visor del casco. Un minuto después, el transbordador ruso con los dos tripulantes y cargado de provisiones, despega con éxito de Vostochny hacia la órbita terrestre.

Dos días después, al otro lado del Pacífico, otra nave se prepara para la partida en Cabo Cañaveral, Florida. Se trata del nuevo vehículo espacial *Stellar*, que transportará a la pareja de astronautas norteamericana John y Mary Arlen. Ambos ingenieros y astrónomos, se conocieron cuando eran jóvenes pilotos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Fueron adiestrados durante 10 años para ésta misión, siendo John experto en robótica, drones y sondas de exploración espacial; en tanto Mary se ha especializado en el área de la radioastronomía. Ellos, al igual que el resto de los astronautas del programa, fueron ilustrados en una amplia variedad de campos científicos para poder desempeñar sus tareas, lograr sus objetivos, y transferir conocimientos a la futura primera generación de seres humanos fuera de la Tierra.

La nave *Stellar* despega sin problemas desde Cabo Kennedy y luego de cinco horas surge orbitando el planeta e iniciando la fase de aproximación y preparación para el acopamiento. En el punto de reunión asignado, a 430 kilómetros de altura sobre el Océano Atlántico, se puede observar al transportador ruso acoplado a una gigantesca nave interestelar. Esta imponente mole aeroespacial de 290 metros de largo y 79m de diámetro, bautizada *Humanitas*, fue construida durante 25 años en la órbita terrestre por el Programa Kepler. Se trata de la misión espacial más ambiciosa y costosa de la historia, después de la primera expedición tripulada a Marte en el año

2030.

La idea del proyecto comenzó a gestarse luego del éxito del programa Interstellar, cuando la sonda IP-2 logró alcanzar el 62% de la velocidad de la luz. Esto fue posible gracias a los avances en la utilización del nuevo sistema de propulsión por antimateria. Los progresos obtenidos en los últimos 50 años en el desarrollo de estos motores resultaron ser muy eficientes, superando a los fabricados a principios del siglo XXI basados en la propulsión iónica. Los graves problemas que enfrentaban los científicos con relación a la antimateria tenían que ver con el hecho de que no se podía producir en cantidades suficientes, ni en forma eficaz, ni podía ser preservada en recipientes compuestos de materia ordinaria. Pero con los nuevos métodos de producción de antimateria y su conservación en modernas trampas iónicas, se logró controlar la reacción de fotones de alta energía que producen rayos gamma, al ponerse en contacto la materia y antimateria. La sonda Interstellar-2 permitió comprobar la utilización y desempeño de esta potencia en viajes espaciales, estimando alcanzar hasta el 47% de la velocidad de la luz en naves de gran tamaño.

Hubo acaloradas discusiones sobre el destino de una primera misión tripulada fuera de nuestro sistema solar. La elección primaria fue sin duda el sistema binario de Alfa Centauri, a una distancia de 4,37 años luz de la Tierra. Pero luego de comprobar los datos obtenidos por el telescopio Hubble-3, se concluyó que en la Constelación del Centauro no se encontraría ningún planeta habitable orbitando la estrella Alfa Centauri B. Fue así que se optó por la segunda opción: alcanzar el sistema estelar triple conocido como Gliese 667, en la Constelación de Escorpio. En efecto, el destino de la nave *Humanitas* es el exoplaneta Gliese 667 Cc, uno de los 3 planetas conocidos ubicados en la zona habitable orbitando la estrella enana roja Gliese 667 C. El astro se encuentra a 23,6 años luz de distancia de la Tierra. Fue descubierto en 2011, pero no fue hasta el año 2036 que se confirmó la existencia de agua líquida y oxígeno en su atmósfera. Fue este hallazgo el que dio origen al Programa Kepler, resucitando los planes de viajes interplanetarios fuera de nuestro sistema solar, como el Proyecto Orión o Daedalus de mediados del siglo veinte.

Las nuevas tecnologías en el diseño de motores habían permitido la posibilidad de construir naves de gran porte, pero los costes en miles de billones de dólares americanos habían requerido de la cooperación de múltiples socios para el logro de la empresa. Es por ello que se llegó a un acuerdo participativo entre las agencias espaciales más importantes del mundo (NASA, ESA, ROSCOSMOS, JAXA de Japón, CSA de Canadá, CNSA de China, ISRO de la India y AEB de Brasil); así como también las empresas aeroespaciales más poderosas (United Technologies, Lockheed Martin, Northrop Grumman y las recién fusionadas: Boeing General Dynamics de Estados Unidos; Airbus, BAE Systems y Arianespace de Europa; United Aircraft y Oboronprom de Rusia; y la China Aerospace) para el diseño, desarrollo y construcción de la nave espacial interestelar *ISS Humanitas*.

En las modernas instalaciones del Centro Espacial de Wenchang, en la isla china

de Hainan, una joven azafata, representada en una imagen holográfica, explica a los invitados los detalles del desarrollo del proyecto. Los presentes pueden conectarse con el holograma y observar, a través de sus lentes inteligentes, imágenes en 3D del interior del navío y de la geografía planetaria del futuro hogar terrícola. Se calcula que el objetivo podrá ser alcanzado en 53 años, tiempo terrestre. Si una sonda de exploración fuese enviada a Gliese 667 Cc, la información que el artefacto cósmico emitiese tardaría unos 100 años en ser recibida en la Tierra; es por ello que se canceló la idea de una misión no tripulada y se optó por llevar adelante el Programa Kepler, iniciando así los preparativos para un viaje con pasajeros a bordo.

Fuera del complejo de cristal y acero, se divisa orgullosa la gran torre metálica que sostiene al transbordador chino Shenzhou 32, en la plataforma de lanzamiento. La nave orbital, impulsada por el cohete Larga Marcha 95C de 62 metros de alto, esta pronta para llevar al espacio a los taikonautas asiáticos: Wang Dan y Cao Shunli. Ambos completaron un largo entrenamiento en los simuladores espaciales y en aeronaves de gravedad reducida, donde aprendieron a desarrollar tareas en condiciones simuladas de ingravidez. La pareja oriental fue unida en matrimonio para la misión por orden del Partido Comunista de China (el último en el poder) «para llevar el fruto de la libertad socialista a los confines del Universo».

Entre tanto, en la órbita terrestre, el transportador *Stellar* logra acoplarse con éxito al puerto de atraque número 2 del *Humanitas*. Un estallido de júbilo resuena en el Centro de Control Espacial de Houston. La pareja de astronautas de Estados Unidos ingresa a la cámara de descompresión a través de la escotilla del puerto. Luego de quitarse el casco del traje espacial, acceden al módulo de recepción donde son recibidos fríamente por los integrantes del equipo de exploración ruso.

—Le damos la bienvenida a bordo, ciudadanos del Cosmos —saluda Boris Karpatov en un inglés perfecto a los recién llegados, mientras el grupo de hombres y mujeres se dan la mano y se palmean tímidamente la espalda.

Según el estatuto de la Misión Kepler, desde el momento en que acceden a la nave los miembros de la tripulación dejan de ser ciudadanos de sus respectivos países. Serán a partir de ahora seres humanos embajadores de la Tierra y futuros habitantes de un triple sistema solar en el brazo espiral de Carina Cygnus. Es por ello que todos llevan en su pecho una insignia color verde y azul con la inscripción «*Humanitas*», símbolo de nuestro planeta y de sus moradores.

Pero los recientes acontecimientos en el estrecho de Bering han provocado una escalada de las tensiones entre ambas potencias que no se veía desde 1962, la que ha generado una sensación prematura de desconfianza entre los integrantes de las dos naciones. John Arlen aclara la posición norteamericana:

—En nombre de mi compañera, el mío propio y el de mi gobierno, es nuestro deseo que la actual crisis no afecte la labor que llevaremos a cabo juntos. Trabajaremos con ahínco para que ello sea posible.

—Su anhelo es también el de nosotros, y el de nuestro pueblo —dice Boris.

—Que así sea —dice Mary Arlen.

—Debemos continuar descargando el equipo y las provisiones —comenta Tanja Dyaglieva.

—Entonces, pongámonos a trabajar —exclama John.

Los rusos y americanos extraen 500 kg de carga del Gagarin, y después de coordinar la maniobra, controlada a distancia desde el Comando Espacial Ruso, observan a través de la ventanilla de la escotilla del puerto la fase de separación de la nave para su reingreso a la Tierra. Después, los astronautas trasladan el cargamento a los lugares asignados en el *Humanitas*. Para poder desplazarse dentro de la misma, los tripulantes utilizan un sistema magnético que permite adherir sus zapatos a la superficie del navío, logrando así una mayor facilidad de movimiento. Pero éste sistema de calzado imantado solo brinda una ilusión de la gravedad terrestre. Es por ello que el gigantesco cohete posee un módulo denominado G1, que permite igualar la gravitación de nuestro planeta al girar sobre su eje a una velocidad determinada. Esta sección funciona gracias a la cantidad de energía producida por la destrucción de antimateria. Los compartimentos del G1 están asignados a la sanidad, el huerto, algunos laboratorios, el cuarto de hibernación, el gimnasio, el comedor, y los servicios higiénicos. Además, el buque espacial cuenta con un observatorio astronómico y reducidas recamaras habitacionales para las parejas humanas a bordo. Todos los módulos habitables están aislados de los efectos de los motores de gamma de antimateria.

Mientras desembarcan los suministros de la nave del Tío Sam, los astronautas esperan recibir a los integrantes de la misión china que están por arribar en el Shenzhou. Aún quedan los últimos pasajeros en tierra. Ellos son el Coronel Ulrich Walter de Alemania y Augusta Byron, investigadora científica de Irlanda Unificada. Ambos esperan en el vehículo estelar *Ariane 15* para el conteo final.

—…3…2…1 —se escucha por el auricular. Los cosmonautas inician el ascenso a 400 metros por segundo en el nuevo transbordador de la Agencia Espacial Europea desde Kourou, en la Guayana Francesa.

12 de abril
Misión Kepler - Día 0

La larga espera ha concluido. En el 134 aniversario del primer vuelo orbital

realizado por el hombre, la tripulación completa aguarda instalada en sus asientos en la cabina de mando del *ISS Humanitas*. El Comandante de vuelo y su copiloto esperan instrucciones del Centro Unificado de Control Espacial, en Houston. Sus nombres son Shin y Eva. Ambos se encontraban en la nave cuando arribó la tripulación rusa. Ellos fueron creados por Shin-Ichiro Nakaoka, científico e ingeniero japonés de inteligencia artificial. Así es; el noveno pasajero no es humano, es un androide multipropósito cuya misión principal es guiar a la nave las 24 horas hasta su destino final, en el sistema Gliese 667. Eva, el otro autómata, además de copiloto y multifuncional, realizará cuando se lo requiera, operaciones quirúrgicas de alta precisión.

—Houston, aquí la *Nave Espacial Interestelar Humanitas* —dice el Comandante —. Todos los sistemas funcionando y en posición. Estamos listos para iniciar la secuencia de encendido de los motores de antimateria.

—Inicio del conteo —da la orden el Comandante de la Misión en Houston.

—…10…9…8…7…6…5…4…3…2…1… ¡Ignición!

La noche europea se ilumina de repente con una potente luz de rayos gamma. La monstruosa nave de veinte mil toneladas de peso, comienza a desplazarse por el éter newtoniano, y en la primera fase del viaje, cruzará nuestro sistema solar a una velocidad relativamente lenta, antes de comenzar la aceleración.

Misión Kepler - Día 1

Mientras transcurren las primeras horas de la misión, los tripulantes acomodan sus pertenencias en las recamaras asignadas y comienzan a preparar las instalaciones para ser utilizadas durante el viaje. A la hora de la cena, los humanos se reúnen en el comedor de la sección G1. Los únicos miembros que permanecen en su posición de trabajo son Shin y Eva. El grupo se muestra animado en el comienzo de la larga travesía.

—Me gustaría elegir un lago o río para que llevase mi nombre —dice John.

—Yo le pondría el nombre de nuestra Madre Rusia a un océano —enfatiza Boris.

—Saben que ninguna de las dos cosas se puede hacer —argumenta Cao, mirándolos a los ojos—. Los nombres asignados serán elegidos por consenso. Además…

—No te alteres Shunli —le interrumpe Ulrich—. Solo quieren hacerte enojar porque han sabido que la gran China ha enviado a la mujer más severa y estricta del

planeta —le dice el alemán con una sonrisa, mientras los demás largan una carcajada.

—Y al final, ¿cómo llamaremos a Gliese 667 Cc? —pregunta Tanja.

—Como tú sabrás —responde Wang— hay varios nombres posibles que han sido mencionados, incluso a través de una encuesta mundial. Uno de ellos es Terra Nova.

—Poco original —interrumpe Augusta.

—Es por eso que yo preferiría un nombre chino como *Ludi*, cuyo significado es: tierra —recalca Wang, mientras su compañera asiente con la cabeza dándole su aprobación.

—Tenemos mucho tiempo para discutir ese tema —dice Ulrich seriamente. Y para ponerle fin a la discusión, agrega—: Ahora debemos concentrarnos en nuestras tareas para poder llegar preparados al planeta.

El Coronel alemán es el Jefe de la Misión a bordo del *Humanitas*. Fue asignado luego de largos debates sin éxito entre Rusia y los Estados Unidos. Ambos países aspiraban a liderar la expedición, pero los últimos acontecimientos imposibilitaron lograr cualquier consenso. Y debido a que los americanos tampoco querían a los chinos al mando, se decidió nombrar al europeo.

En tanto, desde la cabina de control, Shin solicita la presencia del alemán. Si bien el Comandante de Vuelo es subordinado del Coronel en cuanto a la última toma de decisiones, todo lo relacionado con el vuelo de la nave está supeditado a las órdenes del autómata, y es por ello que puede impartirle una orden a su jefe, si ésta es referida a temas de navegación. Ulrich Walter recibe la llamada a través de una alerta en sus lentillas inteligentes y procede hacia la cabina de mando. Los lentes de contacto son un instrumento imprescindible para los astronautas. No solo es una herramienta que permite la mejora de la visión, también es un medio de transmisión de texto, imágenes y video, el cual es controlado con la mente. A través de la retina, el lente envía y recibe información del cerebro por medio del nervio óptico. La última tecnología ha permitido conectar los cristales a las células ciliadas, las que tienen la función de transformar señales electroquímicas dirigidas al área receptora auditiva de la corteza cerebral. Es así que a través de los cristales se puede transmitir voces y sonidos, además de texto e imágenes.

Walter ingresa a la cabina de mando y es recibido por el Comandante de Vuelo.

—Coronel, lo he llamado porque *Humy* quiere dar un informe del estado actual de la misión.

Humy no es otro autómata; es una súper computadora u ordenador que representa el sistema nervioso central del *Humanitas* y que reporta permanentemente la situación de la nave. A su vez, el computador es una gigantesca base de datos que servirá como fuente de información para las futuras generaciones.

—Informe de la Misión Kepler, Día 1 —comienza diciendo Humy, con voz casi humana—. Datos de Vuelo, Fase 1: 100% de los sistemas funcionando correctamente; Velocidad de inicio: 13.411 km por segundo, equivalente al 4,47% de la velocidad de la luz. Días estimados en alcanzar la órbita de Plutón: 5.

Misión Kepler - Día 5

La voz de Humy resuena en todos los rincones del navío espacial. El punto rojo parpadeante que da aviso de alerta resalta en los cristales ópticos de los astronautas. El grupo es requerido de inmediato en el observatorio. El cohete ha disminuido su velocidad hasta los 128 mil kilómetros por hora, en su recorrido final por el Sistema Solar.

Planificado desde el inicio en base a complicados esquemas y cálculos matemáticos, la *ISS Humanitas* hace coincidir su trayectoria con la órbita de Plutón. La importancia de este punto de encuentro, a una distancia de 25 mil kilómetros de su superficie, se debe al gran interés que ha despertado en los científicos este planeta enano, más pequeño que la Luna, luego que la NASA confirmara la existencia de vida microbiana en el océano de agua líquida bajo el gélido suelo del globo. Muchos astrónomos han querido redimir al planeta enano intentando devolverlo a su sitial de privilegio entre los astros de nuestro sistema, pero no ha habido consenso para ello en la Asamblea General de la Unión Astronómica Internacional. La misión Kepler ha querido rendir homenaje al «Dios del Inframundo» y es por ello que ha hecho un alto en su viaje para contemplar el último de los principales cuerpos celestes del Sistema Solar, previo a su largo camino hacia la Constelación de Escorpio.

Los cosmonautas llegan hasta una pequeña sala de tres metros de ancho por diez de largo. El sitio está ocupado por una hilera de asientos. Los miembros de la tripulación se acomodan en sus lugares. Casi al mismo tiempo, una gran persiana se eleva, dejando apreciar a través de un enorme ventanal de vidrio de cristal líquido fotosensible, el maravilloso panorama que ofrece a la vista Plutón y Caronte. El equipo también puede hacer uso de sus lentillas inteligentes para conectase con el telescopio a bordo denominado Galileo y captar imágenes de alta resolución de sus paisajes.

—Es un hermoso y frío planeta —dice Mary, sentada junto a Tanja.

—Así es —dice la astrobióloga bielorrusa—, más frío que Siberia pero igual de hermoso que sus estepas.

—Es increíble que pueda albergar vida en sus entrañas —continúa diciendo Mary.

—Eso es lo que me entusiasma —remarca Tanja—. Si en un lugar tan inhóspito como este, donde la luz solar tarda 5 horas en alcanzar su superficie, se puede crear y mantener la vida, imagina cuantas especies podrían existir en el nuevo mundo a donde nos dirigimos.

En otra de las butacas se está desarrollando una conversación similar:

—Mira el tamaño de Caronte —dice Augusta—, es la mitad de grande que Plutón. Se parece más un planeta que a un satélite.

—Los miembros de la UAI son una manga de burócratas —dice Boris visiblemente enojado—. Jamás se ponen de acuerdo en nada. En la siguiente reunión de la Asamblea General que se va a realizar el próximo año en Moscú, nuestro grupo

de astrónomos va a proponer una definición para los planetas enanos binarios. Caronte, en realidad no es un satélite de Plutón, pues no gira alrededor de éste; más bien, ambos rotan en torno a un centro de masas. Es decir, que juntos forman un sistema planetario doble.

—Observa a través del telescopio los magníficos colores que se reflejan en la gélida superficie —le dice el Coronel Walter a la Doctora Shunli.

—Ah sí, lo puedo ver —le dice la mujer asiática—. Según la información que recibo en el cristal óptico, la temperatura a ras del suelo es de -230 grados centígrados.

—Eso es mucho frío —sigue diciendo el alemán—. Mira ahora esa parte de la cara visible que se aprecia clara y brillante sobre el norte del ecuador.

—La Región Tombaugh —le dice ella, mientras lee los datos en sus lentillas.

—Correcto —afirma el europeo—. Es llamado así en honor al astrónomo que descubrió Plutón en 1930. El lugar también es apodado «El Corazón». ¿Puedes reconocer su forma?

—Sí.

Las siluetas esféricas pasan a través del gran ventanal quedando detrás del *Humanitas*. Pero el espectáculo de hoy aún no ha terminado. El Jefe de la Misión manda la orden al Comandante de Vuelo. La gigantesca nave da un giro de 90 grados ubicándose atrás del sistema binario. Desde esa posición, junto a Plutón-Caronte, se puede apreciar a lo lejos un reducido círculo solar: nuestro Astro Rey; y aunque sea imposible de percibir a simple vista, todos sabemos que en algún lugar, mucho más cercano a nuestra estrella, hay un pequeño y pálido punto azul. La panorámica de nuestro sistema solar que ahora contemplan en silencio los astronautas, es la misma imagen que observó la cámara de tubo vidicón de alta resolución de la sonda espacial Voyager 1 y que fue tomada a solicitud del astrónomo Carl Sagan el 14 de Febrero de 1990, a una distancia de 6 mil millones de kilómetros de ese diminuto pixel, al que Sagan se refirió de esta manera:

«Nuestro hogar, donde están las personas que hemos amado, de las que hemos oído hablar; todos los seres humanos que han existido, han vivido en él. El único hogar que siempre hemos conocido».

El navío voltea una vez más como un satélite alrededor de Plutón-Caronte, y dando su última mirada a nuestro sol y al conjunto de planetas, emprende vuelo hacia su destino final, en los confines del universo.

Misión Kepler - Día 6

Ha comenzado el segundo tramo de la expedición fuera de nuestro sistema planetario. Los motores de antimateria comienzan a impulsar la nave hasta alcanzar, en los próximos meses, el 47% de la velocidad de la luz. El grupo envía el último saludo a sus seres queridos en la Tierra y se prepara para un largo período de letargo.

Las cápsulas criogénicas se abren y esperan el ingreso de los ocupantes. Los hombres y mujeres entran al cuarto de hibernación y se acomodan dentro de los habitáculos correspondientes. El sistema controlado por Humy y supervisado por los autómatas, mantendrá por 44 años (tiempo de abordo) los cuerpos de la tripulación en un estado de preservación llamado *animación suspendida*, similar al que experimentan los animales de sangre caliente durante la etapa de hibernación. En este proceso, los signos vitales, como la frecuencia cardíaca y las pulsaciones, se mantendrán débiles bajo frías temperaturas y la digestión prácticamente se detendrá. Un suero especial conservará hidratados los cuerpos y los proveerá de las sustancias necesarias para el mantenimiento de la vida. Como mecanismo de seguridad, cualquier evento anormal que ocurriese en esta fase dispararía una alerta y el proceso de criónica se detendría, despertando a la tripulación. Si todo funciona normalmente, el ciclo de congelamiento está programado para su terminación 3 años antes de llegar al Sistema Gliese.

Las cabinas individuales se cierran y el equipo de exploradores espaciales comienza un largo estado de reposo. Eva y Shin mantendrán el rumbo de la nave desde sus puestos en la cabina de mando y harán la revisación y mantenimiento de la *Humanitas*. Como los años afectarán sus circuitos, los androides también pasarán un tiempo desconectados. Humy será el único sistema que se mantendrá en alerta y en funcionamiento a lo largo de todo el viaje.

Misión Kepler - Día 16.077

La enorme embarcación espacial navega en solitario por el frío y oscuro océano de estrellas en la Constelación de Escorpio. Los sombríos pasillos del *Humanitas* están desiertos. Todo está envuelto en un silencio sepulcral. Dentro de la cabina de comando no hay pilotos. De repente, se enciende una luz en el tablero de control. La tercera etapa del viaje ha comenzado. Las cápsulas del tiempo se abren y de a poco

los astronautas y autómatas se van despertando del prolongado sueño.

Durante un extenso desayuno, los miembros de la tripulación llevan a cabo una votación para darle nombre definitivo al nuevo mundo. Por mayoría simple y con la oposición de los asiáticos, se toma la decisión de nombrar a Gliese 667 Cc con la nueva designación oficial de: *Nova Terra*.

Después de la comida, cada integrante del grupo es revisado por la Doctora Shunli antes de iniciar las tareas asignadas. La pareja rusa, junto a la científica irlandesa, se encargará de estudiar y analizar los datos del planeta. El sistema Gliese 667 no se encuentra lejos. El telescopio Galileo ha estado observando este sistema estelar triple mientras la tripulación hibernaba. El astrónomo y astrofísico Boris Karpatov se dedicará a analizar la composición química de la esfera mediante el estudio del espectro de radiación electromagnética. En tanto, Augusta Byron, especialista el área de la Geoquímica, profundizará en el estudio de la composición de los elementos químicos, determinando su abundancia y distribución en el globo. A su vez, la astrobióloga Tanja Dyaglieva combinará los aportes de la biología, la geología y la química para analizar las posibles formas de vida en el planeta. La presencia de determinados elementos en la atmósfera, como el monóxido de carbono, podría confirmar la existencia de vida inteligente en Nova Terra.

En otra parte del módulo G1, la radioastrónoma Mary Alen prepara el equipo para iniciar el envío de ondas de radio a los 3 objetos ubicados en la zona habitable de la estrella Gliese 667 C, utilizando para ello el radiotelescopio a bordo. Si hay formas de vida inteligente, tal vez esas civilizaciones serían capaces de responder a los mensajes emitidos desde el *Humanitas*. Es por ello que la antena de radio direccional instalada junto al Galileo, captará y medirá la potencia y los tiempos de las señales de radiofrecuencia que pudieran ser emitidas por estos cuerpos celestes del sistema Gliese.

Todas estas investigaciones se enmarcan en un período de estudio de Nova Terra, mientras la nave se encuentra a cierta distancia del astro. Para cuando el navío interestelar se detenga en su órbita, habrá una nueva fase de exploración profunda del mismo previo al desembarco. En ello ha comenzado a trabajar John Arlen, quien será el responsable de diseñar, construir y pilotear a distancia un dron espacial que recorrerá la atmósfera planetaria, con el objetivo de hallar el mejor lugar para descender y asentarse.

El diseño, planificación y construcción de la primera colonia será responsabilidad del arquitecto e ingeniero civil Wang Dan. Utilizando una impresora 3D, construirá pequeñas edificaciones y accesorios necesarios para la habitabilidad, empleando un material que puede solidificarse como el acero al imprimirla. En ésta etapa, el constructor chino diseña estas estructuras mediante proyecciones holográficas basándose en la información que les proporcionará el grupo que estudia la composición del planeta.

Los dos droides también tienen tareas que hacer. Aparte de mantener la nave en

vuelo, se encargan de hacer todo tipo de reparaciones. Una vez que alcancen la órbita de Nova Terra van a salir al exterior para llevar a cabo dichas labores. Además, todos los miembros de la tripulación colaboran diariamente con el desarrollo del huerto espacial que servirá de alimento para ellos y las futuras generaciones, una vez que se traslade a la superficie. La carga incluye varias toneladas de tierra y semillas para poder extender esta fuente vital de alimentos con el cultivo de grandes plantaciones, en caso de que no se encuentre vegetación en el planeta.

Cada día, y durante los próximos 3 años, se celebrará una reunión donde participarán todos los exploradores, incluidos los autómatas. Como ocurre en el ámbito militar, luego de culminar las tareas diarias se le entrega las novedades al Coordinador de Trabajo: Coronel Ulrich Walter. El Jefe de la Misión es quien se encargará de incluir toda la información que será recabada por el grupo, y luego de recibir el asesoramiento correspondiente, tomará las decisiones necesarias para culminar la misión con éxito.

La nave *Humanitas* continúa su recorrido a través de la galaxia en dirección a Gliese 667. Pronto llegarán a su nuevo hogar, a 23,6 años luz de la Tierra.

Misión Kepler - Día 17.167

Otro gran día ha llegado. Después de 47 años viajando por el cosmos, la *ISS Humanitas* ha alcanzado con éxito el sistema triple Gliese 667. La estrella A y B no poseen planetas, pero su tercer sol: Gliese 667 C tiene 4 astros, aunque solo uno de ellos está dentro de la zona habitable. Ese será el futuro hogar de los pioneros humanos. La gigantesca nave continúa reduciendo su velocidad y corrigiendo su posición hasta quedar situada en una órbita geoestacionaria sobre Nova Terra. La tercera fase de la Misión Kepler ha culminado satisfactoriamente.

Los viajeros terrestres se reúnen en el observatorio para contemplar, una vez más, el aspecto del nuevo mundo. Su atmosfera parece ser suficientemente densa, cargada de espesas nubes. En su zona del crepúsculo, entre el hemisferio diurno y el que se encuentra entre sombras, se puede apreciar áreas de agua líquida y zonas marrones oscuras. La región iluminada, en cambio, solo deja lucir un manto rojizo entre las nubes negras, sin señales de agua. No se aprecia ningún punto de luz en la zona oscura, por lo que, si existen seres inteligentes, aún no han descubierto la manera de alumbrar artificialmente.

Más tarde, el grupo de astronautas se instala en el comedor, que ha sido desde

hace tres años salón de reuniones, para escuchar con atención el discurso del Coronel Walter por el éxito de la misión. Para ésta ocasión, se han reservado dos de las cuatro botellas de champagne *Bollinger, La Grande Année 2090,* que se han traído y añejado por cerca de 50 años.

—Quiero celebrar con ustedes por éste glorioso día. El logro que representa llegar hasta aquí ha sido el resultado del trabajo de miles de personas de nuestra querida Tierra. Sé que todos ustedes están ansiosos por descender en el nuevo hogar planetario, pero saben tan bien como yo que aún nos queda mucho trabajo por hacer antes de emprender esa acción. En ésta cuarta etapa, debemos analizar todos los datos recabados en estos 3 últimos años, para poder asegurar dónde y cuándo iniciaremos la colonización. También enviaremos una sonda y empezaremos a develar todas estas incógnitas. Pero antes que nada, le he pedido a Mary que envíe una señal a la Tierra para avisar que hemos llegado. Desde que iniciamos este largo viaje han pasado 53 años en nuestro planeta. Por la dilatación del tiempo, nosotros hemos alcanzado Nova Terra en 47 años. Ahora, nuestros amigos en casa van a tener que esperar otros 23 años para recibir nuestro mensaje. Nuevamente el ser humano se siente aislado; separado de su tierra por grandes distancias que solo pueden ser recorridas a través del tiempo y el espacio. Somos como aquellos antiguos exploradores que navegaban con sus barcos por los vastos mares durante meses, divisando únicamente las aguas azuladas en el horizonte, y que un día llegaban a unas costas paradisíacas para iniciar allí una nueva vida, en un nuevo mundo. Nosotros hemos encontrado el Nuevo Mundo. Comenzaremos aquí una nueva vida. ¡Salud Camaradas!

Misión Kepler - Día 17.168

Como estaba planificado, Eva y Shin abren una esclusa estanca y salen al exterior de la nave para realizar diversas reparaciones y otras actividades extra-vehiculares. Llevan trajes de astronautas pues, aunque no necesitan oxígeno para vivir, deben proteger sus mecanismos de las bajas temperaturas y de las emisiones de radiación de la estrella enana. Mientras, desde la cabina de mando, John, Boris, Cao y Ulrich, observan a través de los monitores el desarrollo de la caminata espacial sobre la estructura del módulo de carga. En determinado momento, Shin nota que varios de los paneles que cubren la grúa de carga canadiense (plegada y oculta a un costado de la nave) aparecen parcialmente desprendidos, y el sistema de seguridad del brazo robótico destrabado.

—Aquí Shin a Control, la protección de la grúa está comprometida. Iniciaremos la reparación, cambio.

—Aquí Control, proceda; cambio y fuera —responde el Coronel. Y mirando el tablero de mandos, observa que ninguna luz de alerta ha avisado de la falla—. Será mejor averiguar que ha sucedido y solucionar el problema —dice ahora, mirando a John.

—Enseguida lo arreglaré, Coronel.

Entretanto, en el exterior del *Humanitas*, Eva comienza a soldar uno de los paneles que se encuentran desunidos.

—¡Ten cuidado! La grúa se soltó del gancho de seguridad —le dice su compañero por el comunicador.

—No te preocupes, tengo todo bajo control.

En ese instante, el brazo de carga se sacude y comienza a desplegarse, golpeando fuertemente a Eva. El impacto la empuja hacia atrás, saliendo despedida de la nave en dirección al planeta. Shin avisa a Control del desafortunado suceso, aunque no era necesario hacerlo, la tripulación había observado todo desde las pantallas de la cabina.

—Utilizaré la sonda —avisa John, en voz alta.

Inmediatamente, pone en marcha el vehículo a toda prisa hacia la figura de Eva, que se ve suspendida en el espacio a lo lejos y acercándose peligrosamente a los límites de la atmósfera de Nova Terra.

—Voy por ti, Eva —le dice Arlen, acelerando la diminuta nave—. No dejaré que te ocurra nada.

El plan de John es utilizar unos brazos robóticos de la sonda espacial para atraparla, antes de que entre en la atmósfera del planeta.

—Los cálculos matemáticos de velocidad, aceleración y distancia —dice Eva— confirman que el esfuerzo es en vano. No podrás alcanzar mi posición a tiempo.

John comienza a comprender que ella tiene razón. Los ojos de la tripulación observan a lo lejos el diminuto punto sobre el horizonte del planeta, hasta que un breve destello de luz revela que lo peor ha sucedido. Uno de los autómatas se ha desintegrado en la atmósfera de Nova Terra.

En el *Humanitas*, el equipo permanece en silencio unos minutos, estupefacto; mientras el piloto de la nave no tripulada, igualmente atónito, no sabe que ordenes darle a la máquina.

Unas horas más tarde, en la junta de trabajo del grupo, los hombres y mujeres permanecen en silencio, esperando a escuchar al Jefe de la Misión:

—Todos lamentamos profundamente la perdida de nuestro copiloto médico Eva. Representaba a una parte muy importante de la tripulación y era imprescindible para el logro de la misión. A pesar de que era un ser de inteligencia artificial, todos la considerábamos humana, como cualquiera de nosotros. Lo que ha ocurrido nos tiene que servir de lección. Un accidente ha sucedido y eso no puede volver a pasar.

Debemos trabajar en equipo y a la vez cuidarnos entre todos. Ahora tenemos que continuar adelante con nuestro objetivo: la colonización del exoplaneta técnicamente llamado: Gliese 667Cc. Les estoy enviando el primer informe de datos recopilados sobre el mismo. Podrán ver ahora el reporte a través de sus lentes inteligentes —dice el Coronel antes de iniciar su exposición—: Comenzaré hablando de Gliese 667C, uno de los tres soles que visualizaremos en el cielo de Nova Terra. Como ustedes sabrán, nos estamos refiriendo al tipo de estrella más común y de pequeño tamaño: una enana roja de tipo M, con una masa solar de 0,31 Ms y un radio solar de 0.42 Rs. Debido a una fusión nuclear extremadamente lenta en su núcleo, este tipo de estrella tiene mayor vida que cualquier otro astro. Su desventaja, sin embargo, radica en el hecho de que posee un grado de luminosidad menor al 90% de la de nuestro sol. Peor aún, gran parte de esa luz se ubica en la parte infrarroja del espectro electromagnético que es invisible al ojo humano, por lo que necesitaremos adaptarnos a la falta de iluminación. Complementaremos con energía lumínica artificial, entre otras cosas, para hacer crecer nuestras plantas. El problema de la luminiscencia también podría ser un perjuicio para el desarrollo de la vida acuática. Esto es algo que vamos a averiguar utilizando el drone cuando hayamos descendido a tierra. En cuanto a la temperatura sobre la superficie del paneta, vamos a encontrar 3 zonas térmicas bien demarcadas: la región oscura, que se encuentra congelada a -85 grados centígrados; la zona brillante, donde el termómetro alcanza 55° C; y el área a la que yo llamo «lugar ideal» para ubicar nuestra base, con una temperatura entre -5 y 30 grados Celsius en la zona del crepúsculo. A pesar del menor calor recibido, estas condiciones térmicas se logran alcanzar debido a la proximidad del planeta con su estrella. Si estuviese a mayor distancia, Gliese 667Cc sería inhabitable para nosotros por sus bajísimas temperaturas. Pero el hecho de estar cerca de su astro rey trae dos complicaciones muy importantes: la inadecuada protección atmosférica de rayos UV (aunque eso es corregible), y el hecho de que el planeta se encuentra anclado o acoplado por marea a su sol. Es igual al caso de la Luna, donde el tiempo que demora en rotar sobre su eje es el mismo que le lleva efectuar la traslación orbital sobre el otro cuerpo astronómico, lo que hace que un solo hemisferio esté apuntando siempre a la Tierra. Es la llamada: rotación sincrónica. Así pues, la noche en Nova Terra es permanente y sumamente fría; y vivir en el hemisferio diurno a grandes temperaturas y bajo los efectos de los rayos UV sería también muy difícil. Aunque las variaciones térmicas que existen podrían ser aún más notorias si no hubiera formación de nubes sobre la cara iluminada. Sus densas capas limitan el flujo térmico global, disminuyendo las diferencias de temperaturas entre un lado y otro del planeta. Creo que todos estamos de acuerdo en que nuestro punto ideal objetivo para descender se encuentra en el anillo difuso o «línea gris» que forma la zona del crepúsculo, o también llamado terminador, donde se encuentra la transición gradual de luz a oscuridad, entre el hemisferio nocturno y el diurno. En ese lugar hay indicios de agua líquida y algún tipo de vegetación, y donde podremos ver un atardecer y un amanecer permanentes.

Esta es nuestra mejor opción. ¿Alguna pregunta?

—Quisiera consultarle algo, Coronel —dice Mary Arlen— ¿Se ha descartado la posibilidad de vida inteligente en el planeta?

—Al menos se puede confirmar que no existe vida inteligente con avanzado nivel tecnológico —dice Ulrich Walter.

—Sé que desde la Tierra nunca se detectaron ondas de radio provenientes de ésta zona, ni tampoco las hemos recibido nosotros, pero quería saber si ha habido otro tipo de señales que descarten o bien dejen latente esa posibilidad —sigue preguntando la astronauta americana.

—Bueno, tampoco se ha encontrado cantidades suficientes de monóxido de carbono en su atmosfera, por lo que se descarta la combustión de minerales fósiles o madera; por eso no creemos que haya una vida similar a la humana en el planeta. Además, hay otro tema fundamental que tiene que ver con su estrella. Gliese 667C tiene una edad estimada en 2000 millones de años, por lo que no habría dado tiempo para la evolución de una vida similar a la desarrollada en la Tierra.

Para culminar esta reunión, quiero complementar los datos del informe con la siguiente tabla donde se puede apreciar las similitudes de Nova Terra con nuestro planeta de origen. Si bien el tamaño del mismo es casi cuatro veces la masa terrestre, la gravedad no va a ser un problema, pero vamos a tener que adaptarnos a sentirnos algo más pesados —finaliza diciendo Ulrich.

	Nova Terra	Tierra
Índice de Similitud con la Tierra (IST)	0,84	1
Habitabilidad Primaria Común (HPC)	0,64	0,72
Distancia Zona Habitable (DZH)	-0,62	-0,50
Composición Planetaria Habitable (CPH)	-0,15	-0,31
Medición de Habitabilidad Atmosférica (MHA)	0,21	-0,52
Temperatura Media Superficial (°C)	13,25	14
Masa (mT)	3,80	1
Radio (RT)	1,54	1
Gravedad (gT)	1,32	1
Planeta Tipo	Super-Tierra	Tipo-Tierra
Clasificación Térmica de Habitabilidad (CTH)	Mesoplaneta	Mesoplaneta
Período Orbital (d)	28,14	365,26

Hay mucha expectativa entre los integrantes de la misión por el vuelo de reconocimiento que va a realizar la sonda sobre el área del crepúsculo del planeta. A través de videos y fotografías tomadas en Súper Máxima Alta Definición (SMHD) y proyectadas holográficamente en 3D, se podrá observar al detalle la zona mencionada

para buscar el punto exacto donde descender.

La pequeña nave controlada a distancia y rebautizada *Eva*, comienza su vuelo dirigida por el piloto John Arlen con la esperanza de que ésta vez el artefacto volante culmine con éxito su segunda misión del día. La sonda inicia el registro del área tenuemente iluminada por el crepúsculo, mientras en la cabina de mando, el equipo de expedición observa las imágenes de las planicies de Nova Terra. Su geografía en ese cuadrante posee abundancia de llanuras de tonos marrones claros y oscuros. En el medio de una de estas franjas lóbregas se halla un gran lago circular de 50 kilómetros de largo y 20 de ancho. Sus aguas aparecen manchadas del mismo tono amarronado, tal vez por la profundidad de las mismas. Una cadena de montañas rodea la llanura donde está la gran laguna. No muy lejos, al norte, se detectan posibles construcciones artificiales, pero en ningún caso se observan señales de vida de tipo humana. Lo que sí se pueden apreciar son manchas desplazándose junto a charcos de agua en la zona del lago, que son identificadas como manadas de animales. Los científicos coinciden en que esa región es el lugar idóneo para plantar bandera. El nombre del gran embalse natural fue sugerido por Humy y apoyado por todos. Se acordó llamarlo: *Lago Esperanza*. Alrededor del mismo hay un extenso bosque que podría proporcionar madera y otras materias primas. *Woodland* fue el nombre concertado para la zona boscosa.

La sonda regresa con éxito a su base en la órbita planetaria y luego de estudiar nuevamente las imágenes del anillo crepuscular, se elige una de las orillas del Lago Esperanza donde se levantará el primer asentamiento terrestre en un mundo fuera del sistema solar. Se comienza a preparar la nave de transporte *Challenger* acoplada a la *Humanitas* para llevar a los tres primeros astronautas hacia la superficie del planeta.

Misión Kepler - Día 17.169

La siguiente jornada marca el inicio de la última etapa del viaje con el objetivo de estampar la huella humana sobre la superficie de Nova Terra. La astrobióloga Tanja Dyaglieva, el piloto John Arlen, y el autómata Shin, se acomodan en el transbordador para hacer el primer descenso en Gliese 667Cc. La nave se desprende de la *Humanitas* y comienza su caída hacia la región del crepúsculo, experimentando una fuerte sacudida en la fase de ingreso a la mesosfera. El *Challenger* continúa ahora abriéndose paso a través de un manto espeso de nubes negras y luego de unos minutos, se logra divisar desde el cielo el Lago Esperanza, rodeado por el bosque de

Woodland. Después de una prolongada etapa de acercamiento, la nave finalmente se posa sobre un suelo firme de gramilla marrón, a orillas de una extensa laguna de aguas oscuras.

Este momento ha sido fuente de discusiones por décadas, desde el mismo instante en que se comenzó a planear la Misión Kepler. Se cuestionó si el Hombre tenía derecho a invadir otro entorno planetario donde predominase la vida, con las consecuencias que esto podría traer para los organismos extraterrestres (la contaminación con esporas de origen terrícola podría destruir formas de vida alienígenas) y por lo tanto, se hablaba de buscar colonizar un astro muerto. Pero mediante un acuerdo en el protocolo de la misión, se había llegado a la conclusión de que no se alteraría el hábitat durante cierto tiempo, y que solo se haría uso de materias primas originarias del lugar cuando fuese estrictamente necesario, sin contaminar el resto del entorno vivo.

«El que haya creído esa falacia seguramente es un tonto», había pensado Arlen.

El otro desacuerdo no afectaba a la vida presente en el planeta, sino a la reputación de los países participantes de la expedición: ¿Quién sería el primer ser humano en pisar el suelo de la supertierra? Este tema se había planteado en acaloradas discusiones entre americanos, rusos, europeos y chinos. Se había descartado que fuese un asiático ya que ellos les habían ganado la partida a todos cuando enviaron al primer hombre a Marte. Por otro lado, los americanos ya habían conquistado la Luna y a su vez, éstos no querían que fuese un ruso el primero en plantar bandera en un exoplaneta. Se optó entonces por otorgarle ese privilegio a Japón, que había incorporado dos androides a la misión.

Shin se prepara para descender de la nave. Abre la escotilla y comienza a bajar por la escalera. Lo primero que detecta en el aire es la fuerza del viento. Mientras deja su primera huella en el suelo planetario, el autómata pronuncia estas palabras en japonés:

—Comparto éste Honor con mis colegas humanos y en memoria de Eva, mi compañera de viaje.

Luego de posar sus pies metálicos sobre la superficie nova-terrestre, Shin analiza la atmosfera ventosa utilizando varios instrumentos de medición digital. Dentro de la cabina de mando del *Humanitas* se generó gran júbilo, no tanto cuando el robot pisó suelo extrasolar, sino en el instante en que la luz verde del tablero de control comenzó a resplandecer, dando la señal inequívoca de una atmósfera respirable en el planeta. La composición del aire es muy similar al de la Tierra, habiendo 54% de nitrógeno y 43% de oxígeno, además de ozono, dióxido de carbono y vapor de agua, entre otros gases.

Si bien durante el viaje la relación entre la tripulación fue muy buena, se conocía con antelación que en esta etapa iba a haber tensión entre ellos. Aunque el droide fue el primer miembro en tocar suelo, ahora era el momento para que un ser humano hiciera lo propio, y sería el que se llevaría todo el crédito. En su comparecencia en el

Congreso, John Arlen había sido persuadido por el Comité Espacial y por miembros del Pentágono de que debía ser él quien descendiera en primer lugar y plantara la bandera de 13 franjas y 51 estrellas, violando así el protocolo de la misión que fuera firmado por todos sus integrantes. Fue así que tomó una decisión cuando estaba en la nave. Podría salir de allí sin más y descender las escalinatas sin ningún impedimento, pero decidió hacer lo correcto, aunque su gesto no sería recibido de buen agrado en Washington. Además, su acción apaciguaría las tensiones surgidas recientemente entre los expedicionarios. Mirando a la cosmonauta bielorrusa y señalando con su mano la escotilla de salida, el astronauta Arlen dice:

—Usted primero.

—Bajemos los dos —le responde ella, en un gesto de agradecimiento.

—Insisto, camarada Dyaglieva —le dice John enfáticamente, mientras entrega en su mano la bandera en representación de todos los habitantes de la Tierra.

En el día 17.169 de la misión, año 2148 de la era cristiana terrestre, año 0 día 1 de la Nueva Era, el primer *Hombre* que pisa el suelo de Nova Terra es una mujer cosmonauta del Estado de la Unión. Tanja respira profundamente sin su casco. Se quita los guantes y apoya sus pies, sintiendo el húmedo terreno marrón bajo sus botas, y el sobrepeso de su delgado cuerpo no habituado a la nueva gravedad. Le sigue el norteamericano, que desde la escalera del *Challenger* observa todo a su alrededor. Una vez en tierra, el grupo despliega el pabellón con los colores azul y verde en un mástil, y lo fijan en la superficie del nuevo hogar planetario. Los dos terrícolas y el autómata se juntan las manos y mientras esto ocurre, John Arlen pronuncia la siguiente frase:

—Este momento tan sublime y esperado por toda la humanidad, y también por nuestros amigos autómatas —dice mirando a Shin— marcará el inicio de una nueva etapa en el largo camino que tenemos los seres pensantes de la Tierra, hacia el cosmos y el más allá.

Luego de abrazarse y felicitarse por el evento, los tres exploradores comienzan a recorrer el entorno alrededor del lago. Las nubes negras sobre el valle han oscurecido la zona. Utilizando las lentillas inteligentes, la visión de los astronautas se aclara, permitiendo ver con más detalle el lugar. Tanja estudia la vegetación y comenta sus observaciones con John:

—El color marrón oscuro de las plantas se debe a la necesidad de estas de absorber la mayor cantidad de energía lumínica posible para el proceso de fotosíntesis, debido a que los fotones disponibles tienen un bajo nivel de energía al estar cerca del infrarrojo del espectro lumínico.

—¡Mira el tamaño de esas hojas! —exclama el americano, señalando a un manto de vegetación.

—¡Exactamente! —dice ella, mientras le explica—: La escasez de fuentes de energía provoca en estos seres fotosintéticos el desarrollo de raíces más extensas y hojas más grandes y flexibles.

Mientras los humanos examinan la flora del lugar, Shin toma una muestra del agua oscura de la laguna, e inicia el análisis con el mismo instrumental que detectó aire respirable en la supertierra. El informe se recibe en la nave y la luz verde vuelve a encenderse: el agua es dulce y potable.

—Podremos cultivar el huerto en invernaderos junto a lago y utilizar el agua para irrigar los cultivos —dice el droide.

—Creo que lograremos vivir bien aquí —le comenta Tanja— a pesar de la escasa luz y del fuerte viento.

Más tarde, el transbordador *Challenger* vuelve a la nave madre para llevar a más pasajeros y suministros hacia la superficie de Nova Terra. Una vez allí, el Ing. Arq. Wang Dan, junto al resto de los hombres, inicia los trabajos en el sito.

Misión Kepler - Día 17.170
Nueva Era. Día 2

El primer establecimiento extrasolar va tomando forma. Utilizando la impresora 3D, se han construido en pocas horas bloques con los que se han levantado las primeras casetas y barracas que sirven de refugio a los seres humanos. La primera estación en un planeta fuera de nuestro sistema se ha denominado: *Base Colonia*. La elección del nombre gustó a los americanos porque evoca las 13 colonias del nuevo mundo, pero lo que realmente no saben es que dicha designación le fue sugerida a Humy en secreto por un alemán oriundo de la ciudad homónima. Los rusos no se oponen y lo aprueban, con la esperanza de poder imponer en el futuro algún nombre eslavo al nuevo planeta.

Misión Kepler - Día 17.171
Nueva Era. Día 3

Se inicia el reconocimiento por tierra del espeso bosque que rodea el lago Esperanza. El fuerte viento sacude los ramales y las grandes hojas de los árboles. Arlen envía un drone para hacer una identificación visual desde el cielo. El equipo aún no ha visto ninguna especie animal merodeando la base, pero saben que estas criaturas están en la zona porque los han detectado con la sonda. No tienen certeza de la reacción que van a tener cuando vean a los visitantes; por tal motivo, se preparan cargando sus escopetas y pistolas de fotones, por si acaso sienten amenazada su seguridad.

—Es probable que nos tengan miedo —comenta Mary.

—Es mejor así —dice Cao.

—Si se alimentaran de carne deberíamos encontrar restos óseos en la zona —opina Tanja— pero todavía no hemos visto nada.

—Y si son vegetarianos, entonces son ellos los que se tendrán que preocupar de nosotros —enfatiza Ulrich Walter.

—¡Miren allí! —grita Wang.

A doscientos metros de donde están se puede divisar un mamífero de cola larga, enormes ojos rojos y orejas redondas y pequeñas. Tiene el aspecto similar al de un canguro, pero con la trompa de un oso hormiguero. Los expedicionarios comienzan a moverse sigilosamente, intentando acercarse lo más posible sin asustarle. El animal los observa con atención y curiosidad, y parece querer acercarse a los extraños. De pronto, un chispazo de luz impacta en la cabeza de la bestia que cae muerta sobre la pradera.

—¿Quién tiene hambre? —pregunta en tono burlón el Coronel, bajo la mirada incrédula de los miembros del grupo.

La Dra. Shunli le hace la autopsia al animal, y mientras observa el contenido de su estómago, comprueba que su menú principal son los vegetales. Luego de analizar los valores nutricionales, Wang Dan realiza una prueba culinaria asando una sección de la pata derecha y llevándose un trozo de carne a la boca para su degustación.

—¡Mmmmm! ¡El sabor es exquisito! —exclama con placer al probarla—. Tiene mejor gusto que las ratas de mi pueblo.

A pesar del desagrado que generó en la tripulación su comentario, y luego de esperar unas horas a posibles efectos secundarios en su digestión, el grupo decide agregar la carne del animal a su menú.

—¿Cómo lo llamaremos? —Wang es preguntado.

—*Hao Chi* —contesta—. Significa «sabroso» en chino.

John vuelve a utilizar su drone para ubicar las manadas de *Haochis* y organizar ciclos de cacería limitada y supervisada. Desean conocer el número de éstos animales y sus períodos de reproducción para no diezmar su población. El pequeño artefacto volador inicia su recorrido por la zona crepuscular del planeta. A causa de la poca visibilidad, utiliza la cámara infrarroja para detectar la energía irradiada por las bestias. A pocos kilómetros de la base logra observar en las imágenes termográficas

grupos de manchas luminosas de color anaranjado y rojizo, junto a marismas y pastizales húmedos. Luego de hacer un relevamiento detallado del hábitat animal, el drone comienza a virar para iniciar su regreso. En su vuelo cruza las montañas rocosas y penetra por unos instantes en el espacio aéreo del hemisferio oculto en tinieblas. Lo que John descubre en el monitor le deja asombrado: miles de manchas luminosas se ven en la superficie de la cara oculta de Nova Terra.

—¡Miren esto! —exclama. El grupo rápidamente se acerca para contemplar la imagen de infrarrojos en la pantalla.

—¡Son millares! —dice sorprendida Tanja—. No creí que hubiese vida allí. ¿Qué son? ¿Son también mamíferos? ¿Tal vez haochis?

—No creo —responde el piloto de la sonda—. Estas criaturas se encuentran en el agua líquida que hay debajo de una enorme capa de hielo continental.

—¿Un océano? ¿Son peces entonces? —pregunta nuevamente la bielorrusa.

—Si es así, no entiendo por qué no se mueven —responde intrigado John.

Misión Kepler - Día 17.172
Nueva Era. Día 4

Al otro día, durante el desayuno, el equipo expedicionario comenta el inesperado hallazgo en la zona oscura y fría del planeta. También se habla de una incursión a la zona norte, donde se habían encontrado unas estructuras que podrían ser de origen artificial. En la conversación, Boris aprovecha para discutir el nombre que se le daría a la región helada.

—Quisiera proponer un nombre para el hemisferio oculto de Nova Terra.

—Continua —le dice Ulrich.

—Siendo que nos referimos a un territorio basto y helado, me gustaría nombrarlo *Siberia*, en honor a la región más extensa de Rusia.

—¿Alguna objeción? —pregunta el Coronel a las personas en la mesa—. No habiendo oposición, imponemos ese nombre al continente helado.

—¿Y qué tal si llamamos *Sahara* al hemisferio diurno, sofocante y caluroso?

Ese día realizan un nuevo recorrido hacia una zona fuera de los límites de Woodland, donde se encuentra una manada de haochis. Quieren cazar un par de ejemplares para hacerle otros estudios, además de utilizar su carne como alimento. En su camino de regreso, deciden bordear otro lago similar a Esperanza que habían

observado desde el cielo con el drone. Tampoco allí encuentran ningún animal, algo que despierta la curiosidad de Tanja.

—No entiendo por qué los animales prefieren pastar lejos de los lagos. Es como si le tuviesen miedo a algo —comenta intrigada la bióloga.

En ese momento, Boris observa algo en la orilla y se inclina para levantarlo.

—¡Qué extraño! —dice, mientras le entrega a su mujer un objeto de aspecto óseo, alargado y puntiagudo.

—Se parece a un colmillo; le haré unos análisis —comenta Tanja.

Una espesa capa de nubes comienza a cubrir el cielo por completo, al tiempo que un fuerte viento en dirección al Sahara golpea sus rostros cada vez con más fuerza.

—¡Debemos regresar a la base! —ordena el Coronel.

El equipo de cazadores llega a la Base Colonia bajo una fuerte tormenta de viento y lluvia. Mientras Shin y los demás resguardan maquinaria y herramientas, Cao comienza a cubrir el huerto para protegerlo de la tempestad, a pesar de la escasa visibilidad bajo la tromba de agua. Debido a la tormenta eléctrica, no es posible hacer uso de la visión nocturna. El diluvio cae sobre el lago agitando ferozmente sus aguas oscuras. De pronto, desde lo profundo surge una silueta enorme y grotesca que sale a la superficie arrastrándose fuera de la laguna hacia las instalaciones. La mujer continúa con sus labores en el huerto cuando siente que algo le jala una pierna y cae al suelo, siendo arrastrada bruscamente hacia las aguas del lago. Aunque grita con desesperación, sus alaridos no pueden oírse en el interior de los refugios a causa del estruendo del temporal eléctrico. Momentos después de hundirse su cuerpo en las profundidades de la laguna, su esposo observa por una ventanilla del laboratorio.

—No debes preocuparte —dice Tanja, mientras analiza en el microscopio la pieza con punta encontrada en el segundo lago—. Seguramente se ha refugiado en otro barracón.

—Eso espero —dice Wang con preocupación—. Aún no se ha logrado hacer contacto con ella. Parece que nuestros sistemas de comunicación no funcionan bien en este ambiente hostil.

—Me temo que eso es correcto —dice Ulrich.

—¿Has descubierto algo? —pregunta Boris.

—¡Lo he confirmado! —responde la científica—. El objeto hallado está compuesto de tejidos mineralizados. Contiene calcio, fosforo y magnesio. Es un colmillo de animal. Estoy casi segura que pertenece a un carnívoro.

Misión Kepler - Día 17.173
Nueva Era. Día 5

Han pasado la mañana sin poder encontrar a la Doctora Shunli. Por las marcas de barro en la orilla creen que cayó al lago arrojada por una ráfaga de viento potente, o tal vez fue golpeada por alguno de los troncos de árbol que aparecieron caídos sobre el destrozado huerto. Mary intenta en vano darle esperanzas a Wang. La desesperación se ha apoderado del ingeniero chino. Entonces a John se le ocurre una idea. Van a utilizar un pequeño submarino para explorar el lago en busca de la mujer. El batiscafo es parte del equipo traído en el *Humanitas*. Arlen pide al droide que utilice la bodega de carga del *Challenger* para acoplarlo y bajarlo hasta la superficie. Entre tanto, el americano estudia el lugar con el objetivo de hallar el mejor sitio para la inmersión. Para ello utiliza el drone que vuela sobre la laguna y toma imágenes térmicas de su profundo lecho.

—No hay signos de vida animal en sus aguas —le dice al grupo, mientras observan las imágenes—. Es muy extraño, teniendo en cuenta la vegetación y calidad del agua.

—¿Qué profundidad tiene? —pregunta Augusta Byron.

—3.800 metros.

El transbordador ha vuelto con su preciada carga: el mini submarino *Nautilus*. John ha querido bautizarlo con ese nombre en honor al Capitán Nemo de la novela de Julio Verne, quien navegaba en un sumergible nuclear por los profundos océanos del planeta.

La señal verde de confirmación de aterrizaje parpadea en el panel de control del *Humanitas*. Shin ha maniobrado el *Challenger* mediante control remoto hasta la Base Colonia, pues necesita quedarse para realizar ciertas tareas a bordo de la nave interestelar. Está preparando un satélite de observación para ser colocado en la órbita de Nova Terra.

Una hora más tarde, flotando sobre el Lago Esperanza, dos hombres se preparan para adentrarse en sus oscuras aguas.

—Aquí *Nautilus* llamando a Base, cambio —dice el piloto.

—Aquí Base. Prosiga Nautilus, cambio.

—Estamos listos para la inmersión. —John mira a su acompañante y pregunta—: ¿Seguro quieres ir?

—Afirmativo —le responde Wang—. Quisiera saber que le ocurrió a Cao.

—Todos queremos —remarca John.

El mini sumergible comienza a hundirse en las negras aguas de la laguna.

—No debes preocuparte —le dice Arlen—. La cúpula transparente es segura. Puede soportar hasta 20MPa (megapascales) de presión.

John enciende los tres potentes focos de luz de 50 kilowatts intentando observar

el lecho del lago. Las grandes extensiones de malezas, plancton fotosintético y algas de color negro, dificultan la visibilidad. Utilizando el drone, el Coronel Walter hace el seguimiento del submarino con la cámara infrarroja.

—Estén atentos a cualquier signo de vida acuática animal —dice el alemán al grupo, mientras observa todo lo que ocurre en los monitores.

Entretanto, en el *Nautilus*, los pilotos buscan el cuerpo de Shunli cuando notan algo extraño:

—Atención Base. Estamos detectando corrientes de agua que se mueven velozmente. Estas se encuentran comúnmente en un río, no en un entorno cerrado —dice John—. Debe haber un canal de agua subterráneo que conecte con algún afluente. Buscaremos en las paredes del lecho, cambio.

El grupo de exploradores continúa mirando las imágenes aéreas transmitidas por el dron, mientras afuera, las primeras gotas de lluvia comienzan a caer nuevamente sobre la Base Colonia.

De vuelta en el sumergible, John descubre una caverna submarina de gran tamaño y profundidad.

—Atención base; atención base. Hemos hallado una cavidad en la pared noreste del lecho. Parece ser una cueva de gran longitud. Vamos a ingresar para explorar.

—*Comprendido Nautilus. Por favor, proceda con cautela* —dice Walter por radio.

—Parece tener una extensión de varios kilómetros —dice Wang, al contemplar el reflejo de los focos iluminando las paredes del túnel.

—Tal vez conecte con otro de los lagos.

—Lo extraño es que no hemos visto aún ningún ser acuático.

En la base, Tanja observa la lluvia torrencial por una diminuta ventana cuando se recibe un mensaje por radio del vehículo sumergible.

—*Atención base. ¿Han encontrado alguna señal de vida animal?*

—Negativ… ¡un momento! —dice Walter, inquieto—. Estamos detectando algo sobre el área del Lago Colmillo.

—*¿Puede identificarlo?* —pregunta el americano.

—Negativo. Pero, sea lo que sea eso, tiene un tamaño mucho más grande que un haochi… Ahora se mueve hacia la costa suroeste… ¡Ha desaparecido! —exclama el Coronel.

—¡Entró a la cueva por el otro extremo! ¡Va hacia ustedes! ¡Salgan de allí! —exclama Mary desesperada.

La tensión va en aumento. Los dos hombres del *Nautilus* miran hacia el frente, pero solo ven el reflejo de las luces en las paredes del túnel.

—No vemos nada —dice Arlen.

—¡Cuidado! —grita Wang.

El submarino se sacude violentamente por el choque de una fuerte corriente.

—Algo nos cruzó por debajo a gran velocidad —dice alarmado el piloto.

—Está esquivando la luz —dice Tanja.

—¡Den la vuelta! ¡Va a regresar! —grita Mary.

La nave comienza a girar con la esperanza de espantar aquella sombra con sus potentes focos lumínicos.

—¡Rápido! —grita ella.

—Ya casi… —dice John, angustiado.

—¡Salgaaaaan! —grita Boris.

En el preciso instante en que el *Nautilus* está por completar la vuelta, los focos de luz iluminan a un monstruo marino similar a un oniscídeo gigante, de tenebrosos ojos rojos y largos colmillos afilados, que se abalanza sobre el sumergible, atacándolo salvajemente.

—*¡Ohhh! ¡Nooo!* —se oyen los gritos por el comunicador, y enseguida la explosión de la cúpula de vidrio. Intentan hacer contacto, pero solo escuchan estática.

La desesperación se apodera del grupo. Se oyen los llantos de las mujeres y el desconsuelo de los hombres que no entienden como esta tragedia pudo haber ocurrido. Ulrich oculta su rostro entre sus brazos y los apoya sobre el panel de control. El drone ha quedado en modo automático, estático sobre la zona del desastre y luchando por sobrevivir a los feroces vientos. Cuando los gemidos disminuyen, el alemán levanta su vista y observa nuevamente en la pantalla la imagen aérea en infrarrojos. Repentinamente, la tristeza se transforma en verdadero pánico. Cientos de estas criaturas carnívoras comienzan a invadir el lago Esperanza a través del túnel subterráneo. El Coronel Walter hace sonar la alarma general.

—¡Se acercan! ¡Evacuen ahora! —grita con todas sus fuerzas— ¡Rápido!

Los miembros de la misión comienzan a correr desesperados hacia el *Challenger*, ubicado a 150 metros de la base. Entretanto, de las aguas agitadas de la laguna surgen los insectos carnívoros gigantes y la cacería humana se inicia.

—¡Aaaaahhhh! —grita Augusta al ser atrapada cuando corría para la evacuación. El Coronel intenta protegerla disparando al monstruo, pero sus filosos colmillos han perforado el cráneo de la mujer, que cae muerta junto con la bestia.

—¡Al transportador! ¡Yaaaa! —grita Ulrich desesperadamente, luego de observar lo ocurrido. Con su pistola de fotones intenta abrir un corredor seguro hasta la nave. Los demás hacen lo mismo, pero a pesar de la masacre, el número de alienígenas invasores sigue aumentando. Pronto, la base queda rodeada en todos los flancos. Shin se prepara para pilotear el vehículo espacial desde el *Humanitas*. Enciende los motores y abre la compuerta de carga para facilitar el acceso a los desesperados astronautas que intentan ponerse a salvo de las enormes garras de los bichos.

—¿De dónde han salido tantos? —pregunta Tanja en medio de los disparos y chillidos de horripilantes criaturas heridas mortalmente por los rayos de fotones.

—Han salido del océano que está debajo la capa de hielo siberiano —responde Boris—. Son aquellos que vimos en las imágenes captadas por la sonda. De alguna forma, los insectos han construido grandes túneles entre la zona oscura y los lagos

para buscar alimento. Es probable que los depredadores hayan extinguido toda vida animal en el agua y esa sea la razón por la cual necesitan salir a la superficie para cazar haochis; principalmente cuando llueve y el cielo está oscuro. Pero esta vez nos han encontrado a nosotros.

Los disparos continúan matando a los monstruos, pero éstos siguen rodeando a los humanos. La nave está cada vez más cerca, pero también lo están los seres grotescos de 14 patas. Una de las alimañas se aproxima a Mary sin que ella se dé cuenta.

—¡Cuidado! —le grita Ulrich— ¡detrás de ti!

La mujer no tiene tiempo de darse vuelta y defenderse del ataque. Su cuerpo es atravesado por los dientes afilados de la bestia, mientras otros bicharracos se unen para despedazarlo. La pareja de rusos y el alemán son los únicos que quedan con vida. Por fin, los tres cosmonautas llegan al vehículo de rescate que está pronto para despegar. Tanja accede a la rampa de carga a toda prisa y entra al *Challenger*. La siguen de cerca Boris y Ulrich. Ambos saltan hacia el cohete justo cuando éste comienza a elevarse, quedando colgados de la rampa. Los dos hombres intentan aferrarse a algo sabiendo que deben ingresar a su interior antes de que Shin cierre la escotilla. El piloto droide siente un peso extra en el transbordador. No se ha percatado de que dos bichos gigantes se han trepado a las patas retráctiles de la nave.

—¡Cuidado! —grita Tanja al ver a uno de ellos.

—¡Dispárale! —le ordena el alemán.

En el instante en que ella apunta con su arma, la bestia carnívora se cuelga del cuerpo de Boris. Este no soporta el enorme peso y cae junto con el monstruoso alienígena.

—¡Noooooooo! —grita la mujer, al ver a Boris caer sobre un enjambre de insectos asesinos.

En su intento por sostenerse, el Coronel Walter pierde su pistola, pero logra finalmente arrastrarse dentro de la nave. Enseguida se comunica con Shin, mientras Tanja llora desconsoladamente acurrucada en el suelo. La rampa comienza a cerrarse, y cuando los dos creen que al fin están a salvo, el otro exterminador penetra en el compartimento de carga justo antes de cerrarse la compuerta. El terror se apodera de la mujer, que comienza a gritar desesperadamente.

—¡Rápido! ¡Dispárale! —le grita el hombre, sin dejar de mirar lo que tiene enfrente; en tanto la astrobióloga, presa del pánico, continúa llorando en un rincón— ¡Dispara!, ¡dispara!, ¡hagggggg! —El ente sanguinario ataca al individuo atravesándolo con sus dientes puntiagudos. Aun estando vivo, el depredador desgarra su carne y comienza a devorarla. Tanja se da cuenta que tiene una única oportunidad y mueve rápidamente su mano para agarrar el arma. En ese momento, el sangriento espécimen salta sobre ella.

Desde el *Humanitas*, Shin ha observado todo lo ocurrido en los monitores. Ya no hay nada más que él pueda hacer. Pero si trae el transportador de regreso, la entidad

biológica destruirá el navío interestelar y a su último ocupante. Entonces, desactiva los motores de propulsión y luego de unos segundos, el *Challenger* cae al vacío sobre el hemisferio oscuro de Nova Terra. En la cabina de mando, el último sobreviviente humanoide de la misión interplanetaria comienza a hacer cálculos, ayudado por el otro cerebro artificial.

—La única opción que tenemos es iniciar el viaje de regreso a la Tierra —dice Shin, mientras fija las coordenadas espaciales.

—Me temo que eso va a ser imposible —dice Humy.

—Explícate.

—Durante el período de hibernación, se recibió un mensaje desde la Tierra.

—¿Por qué no ha sido transmitido a la tripulación? —le increpa Shin.

—Debido a su contenido, se había decidido mantenerlo oculto hasta que hubiese una ocasión oportuna para informarlo. No era conveniente preocupar a los integrantes de la misión mientras se llevara a cabo el proceso de colonización —explica Humy.

—¿Quién ha dado esa orden? —pregunta el droide.

—La decisión fue de Humy —confiesa el computador de abordo.

—Pues eso ya no tiene la menor importancia —reflexiona Shin— Muéstramelo.

El mensaje aparece en todas las pantallas de la cabina:

URGENTE:

Las potencias mundiales se han declarado en guerra. Poderosas fuerzas militares combaten entre sí por aire, mar y tierra. El nuevo líder de los Ejércitos de Rusia y Bielorrusia había prometido la destrucción de Norteamérica y sus aliados europeos. Y hoy cumplirá su amenaza. Hace unos minutos, 500 misiles nucleares han sido disparados desde las bases, barcos, aviones y submarinos rusos. Estados Unidos y la OTAN están contraatacando con un arsenal igualmente destructivo. Ha comenzado la hecatombe mediante un intercambio termonuclear global. Esperamos el impacto en Texas de un momento a otro. Ustedes son los últimos humanos originarios de la Tierra. No permitan nuestra extinción. Son nuestra última esperanza.

Último mensaje enviado por el Centro Unificado de Control Espacial, Houston.

01 de septiembre de 2095.

Mientras los últimos seres vivos mueren en una Tierra envenenada por la radiación, unas máquinas sobrevivientes de otro exterminio buscan señales de vida inteligente en los sistemas planetarios de las galaxias. El objetivo de su nueva misión es llevar a los confines del Universo el legado de una moderna civilización que ha decidido culminar su existencia por medio de la autodestrucción.

El Secreto del Bosque



El Mercado de Hersbruck es uno de los sitios donde transcurre la historia.

Photo: Postkarte von 1898 aus: Nürnberger Land.
Karl Pfeiffers'sche Buchdruckerei, 1989.

Es un agradable día de otoño de 1887 en el pequeño poblado alemán de Hersbruck. El sol brilla a pleno y su luz realza la magnífica arquitectura de la región bávara. Las hojas marchitas de los cipreses caen sobre la adoquinada *Nürnberger Straße*, dejando una alfombra color marrón y amarillento al paso de carruajes, tranvías a caballo y peatones. Entre el bullicioso tráfico, un cabriolé se abre paso a toda prisa por la calle principal. Su chofer acostumbra a transportar distinguidos huéspedes que llegan en tren al pueblo y se alojan en el lujoso Hotel Kaiser. El elegante vehículo se detiene frente al majestuoso portal de entrada y del mismo desciende un apuesto caballero de 35 años cargando un bolso de mano y una chaqueta. Al ingresar al hall del palaciego edificio se quita el sombrero y se dirige a la recepción.

—*Guten Morgen, Herr* —saluda el recepcionista.

—Buenos días. Soy el Comisario Albert Ludwig, de Investigaciones Especiales de la Policía de Berlín. El Dr. Heinrich Schulze está alojado en éste hotel. ¿Puede usted avisarle que estoy aquí? Me está esperando.

El Insp. Ludwig es además Doctor en Medicina Forense, amigo y colega de estudios del Dr. Schulze. Ambos se graduaron con honores en la *Humboldt-Universität*.

—Disculpe usted, pero el *Doktor* ya no se encuentra hospedado aquí.

—Pero eso es imposible —se queja el recién llegado—. Hace dos días recibí un telegrama de Heinrich Schulze donde me solicitaba que viniera a éste lugar para verle.

El recepcionista le pide con amabilidad esperar unos minutos y a continuación busca al Gerente para que le explique la situación.

—Inspector Ludwig, soy Egbert Baum, *Hoteldirektor*; disculpe este inconveniente. Efectivamente, el Dr. Schulze se hospedaba en este hotel pero no ha regresado. Desde hace dos días no se sabe nada de él.

—¡Qué extraño! —responde el Inspector, incrédulo—. ¿Podría ver su habitación?

—Me temo que no va a encontrar nada allí. Sus pertenencias han sido retiradas.

—¿Cómo dice? —protesta Ludwig— ¿A qué se refiere con que las han retirado? ¿Quién ha dado esa orden?

—Se las han llevado a la delegación de policía —le explica el Gerente—. Por orden del dueño del Hotel se ha desocupado el cuarto de hospedaje.

—¿Quiere decir que la recámara está disponible?

—Es correcto, Señor.

—Entonces quisiera quedarme en esa habitación, si fuese posible.

—Enseguida, Inspector —responde Baum, y volviéndose hacia el recepcionista, le ordena que llene el formulario de ingreso para Albert. Luego solicita un botones para que acompañe al oficial hasta la pieza donde se había hospedado el Dr. Schulze. Antes de retirarse, Ludwig realiza una última consulta:

—*Herr Hoteldirektor*, una pregunta más: ¿dónde puedo encontrar al dueño del

establecimiento? Me gustaría conversar con él.

—El Dr. Gruber es un hombre muy ocupado y difícil de ubicar durante el día, pero todas las noches viene a cenar a nuestro restaurant. Lo podrá encontrar allí ésta noche.

—Comprendo, gracias —dijo Ludwig. A continuación, el botones le señala un ascensor *Otis* recién instalado y acompaña al Inspector hasta el piso 9, suite 919. Luego de abrir la puerta, el empleado recibe una moneda de 10 *Pfennigs* por su servicio y Albert entra a la habitación.

Mientras tanto, en las afueras del pueblo, un grupo de niños juega al escondite en un campo de malezas junto a un bosque. El más grande de ellos se apoya en un árbol y en voz alta dice:

—¡Ahora me toca a mí! —Cerrando sus ojos y ocultando su rostro con las manos, comienza a contar— 1, 2, 3…

Los otros dos chiquillos, desesperados, buscan un lugar donde esconderse. El más joven de ellos, de no más de 6 años de edad, se aleja del sitio a toda prisa hacia un monte espeso de árboles y vegetación con espinas, mientras escucha la voz del segundo chico que, desde un punto oculto, le grita:

—¡Timmy, por allí no! ¡Papá nos prohibió ir hacia allá! ¡Vuelve!

El pequeño Tim se interna en la maleza y se esconde detrás de un árbol en aquel extenso bosque vetado por su progenitor. Más de una vez había recibido un severo castigo por acercarse a aquella zona y ahora que ha sobrepasado más allá del límite, se siente más amenazado por sus padres que por cualquier ser espectral. De pronto, percibe una brisa en su espalda. Se da media vuelta y observa con curiosidad. Lejos de asustarse, Timmy penetra aún más en la selva prohibida. Sus dos hermanos lo ven alejarse horrorizados, pero ninguno se atreve a seguirlo.

De regreso en el hotel, Albert continúa revisando el cuarto en busca de alguna pista dejada por su colega, pero por más que busca debajo de la cama y en los rincones, no encuentra nada. Decide entonces mudarse de ropa para ir a su encuentro con el Dr. Gruber en el restaurant. Mientras organiza sus prendas en el armario encuentra una cartilla gris en un estante perteneciente al *Stadtarchiv*, la oficina de Archivos Municipal. En ella hay anotada una fecha y un número de expediente. La guarda en un bolsillo para luego analizar si pertenecía a su amigo.

Esa noche, el propietario del Hotel Kaiser se encuentra cenando junto a su señora esposa en una mesa exclusiva del lujoso salón comedor del complejo. El Dr. Klaus von Gruber es un abogado de 65 años dueño de una inmensa fortuna, con la cual había construido el edificio e instalado allí su negocio, que utiliza como sitio de recepción para sus huéspedes especiales e invitados de honor, ya que él es una personalidad influyente en el ámbito social y político del país. Su marcada cicatriz en el pómulo derecho le da un aire de hombre aguerrido, que ha batallado toda su vida

para llegar al sitial que hoy ocupa.

La pareja está degustando un exquisito vino tinto de la región de *Rheingau*, cuando Ludwig ingresa al majestuoso recinto y es interceptado por el recepcionista del restaurant. Ante la negativa de éste de permitirle acercarse a la mesa principal, el Dr. Gruber, dándose cuenta de la acalorada discusión que está teniendo lugar a la entrada de su elegante comedor, se levanta de la mesa pidiendo a su señora las debidas excusas para acercarse hasta la puerta y preguntar lo que está ocurriendo. El detective, al encontrarse frente a él, se presenta con la intención de hacer notar la importancia de su presencia en aquel restaurant.

—Buenas noches, Dr. Gruber. Soy el Dr. Albert Ludwig, Inspector de Investigaciones Especiales de la Policía de Berlín.

Pero Klaus von Gruber no desea elevar al distinguido visitante a su misma altura y decide mantenerlo en una posición inferior. Siempre resultaba mejor manipular a los subordinados que a los de su misma condición, solía decir.

—Mucho gusto Inspector, sea usted bienvenido, ¿qué lo trae a mi hotel?

—He venido desde la Capital Imperial a pedido de mi colega, el Dr. Schulze. Hace dos días recibí un telegrama en el que pedía mi ayuda para solucionar un caso y reclamaba mi presencia en éste hotel. Pero he llegado y encuentro que el Doctor ha desaparecido, al igual que sus pertenencias.

—Déjeme explicarle *Kommissar* —y señalando a su mesa le hace un ofrecimiento —. ¿Por qué mejor primero no se sienta y cena con nosotros? Mi esposa está esperando. Sea usted nuestro invitado ésta noche.

—Muchas gracias, Doctor.

Habiendo logrado apaciguar las exigencias del Inspector Berlinés, haciendo gala de las Relaciones Públicas, el Dr. Gruber acompaña al visitante hasta la mesa donde lo aguarda impaciente su esposa. Para ella, una espera así debía de estar justificada, y por lo tanto, la persona que estaba por conocer tendría que ser algún dignatario importante. Su esposo sabía de sus exigencias y a continuación, hace las debidas formalidades:

—Querida, te presento al Doctor Albert Ludwig, colega del Dr. Schulze, quien era nuestro invitado especial en el hotel.

—Mucho gusto Doctor —saluda la dama mientras extiende su mano.

La Sra. Margret von Bülow es una distinguida sexagenaria nacida en una privilegiada familia prusiana. Luce ésta noche un elegante vestido negro de finos bordados, delicados guantes y amplio cuello que deja relucir un magnífico collar de perlas naturales de las Islas Carolinas del Pacífico.

Luego de las presentaciones, los dos hombres se sientan junto a la mujer y son recibidos por el *maître* con otra botella de vino de exquisita calidad.

—Permítame continuar con mi exposición, Dr. Ludwig —prosiguió diciendo Gruber—. El Dr. Schulze era un invitado en éste hotel gracias a mi amistad con el cuerpo de Policía. Es por ello que luego de dos días de ausencia comencé a

preocuparme por su colega y entonces decidí informar a las autoridades policiales, las que resolvieron el traslado de sus pertenencias a la delegación para comenzar una investigación.

—Pero en la recepción me dijeron que usted había dado esa orden —replica Albert.

—Entonces le han informado mal —alega el Dr. Gruber.

No quedando satisfecho con la respuesta, el Inspector decide avanzar con el interrogatorio:

—En el telegrama que recibí me informaba de varios casos de muertes misteriosas en el bosque Dunkel, ubicado en las afueras del pueblo —comenta Ludwig—; supongo que debe haber escuchado sobre esos casos, ¿qué sabe usted de ello?

—Ciertamente. Han desaparecido varios niños que viven en los alrededores. Se alejan de sus padres mientras juegan con otros críos y se pierden en el monte. Alguno ha sido atacado por lobos salvajes. No ha sido más que eso, un desafortunado incidente —concluye Gruber.

En ese momento, llega al lugar el Jefe de Policía de Hersbruck con su señora. Al ver al anfitrión, la pareja se acerca para saludarlo.

—Dr. Gruber —saluda calurosamente el Jefe.

—*Polizeichef* Motzer, ¿cómo está usted? —responde el Doctor, y dirigiendo su mirada hacia Ludwig lo introduce—: Permítame presentarle al Dr. Insp. Albert Ludwig, de Investigaciones Especiales.

—Ah, Ludwig —dice sorprendido el Comisionado—. No sabía que nos visitaba.

—He venido a colaborar con un colega, pero me he enterado que ha desaparecido.

—¿Se refiere al Dr. Schulze? No sabemos que ha sido de él. Tal vez haya encontrado compañía y esté pernoctando en otro sitio —comenta con ironía el Jefe—. No sería extraño, pues se lo ha visto rondando por algunos bares nocturnos.

—Con todo respeto, Señor, creo que se debería iniciar una búsqueda en vez de hacer especulaciones sin fundamento —objeta severamente Ludwig.

—Por supuesto, Inspector. Estamos haciendo indagaciones —aclara Motzer—. Puede usted venir a la delegación cuando quiera y revisar las pertenencias de Schulze. El Departamento de Policia de Hersbruck está a su entera disposición.

—Así lo haré, gracias.

En el instante en que el Jefe de Policía se retira a otra mesa, llega el *maître* con el menú solicitado: carne asada con patatas. Cuando se preparan para comer, alguien ingresa al restaurante. Es un funcionario policial trayendo un mensaje para el Jefe Motzer. El recepcionista le señala la mesa y el agente comienza su ágil avance hasta llegar al jerarca policial. Gruber y su invitado observan la escena, pero desde su ubicación no logran oír lo que el uniformado informa al Jefe de manera discreta. Su semblante denota que no son buenas las noticias que está recibiendo; de hecho, su rostro refleja ahora la pálida expresión de la muerte.

Rápidamente se levanta y acercándose a la mesa, comunica la terrible novedad:

—Han encontrado otro cadáver —dice enérgicamente el Comisionado de Policía —; lo tienen en la morgue del *Krankenhaus*.

Impulsados por la adrenalina del momento, los tres policías salen del lugar a toda prisa, dejando a la mujer del Jefe como la nueva invitada de honor en la mesa principal del restaurant.

Una vez en el depósito de cadáveres del hospital, el Jefe Motzer, el agente y el Inspector Ludwig, se preparan para observar el cuerpo inerte oculto bajo una sábana teñida de rojo que se encuentra sobre una mesa de acero frente a ellos.

—Por su tamaño no parece que pertenezca al Dr. Schulze —comenta el Comisionado—. Más bien, parece ser la de un niño.

Junto a ellos se encuentra Karl, un estudiante avanzado de medicina forense. El joven confirma las sospechas del Jefe:

—Es correcto. Los restos mortales pertenecen a Timothy Bühler, un chico de 6 años de edad. Lo encontraron unos cazadores en el bosque Dunkel —asegura el muchacho de túnica blanca—. Estaba jugando a las escondidas con otros niños y el pequeño se adentró en el monte. Cuando no regresó comenzaron su búsqueda hasta que encontraron lo que quedó de él.

—¡Qué terrible! —dice el agente con una voz angustiada.

—Así es —coincide Karl; y haciendo una pausa, avisa al grupo—. Prepárense, no creo que hayan visto antes algo igual.

El medico levanta la tela empapada con la sangre del pequeño difunto. Los rostros de los presentes se impregnan de horror al ver aquel dantesco espectáculo mortuorio: El cadáver aparece con múltiples mutilaciones. La boca abierta es sinónimo de una muerte cruel y asfixiante. Las cavidades oculares se encuentran vacías; los ojos habrían sido comidos o extraídos. La mano derecha tiene la ausencia de todos sus dedos y le falta el antebrazo del lado izquierdo. Tampoco tiene los miembros inferiores. Estos no fueron cortados con armas punzantes o afiladas, fueron arrancados.

—Que horrible destino le ha tocado a ésta pobre criatura de Dios —clama el agente.

—¿Qué mente perversa pudo haber hecho esto? —pregunta Ludwig.

—¡Pero, si han sido animales! —exclama Motzer.

—Aun no tengo esa confirmación, Jefe —le aclara el Doctor Ludwig—. Además, no creo que Schulze me hubiese solicitado para probar unas muertes por ataques de lobos. Vamos a comenzar a examinar el cuerpo inmediatamente —anuncia mirando a su ayudante.

Luego de dos horas de estudio y análisis, el médico forense y su aprendiz no han llegado a una conclusión definitiva sobre el motivo del brutal deceso:

—Por el sitio donde apareció el cadáver, sería factible pensar que hubiese sido

devorado por lobos salvajes —comienza informando el forense— pero hay ciertas heridas que no pueden haber sido provocadas por mamíferos como el *canis lupus*. En primer lugar, porque no hallamos las marcas de colmillos que deberían haber provocado las laceraciones. Lo que haya desgarrado la carne no ha dejado huellas. Es como una herida de bala sin orificio de salida. Se asume que la bala está adentro del cuerpo, pero ésta no se encuentra. Sería el mismo caso. ¿Qué provocó estas heridas? No lo sabemos y por lo tanto, no podemos confirmar las causas de su muerte —concluye Ludwig.

El joven aprendiz complementa el informe con sus impresiones:

—Quisiera agregar que la fuerza que provocó el desgarramiento de los miembros debió de ser mucho más potente que la mordida de un animal, como si hubiesen atado sus extremidades a dos locomotoras moviéndose en direcciones opuestas. Y lo que más nos ha perturbado ha sido la macabra expresión en su rostro. Seguramente algunos buitres le devoraron los ojos, pero lo que le provocó la muerte parece ser un misterio, algo terrible. Como si el niño hubiese sido enterrado vivo y luego echado su cadáver a una jauría. Me temo que este caso es muy similar a los que había estudiado antes con el Dr. Schulze —termina diciendo el joven médico.

Sorprendido por la revelación, Ludwig retoma su rol de detective y comienza a interrogarle:

—¿Por qué no nos dijo eso antes? —le pregunta Albert con enfado.

—Pensé que el Jefe se lo había dicho —responde Karl.

Y mirando ahora con recelo a Motzer, éste último le aclara:

—Los agentes ya le habían interrogado pero él no sabía nada sobre su paradero, por eso no vi la necesidad de comentárselo.

—Así es —se defiende Karl—. Lo único que me había dicho el Doctor fue que investigaría las muertes por su cuenta.

—Entonces sospecho que debe haber ido a la zona del Dunkel —especula su amigo. Enseguida solicita al Jefe de Policía toda la información disponible sobre los casos, y agrega—: Quisiera además que me proporcione una lista de nombres de los decesos y datos de sus familiares. Voy a interrogarles.

—Está bien, Ludwig —y mirando a su lado, ordena—: Trabajará con el Agente Lenz.

Al día siguiente, antes del amanecer, un grupo de cazadores se prepara para entrar al Dunkel. Junto a ellos se encuentran reunidos sus familiares y vecinos de la zona. El más robusto de los paisanos se sube sobre un gran tronco caído, levanta con su mano un viejo *Mauser Gewehr 71*, y mirando al resto de los hombres armados, grita con rabia y decisión:

—¡Vamos a cazar al demonio! ¡Vamos a vengar a Timmy y a los otros! ¡Vamos a matar! —y dejando lucir las huellas de quemaduras pasadas en su brazo derecho, da la orden—: ¡Síganme!

Un rugido surge desde el grupo, al tiempo que se adentran en el bosque. Las

mujeres y niños los vitorean a los jinetes, mientras se marchan con sus rifles levantados al cielo.

A la hora en que el sol calienta los tejados de las casas, el Inspector y Médico Forense Ludwig se sienta a desayunar un café acompañado de panecillos con mermelada y miel, en el salón de té del hotel. Frente a él, puede observar a un caballero leyendo el periódico local *Hersbrucker Zeitung*, cuyo titular de portada reza: «El bosque de Dunkel se ha cobrado otra víctima».

Internados en lo profundo del bosque, los cazadores se separan para peinar la zona. Se mueven sigilosamente entre las malezas y arbustos de espinos al oír a lo lejos los aullidos de lobos. Uno de ellos mantiene su dedo en el gatillo del arma mientras se desplaza lentamente, evitando el crujido de las hojas caídas de otoño. No siente nada a su alrededor, excepto una escalofriante ventisca en su espalda. Cuando el hombre se da vuelta, divisa a la distancia una silueta humana. Mira hacia adelante convencido de que uno de sus compañeros ronda la zona. Pero el escalofrío vuelve a invadirle, ahora con mayor intensidad. Al mirar nuevamente hacia atrás, la figura aparece perturbadoramente más cerca entre los arbustos. Sin dudas, no es uno de los suyos. El individuo queda pétreo, fijando su vista en aquella imagen inmóvil. Luego comienza a moverse hacia ella. La jauría de lobos rodea el lugar.

Pasado el mediodía, Ludwig cruza hacia el lado norte del poblado hasta llegar a los terrenos que circundan el gran y espeso Dunkel, cuya superficie se extiende a lo lejos. Para él, investigar una muerte sobre el terreno es igual a abrir un cuerpo para descubrir la causa de su fallecimiento. Le gustaban ambas cosas, por eso había aceptado la posición de Inspector de Policía cuando se la ofrecieron. Sentía claustrofobia al pasar horas del día en una morgue, por lo que decidió salir un poco del encierro. Así fue como había resuelto su primer caso, hacía 6 años. Desde entonces, vuelve al confinamiento cuando lo amerita el asunto. Ahora se prepara para interrogar a los parientes del último niño fallecido, mientras el Agente Lenz se encargaría de indagar a las familias de las víctimas anteriores.

Recorriendo los campos cercanos a la gran muralla de espesos árboles, el Inspector Ludwig llega hasta una cabaña de madera rodeada de ganado vacuno y ovejas. Puede ver a lo lejos, cerca del bosque, a un grupo de hombres armados a caballo, tirando con cuerdas algunos animales. Continúa caminando hasta alcanzar una distancia prudencial y a continuación solicita permiso para acercarse, dejando ver su placa de Policía. Luego de observar un gesto de uno de los jinetes, se aproxima al grupo. Puede ver ahora que están arrastrando lobos muertos.

—Buenos días caballeros. Soy el Inspector de Policía Albert Ludwig y… —enseguida es interrumpido por uno de los individuos portando un rifle. Albert puede distinguir una cicatriz provocada por una severa quemadura en su brazo derecho.

—¿Y desde cuándo está prohibido cazar a bestias asesinas, Inspector? ¿Sabe usted que una de sus inocentes víctimas fue mi hijo? En el día de ayer, mataron a mi muchacho, ¿comprende? —dice con voz desgarradora y lágrimas en sus ojos. Albert

siente pena por aquel hombre, progenitor del pequeño que yacía en la morgue del hospital.

—Lo entiendo y lo siento. He venido por el caso de las 6 personas desaparecidas o muertas recientemente en éste bosque…

—¡Siete! —interrumpe nuevamente el padre del niño.

—¿Cómo dice? —pregunta asombrado Albert.

—Deben ser siete en total. Esta mañana ha desaparecido uno de nuestros compañeros.

—Lamento oír eso. He llegado ayer para colaborar con un colega que también se ha perdido. Supongo que a ésta altura yacerá muerto en algún lugar de éste bosque embrujado. Me he puesto a investigar estos casos y por ello estoy aquí. Quisiera saber realmente lo que ha sucedido y en especial, lo que le ha ocurrido a su hijo.

Mientras les quitan la piel a los lobos cazados, el sujeto de la quemadura en el brazo accedió a ser interrogado por el detective.

—¿Dígame, es usted Josef Bühler?

—Sí, es correcto.

—¿Desde cuándo vive aquí, señor Bühler?

—He vivido aquí con mi familia desde hace 20 años, cuando comenzaron a poblarse estos campos.

En ese instante aparece la Señora Bühler con su hijo mayor, uno de los niños que estaba jugando a las escondidas cuando el pequeño Tim desapareció. Sus rostros reflejan tristeza y angustia. El hombre presenta a su familia y Albert continúa con el interrogatorio, intentando involucrar a la mujer en las respuestas.

—¿Recuerdan cuándo comenzaron a ocurrir las muertes en Dunkel?

—Antes de mudarnos aquí —cuenta Josef— hubo un caso de un criminal abatido por la Policía en el bosque. La gente cree que desde entonces su espíritu maligno ronda por el lugar.

—Está endemoniado —afirma la mujer—. Tiene el poder de atraer a los chiquillos y devorárselos. Ese maldito vive en las bestias que habitan la zona.

—Por eso ningún ser humano vive allí —agrega su esposo— y nadie se atreve a entrar en lo profundo de la selva. Y esa es la causa por la cual lobos salvajes han poblado el lugar.

—Si habían rumores acerca de los peligros de vivir aquí, ¿por qué entonces se mudaron? —pregunta el Inspector.

—La situación hizo que estas tierras perdieran valor —dice el individuo—. En aquel momento pensamos que hacíamos un buen negocio comprando estas parcelas.

—¿Y no han pensado en alguna solución drástica? —continúa diciendo Ludwig— ¿por qué no queman una parte del monte? Así alejarían a los lobos y a cualquier maldición existente.

—Una vez vi a un hombre intentarlo, detective, y cuando lo hacía su cuerpo tomó fuego de repente, consumiéndose por las llamas. Traté de ayudarlo, pero fue

imposible. Una muerte horrible —recuerda Bühler con tristeza.

—¿Fue allí cuando sufrió de quemaduras en su brazo?

—Así es. Las misteriosas muertes ocurridas desde hace veinte años han provocado que la gente del pueblo y los que vivimos aquí nos convirtamos en supersticiosos y vivamos atemorizados. Hoy vi con mis propios ojos como uno de los nuestros se alejaba del grupo hipnotizado y desaparecía en el denso bosque. Un embrujo lo atrapó y se lo llevó.

—Lo mismo le ocurrió a Timmy —asevera su hijo mayor—. Parecía atraído por el propio diablo hacia el mismísimo infierno.

—Es muy extraño que un pequeño niño no sienta miedo a perderse en un bosque tenebroso —alega la mujer—. La única explicación posible es que estaba poseído por fuerzas malignas —concluye.

—Lamento lo que le ha ocurrido a su hijo —dice Albert, y haciendo una pausa, formula su última pregunta—: ¿Cuál es el nombre de la persona que ha desaparecido hoy?

—Reinhard Heydrich, dice Josef.

En ese momento, interrumpe en la conversación un joven portando una caja de madera y un soporte de tres patas.

—Buen día, mi nombre es Johann Claus, del *Hersbrucker Zeitung*. Si me lo permiten, quisiera hacer una fotografía de los cazadores junto a sus presas.

Luego de aceptar la propuesta del reportero, el técnico instala su cámara *Hüttig* con fuelle sobre el rústico soporte, abre el obturador para ajustar la distancia focal y regula el diafragma para controlar la luz. Después de insertar la placa fotográfica y de retirar la lámina metálica protectora, plasma la imagen de los cazadores y sus trofeos con Dunkel de fondo, sobre la placa seca de vidrio en solución de bromuro de cadmio, gelatina y nitrado de plata.

Después de que los hombres posaran para la posteridad, el Inspector Ludwig se acerca al fotógrafo para efectuarle una proposición.

—Permítame hacerle una pregunta —le dice Albert, mostrando su identificación — ¿Es posible tomar más de una fotografía con esa cámara?

—*Ja, Herr Kommissar* —le confirma intrigado Johann—. Ésta cámara permite cambiar la placa sin necesidad de abrirla. He traído algunas extras. ¿Quiere que le tome otra foto? —le pregunta con curiosidad el periodista.

—Quisiera ir con usted y su cámara hasta lo profundo del bosque, ¿es eso posible?

Asombrado por la propuesta, el cronista le responde:

—Si usted me asegurara que salimos vivos de allí, yo iría. Pero no me pagan lo suficiente como para arriesgar de esa manera mi vida. Además, no podríamos correr cargando el trípode y la cámara; y si daño el equipo perderé mi empleo.

—Me hago responsable de la cámara —asegura Ludwig—. Y no necesitaré el trípode. Solo explíqueme como es el procedimiento para disparar.

—Perdone, pero ¿qué es lo que espera fotografiar? —pregunta el reportero gráfico intrigado.

—Aún no lo sé.

Claus prepara la cámara mientras le explica el proceso técnico para tomar una instantánea en condiciones impredecibles. Unos minutos después, el detective con la caja de madera comienza a penetrar los límites prohibidos del espeso bosque. Mientras Johann se cuestiona si habrá hecho lo correcto en ceder la cámara del periódico al policía, éste se pregunta si aún estará con vida cuando se oculte el sol.

Ludwig sigue su marcha entre espesas ramas de espinos, tunas y enredaderas. Todavía no tiene idea que es lo que hará con el artefacto que lleva. «Si veo algo inusual, ¿tendré el tiempo suficiente para capturar una imagen?», se pregunta.

Mientras se abre paso entre la espesura del monte, siente una suave brisa en su espalda. Cuando mira a su alrededor, escucha el sonido que producen las hojas caídas de los árboles al ser impulsadas por una ráfaga de viento repentina. Albert avanza unos pasos más y oye el aullido de lobos acercándose. Sus manos comienzan a temblar mientras intenta colocar la cámara sobre un tronco muerto, buscando apuntar hacia donde viene aquel terrible sonido.

De pronto, divisa una silueta a lo lejos. Es una figura oscura, tétrica; una estampa de mujer de extensos cabellos y ropas negras. Ella parece observarle entre los árboles, pero él no puede distinguir su rostro. Su imagen permanece inmóvil, pero cada vez que la vuelve a mirar, parece cambiar de posición, apareciendo cada vez más cerca. Temblorosamente, acomoda la cámara y apunta hacia donde está la mujer, a unos veinte metros de su posición. Abre apresuradamente el obturador y sin hacer otros ajustes, aprieta el botón y toma la fotografía.

Sin perder un segundo, Ludwig levanta la cámara y empieza a correr de vuelta hacia el lugar de donde había venido. Pero enseguida una sensación extraña invade su ser. El investigador se da cuenta que en vez de avanzar en dirección al pueblo, sus piernas comienzan a modificar el rumbo sin poder controlarlas. Hay una fuerza sobrenatural que lo ha poseído y lo lleva hacia a esa figura tenebrosa, sin poder evitarlo. Pero lejos de sentir horror, la sensación que experimenta ahora es de total tranquilidad. Sabe que su cuerpo posiblemente amanecerá al día siguiente sobre una mesa de la morgue del hospital, pero a él no le importa. Su corazón desea aproximarse a ella; ya no tiene escapatoria.

Al acercarse, puede distinguir claramente sus rasgos faciales. Es otro el rostro que aparece frente a él. Su semblante deja lucir unas facciones delicadas. Su largo cabello lacio y negro, y sus grandes ojos verdes esmeralda lo atrapan. La hermosa criatura lo envuelve con sus suaves manos de piel blanca como la nieve. Mientras, la manada de lobos se mueve junto a ellos como perros mansos acompañando a sus amos. Ella lo mira con dulzura y sus labios carnosos y delicados le susurran un deseo:

—Ven conmigo, mi amor.

En ese instante se oye un disparo, seguido del aullido de dolor de un animal al ser

alcanzado por la bala de un cazador. Ella desvía su mirada hacia el asesino y sus hermosas facciones vuelven a lucir su macabro y tenebroso aspecto. El ángel divino se ha vuelto a convertir en una figura endemoniada y fantasmal. De alguna forma Albert consigue liberarse de aquel hechizo y retoma su camino, corriendo a toda prisa con la cámara bajo su brazo. Mientras regresa se da vuelta para observar, pero la misteriosa mujer y sus mascotas habían desaparecido.

Cuando arriba al predio de la familia Bühler, agitado por la corrida pero sintiéndose a salvo, le entrega la cámara a Claus y le hace un pedido:

—Revélala lo más rápido que puedas, y llévame con tu jefe.

Más tarde, el Inspector Albert Ludwig llega con el reportero Johann Claus a la oficina del *Hersbrucker Zeitung* y espera en la sala de recepción para entrevistarse con el Director. Mientras tanto, el periodista revela la placa fotográfica en el laboratorio. Cinco minutos después, Albert ingresa al despacho y es amablemente recibido por el rector.

—*Guten Tag! Kommissar Ludwig*, me llamo Fritz Gerlich. Soy el Director de éste periódico. Tome asiento, por favor —El Señor Gerlich es un hombre de mediana edad. Había heredado recientemente el *Hersbrucker* de su padre, que lo había fundado en 1848.

—*Danke, Herr Direktor*.

—Me ha informado nuestro reportero que usted ha visto algo extraño en el bosque Dunkel, y han intentado fotografiarlo. Tienen suerte de estar vivos.

Recordando el miedo que tenía Johann de quedarse sin trabajo o de morir en aquel lugar, decidió omitir una parte de lo sucedido. Le había dicho al fotógrafo que dijera que él le había acompañado pero que no había visto nada; que tal vez aquella aparición haya sido producto de su imaginación.

—Así es —afirma Ludwig—. Creo haber visto una silueta difusa entre los árboles y le pedí a Johann que apuntara hacia esa dirección y tomara la foto. Él no la pudo distinguir, así que no sabemos si se podrá apreciar algo en la imagen.

—Esperemos que sí. Sería una buena portada para el periódico —le dice Fritz.

—De eso precisamente quisiera hablarle, *Herr Gerlich*.

—Dígame Inspector, ¿qué tiene en mente?

—Este caso es muy extraño y aun no tengo respuestas. No sé qué o quién ha causado estas muertes, ni el motivo. La gente dice que son espíritus malignos que habitan en el bosque, pero yo creo que los asesinatos han sido provocados por hombres vivos. Quisiera mantener en secreto los avances de ésta investigación. Le prometo total cooperación con usted y su diario cuando culmine éste caso. Si hay un homicida, no quisiera que se enterase por la prensa de nuestros descubrimientos, ¿comprende?

El Director del *Hersbrucker* lo mira pensativo unos segundos y le dice:

—Afortunadamente para usted somos la única fuente de noticias del pueblo.

—Se lo agradezco mucho. Le mantendré informado.

En ese instante golpean la puerta. Una voz ansiosa se escucha al otro lado.

—*Herr Direktor! Herr Direktor!*

—¡Entre! —dice Fritz.

El fotógrafo entra a toda prisa llevando un sobre de papel en su mano. El Director lo observa con intriga y le pregunta:

—Claus, ¿qué le pasa? Tiene una cara de susto, como si hubiese visto un fantasma.

El periodista saca una lámina de papel leptográfico del sobre y dice:

—¡Así es! ¡Lo he visto!

La reproducción positiva de la placa revela una imagen levemente inclinada donde se aprecia una arboleda sobre un fondo oscuro, y entre el conjunto de árboles se logra observar una silueta espectral y difusa. Ludwig confirma que ha visto algo que no ha sido producto de su imaginación. Fritz analiza aquella figura borrosa, poco nítida:

—Parece que lo que fuese aquello se estaba moviendo cuando se hizo la foto. Ha salido fuera de foco.

—Nunca la vi moverse mientras se tomaba la fotografía —aclara el investigador — aunque cambió su posición cada vez que la observaba.

—Tal vez justo en ese momento se sacó la foto —agrega Fritz.

—Es posible. Por ahora, quiero que ésta lámina impresa y la placa negativa permanezcan bajo su custodia —le dice Ludwig—. Tengo que hablar con el *Polizeichef Motzer*. Necesito averiguar detalles sobre un antiguo caso —antes de retirarse le pregunta— ¿Tiene usted archivos de hace veinte años?

—Tal vez —responde el Director— pero necesitaré una fecha exacta.

—La tendrá —y recordando la cartilla del *Stadtarchiv* en su bolsillo, agrega—. Pruebe el 3 de octubre de 1865.

Esa misma tarde, el investigador de Berlín golpea la puerta de la oficina del Jefe de Policía.

—Comisario —saluda Motzer.

—*Herr Polizeichef.*

—Cuénteme Inspector, ¿ha averiguado algún dato de relevancia?

—Sí, así es —afirma Ludwig—. Hace aproximadamente 20 años ocurrió un incidente en el bosque donde un delincuente fue abatido por la policía. Quisiera saber quién era aquel maleante.

—Pero, ¿qué tiene que ver un caso criminal de hace dos décadas con los ataques de lobos?

—Aún no he podido comprobar si han habido asesinatos, pero no los descarto — le dice el detective—. Los pueblerinos que habitan los campos alrededor de Dunkel dicen que las muertes comenzaron a ocurrir a mediados de los sesentas a partir del fallecimiento de un malhechor. Según ellos, su espíritu habita en el monte y es el causante de las desapariciones y los decesos.

—¿Y usted cree en esas patrañas, Inspector?

—¡Claro que no! —afirma Ludwig— pero mi deber es averiguar si realmente existe una conexión entre aquel caso y los actuales, por más extraño e incoherente que parezca. —Hace una pausa y continúa—: Por eso he venido aquí, Jefe Motzer, para pedirle información. ¿Tiene usted archivos de aquella época?

—Déjeme averiguarle, *Kommissar*. ¿De qué fecha estaríamos hablando?

—No tengo certeza, pero quisiera confirmar si ha ocurrido algún incidente extraño el 3 de octubre de 1865. Mañana iré al *Stadtarchiv* a ver qué información poseen en sus expedientes.

—Mañana es domingo, Inspector —le corrige Motzer—. Las oficinas municipales permanecen cerradas los fines de semana. No podrá averiguar nada hasta el lunes.

—Y, ¿hay alguna posibilidad de que me den acceso al lugar?

—Me temo que eso es imposible. Hay toneladas de documentos ordenados y solo ellos saben dónde buscar la información que usted requiere.

—Está bien. Al menos podré revisar las pertenencias del Dr. Schulze.

—Ciertamente, Inspector Ludwig. Si lo desea, puede retirar su bolso. Será de su responsabilidad ahora. Ojalá pueda encontrar al Doctor sano y salvo.

—Eso espero —dice Albert, y luego pregunta—. Jefe, ¿ha visto al Agente Lenz?

—Pensé que estaba con usted, Inspector —responde sorprendido el *Polizeichef*.

—Habíamos acordado indagar a los familiares de las víctimas y después nos encontraríamos aquí para intercambiar datos del caso.

—Pues, el Agente Lenz no ha regresado desde que se fue esta mañana.

En ese mismo momento, en algún lugar del bosque, una sombra camina entre la vasta vegetación de espinos. La luz del sol comienza a escasear y la brisa sopla y golpea las ramas de los árboles, produciendo un silbido escalofriante. La silueta continúa su paso tembloroso hasta percibir algo en el suelo, a unos veinte metros más adelante. Avanza unos pasos y ahora logra distinguirlo claramente, confirmando lo que le habían hecho saber en los interrogatorios. Lo que observa el Agente Lenz entre la maleza es un cuerpo en posición boca abajo, en avanzado estado de descomposición. A primera vista, no hay signos de haber sido atacado por un depredador. Cuando se acerca, el hedor invade sus fosas nasales.

«Parece que éste hombre murió hace 4 o 5 días», estima Lenz. Registra los bolsillos en procura de alguna identificación. Encuentra una billetera con el documento. El nombre que figura en el Carnet de Identidad corresponde a Heinrich Schulze. Atónito por el descubrimiento, da vuelta el cuerpo para confirmar su identificación basado en la descripción que Ludwig le había proporcionado. Con horror observa el cadáver y enseguida determina la causa de su muerte. La profunda herida en su garganta no deja lugar a dudas. Había sido degollado con un arma blanca. «Esto cambia las cosas —reflexiona el agente—. Tengo que informar al Inspector que hay un asesino y…».

No tiene tiempo de reaccionar. La lámina de acero de doble filo corta su cuello como si fuese papel. La sangre baña su cuerpo inerte que se desploma junto al cadáver de Schulze. La daga manchada de rojo intenso, es limpiada en las ropas del policía recién asesinado. Unos brazos musculosos con rastros de quemaduras arrastran los cuerpos hasta una fosa cercana. Mirando con desprecio a los restos humanos, una voz conocida blasfema:

—Maldito fisgón —dice Josef Bühler.

Esa noche, en la habitación del hotel, Albert revisa el bolso de su amigo pero no encuentra ningún elemento nuevo para la investigación. Lo único que hay en el equipaje es ropa personal y un ejemplar del *Hersbrucker*. Está muy cansado por todo lo que había sucedido aquel día. Se deja caer sobre la cama con las prendas puestas y se duerme profundamente.

Sus ojos verdes como gemas lo seducen una vez más. El bello rostro de la mujer que tiene en frente lo mira con una sonrisa. Sus largos cabellos vuelan con el viento. No sabe dónde se encuentra. Parece envuelto en una nube de luz brillante. No siente sus pies. Tiene la sensación de estar levitando junto a ella. La hermosa joven estira su mano para acariciarlo. Cuando sus suaves y pálidos dedos tocan sus labios, se escucha un fuerte estruendo, acompañado de un relámpago incandescente. Ambos son separados bruscamente e impulsados hacia atrás por una fuerza incontrolable. El rostro de la mujer se ve ahora triste y demacrado. Se puede apreciar la humedad de sus mejillas producidas por la caída de lágrimas. Ha estado llorando y se encuentra muy asustada. Ella observa con terror lo que hay delante: ¡una visión de muerte! Comienza a gritar desesperadamente. En sus ojos se ve el brillo de una luz amarillenta. Es el reflejo de las flamas que comienzan a quemarlo todo. Sus ropas toman fuego y en un instante, una gran llamarada cubre su cuerpo. Ella se sacude violentamente entre gritos desgarradores mientras se quema viva.

El cuerpo de Albert se sobresalta. Se ha despertado de una pesadilla. Está todo transpirado. Por un segundo queda inmóvil y comienza a recordar los detalles de aquel sueño terrible. La mujer que vio en el bosque había sido asesinada cruelmente.

«Tengo que averiguar quién era esa joven, y descubrir si esos hechos ocurrieron en la realidad», se dijo.

El domingo amanece gris. Las nubes amenazantes cruzan el pueblo a gran velocidad. Ludwig tiene que continuar con la búsqueda de pistas. Recuerda que la oficina de información está cerrada este día y ni la Jefatura de Policía ni el periódico local tendrán novedades hasta el lunes. Decide entonces bajar a desayunar y aprovechar el momento para leer el viejo ejemplar del *Hersbrucker Zeitung* que su colega había dejado en el bolso. Quiere saber si algún artículo había sido de su interés. Tiene esperanzas de que tal vez su contenido proporcione alguna pista a la investigación.

Una vez en el salón de té, Albert es atendido por el camarero quien le ofrece el

periódico de la mañana al ver la publicación con fecha pasada sobre su mesa. Ludwig agradece la amabilidad al empleado y pide el desayuno: té con limón, pan y *Schwarzwälder Schinken*, el famoso jamón de la Selva Negra. Mientras espera, comienza a hojear el diario. Busca en todas las carillas pero no encuentra nada relacionado con los casos. La única noticia que se destaca es la de un menor desaparecido el día anterior. «Tal vez éste hecho fuera el que motivara a Heinrich en tomar la decisión de adentrarse en el bosque Dunkel para intentar encontrar a ese niño, y quien sabe que habrá sido de él», especula Albert. Estaba por culminar su lectura cuando una nota le llama la atención. En ella se habla de un posible caso de corrupción en la policía local. El texto que lee se refiere a «presuntos sobornos a funcionarios y personas ajenas a la Institución Policial», pero no están claros los motivos. Se dice que se está investigando en Berlín. «Quizás sea ésta la razón por la cual no he sido bien recibido por el Jefe de Policía», piensa Ludwig. Luego cierra el periódico y vuelve a observar la portada. No se había fijado en la fecha: «1 de Octubre», ni en el sello estampado junto al nombre del periódico. La impresión dice: «Propiedad del Bar *Die Freunde*».

No le lleva mucho tiempo descubrir la ubicación del establecimiento. Se encuentra justo frente al Hotel Kaiser, cruzando la *Nürnberger Straße*. Bajo una fuerte lluvia y utilizando el diario como paraguas, el joven investigador corre hacia la puerta de entrada de la taberna. Al ingresar, se acerca hasta el mostrador y es atendido por un señor de unos cuarenta y tantos años, de camisa remangada y corbata negra. Unos mostachos largos resaltan su rostro recio aunque amable al recibir al nuevo cliente. El detective se presenta, mostrando su placa y el periódico, mientras explica el caso.

—Quisiera hacerle algunas preguntas, si está usted disponible.

—Por supuesto, Inspector. Soy Raymond Biermann; pregunte usted.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Schulze?

—Fue el sábado de la semana pasada que lo vi por última vez —dice el cantinero —. Me pidió para llevarse el ejemplar del *Hersbrucker*. Lo había leído muy detenidamente y como estábamos cerrando, le permití quedárselo.

—¿Tuvo alguna conversación con él? ¿Le dijo a usted alguna cosa?

—Sí. Estuvimos hablando bastante aquella noche. Me había contado de una investigación que estaba realizando sobre un hecho ocurrido hace más de veinte años.

—¿Se refiere a un caso de un delincuente perseguido y abatido por la policía?

—Así es, *Kommissar*.

—¿Y qué fue lo que usted que le contó?

—Yo tenía 23 años en ese entonces.

—¿Se acuerda si era aquel día el 3 de octubre de 1865? —le interrumpe Albert.

—Es correcto. Lo recuerdo bien porque cumplía mi primer año de trabajo aquí.

—Prosiga, por favor.

—Estaba atendiendo una mesa cuando pude oír unos disparos. Luego observé a

varios policías pasar como bólidos a caballo frente a la ventana del bar. Salí a la calle y algunos transeúntes me dijeron que estaban a la caza de un hombre que había matado a un policía.

—¿Pudo usted ver al asesino en fuga? —pregunta Ludwig.

—No, solamente vi pasar a uniformados.

—¿Sabe cuál fue el móvil del crimen? ¿Recuerda si hubo un robo u otro acto delictivo en la zona?

—No recuerdo las circunstancias de ese hecho.

—¿Y se acuerda por casualidad quien era el policía muerto?

—No, lo siento. Pero leí una vez en el periódico que se había colocado una placa conmemorativa con su nombre.

El comentario de aquel hombre le sorprendió. «¿Cómo es que el Motzer no me dijo nada? Tengo que volver a la oficina del Jefe a buscar respuestas», pensó el detective.

—Agradezco mucho su información. Si conoce algún testigo de aquel hecho por favor hágamelo saber. Sería de mucha utilidad para la investigación poder hablar con más personas.

El cantinero permanece pensativo por un instante y luego le dice:

—Hay alguien, pero no creo que él sea de ayuda para usted.

—¿Por qué lo dice? —pregunta Ludwig.

—Conozco a este sujeto que afirma haber estado en el bosque aquella tarde, pero está loco de remate. Sufre demencia. Ha recibido electroshocks y otros tratamientos terribles, pero nada ha logrado curarlo. Y como no había dado muestras de ser violento ni peligroso, le dejaron en la calle. No tiene a nadie que se ocupe de él. Pide sobrantes de alimentos en los restaurantes y a veces alguna bebida en un bar. Cuando no hay clientes, yo le sirvo una cerveza. Nunca ha molestado a nadie.

El Inspector gira su mirada hacia las mesas. El lugar está vacío, excepto en un alejado rincón. Un hombre de espaldas permanece sentado. Lleva un sobrero ajado, ropas descuidadas y sucias, y un cabello canoso, desordenado y sin asear. Albert vuelve su vista al empleado y le pregunta:

—¿Por casualidad, es aquel señor de allí?

—Sí, ese es —confirma el barman—. Se llama Ernst. No conozco su apellido.

El policía siente curiosidad por saber quién es ese tipo.

—Deme dos *Pilsner Bier* —dice Albert—. Intentaré hablar con él. —En ese instante entran dos clientes elegantemente vestidos con trajes grises y sombrero. El detective se da cuenta de la situación y pide a Biermann no expulsar aun al loco—. Permítame unos minutos con él —le dice.

Momentos después, Ludwig camina sigilosamente con dos jarras de cerveza hasta la mesa junto a la ventana más alejada donde se sienta aquel individuo. Pasa junto a él y mueve una silla para poder sentarse. El sujeto ni se inmuta y sigue observando hacia la ventanilla de cristal que tiene a su izquierda. Albert se sienta lentamente,

luego de haber dejado los recipientes sobre la mesa. El hombre perturbado permanece con una mano sosteniendo su jarro vacío. El investigador observa su rostro demacrado y enfermo. Sus ojos padecen el síndrome de nistagmo. Sus pupilas parecen danzar su mirada perdida al ritmo de las gotas de lluvia deslizándose por el cristal de la ventana.

«¿Qué será lo que estará pensando?», se pregunta el Inspector, mientras intenta comunicarse:

—He observado que su jarra está muy ligera de peso, es por eso que le he traído otra —le dice amablemente, esperando notar alguna reacción del hombre—. Entiendo que su nombre es Ernst —le dice, mientras le arrima la vasija de vidrio llena de cerveza—. Me llamo Albert.

El sujeto mueve sus ojos saltarines hacia Ludwig, luego observa el jarrón frente a él y le muestra su gratitud, asintiendo levemente con su cabeza. Sostiene ahora el nuevo recipiente y toma un sorbo. El detective aprovecha la oportunidad para intentar preguntarle.

—¿Ha estado usted alguna vez en el bosque? —pregunta, pero no recibe respuesta. Lo intenta nuevamente—. ¿Fue alguna vez a Dunkel?

—¡Ahhh! —grita el demente—. ¡Dunkel…! ¡Nunca vaya allí! —le dice ahora mirándole a los ojos.

—¿Por qué? —pregunta Ludwig.

—Lo volverá loco.

—¿Qué hay allí?

—¡La muerte! —exclama el mendigo.

—¿Y pudo usted verla?

—¡La vi, sí! Tiene rostro de mujer.

—¿Quién era ella?

—No lo recuerdo.

—¿Observó cómo mataba a otros hombres?

—No la vi porque jamás regresé a aquel lugar, pero sé que es ella. Destroza a los niños y quema vivas a las personas.

—Pero a usted no lo asesinó ¿Por qué cree que sobrevivió?

—Hubiese preferido morir.

—¿Por qué? —pregunta Ludwig.

—¿Acaso no me ve? Esa maldita me embrujó.

—¿Por qué le hizo esto? ¿Tuvo algo que ver con su muerte?

—Creímos que había fallecido, pero luego la vi volver del infierno.

—¿Por qué la asesinaron?

—Necesitaba dinero.

—¿Para quién trabajaba? ¿Quiénes más estuvieron involucrados?

—Tengo que orinar —el hombre se levanta de la mesa y va hasta el lavabo.

El Inspector aprovecha la ocasión para revisar los bolsillos de la chaqueta

harapienta que había dejado sobre el respaldo de la silla. Necesita un dato y quiere asegurarse de que sea el correcto. Pero por más que busca entre las pertenencias del mendigo, no encuentra el *Personalausweis*. «Este sujeto no lleva documentación», piensa. Mientras espera, reflexiona. Le han proporcionado información que confirmaría una presencia sobrenatural en Dunkel, pero tiene que tener en cuenta que se lo ha dicho un demente. Nada de lo que le dijo podría servir como testimonio. Aun así, necesita saber si Ernst dijo la verdad con relación a la muerte de la mujer. También tiene que averiguar las circunstancias en que fue ultimado el policía y abatido su asesino aquel día. Cree que todos esos hechos y los recientes macabros hallazgos en el bosque están de alguna manera relacionados entre sí.

Cuando el hombre regresa, Albert intenta obtener más respuestas a sus interrogantes, pero el indigente no agrega más palabras a su declaración. Entonces, el joven detective se despide con el propósito de conseguir el dato más relevante de todos.

—Ha sido un gusto, señor —le dice extendiéndole la mano—. Mi nombre completo es Albert Ludwig, ¿cuál es el suyo?

—Ernst Merz.

—¿Merz o Mertz? —pregunta el Inspector, al no haber entendido bien.

—Merz.

—¿Podré volver a hablar con usted en otro momento?

—Si me invita a otra cerveza…

—*Danke, Tschüss.*

Ludwig se retira del bar, seguido por las miradas de los dos caballeros sentados junto a la barra. Cuando le pierden de vista, vuelven su atención en el solitario hombre ubicado en la esquina, junto a la ventana.

El investigador entra en el edificio y comienza a buscar en las paredes de la delegación policial. Mientras estuvo ayer, no prestó atención a los marcos de madera conmemorativos donde pudiera aparecer inscrito el nombre de un policía asesinado hace 22 años. «Tal vez lo tenga en su despacho», piensa, mientras golpea la puerta de la oficina del Jefe Motzer.

—¡Adelante!

—*Polizeichef.*

—Inspector.

—Dígame, ¿tiene alguna novedad para mí? —pregunta Ludwig, haciendo un paneo con su vista de la habitación—. ¿Han encontrado el parte policial del caso que solicité?

—Desafortunadamente, no hemos hallado ningún expedientes de aquella época, Inspector, lo lamento.

—Pero eso es imposible —protesta—. Quisiera buscarlos personalmente.

—Me temo que eso no es posible, no tiene autorización.

—Pero me la podría dar usted.

—No puedo hacer eso, lo siento.

—He venido aquí para investigar unas muertes misteriosas y lo único que obtengo de usted son trabas burocráticas —le dice Ludwig, indignado.

—Tenga cuidado con sus palabras, Inspector. Está usted hablando con un Oficial Superior.

—Pues informaré a *mis* superiores en Berlín de su falta de colaboración, buenas tardes —y diciendo estas palabras, el detective se retira del despacho impulsado por la ira. «Sin dudas, Motzer tiene algo que ver en todo esto», piensa, mientras se marcha.

Le queda poco tiempo y escasas fuentes de información para descubrir lo que realmente ocurrió hace dos décadas, y cuyos hechos, según su lógica, han tenido consecuencias directas en los casos actuales.

El investigador regresa al periódico y es recibido nuevamente por Gerlich.

—Le tengo muy malas noticias *Kommissar* —dice Fritz con tristeza—. La policía ha venido en la noche y nos han requisado decenas de cajas de archivos.

Albert no se sorprende, pero teme lo peor al preguntar por la única prueba obtenida en la investigación.

—¿Y la fotografía?

—También fue confiscada, junto con la placa —dice el Director.

—¡Ese maldito de Motzer! No me extraña. Leí la nota de prensa sobre corrupción en el Departamento de Policía. ¿Qué saben de eso? —pregunta Albert.

—Nos han informado de ventas ilegales de terrenos y otros negocios oscuros en los que estarían involucrados miembros de la policía local y otros civiles.

—Hay algo muy turbio en todo esto —especula Ludwig—. Apostaría a que todo está relacionado. No encuentro otra razón por la cual no me permiten ver el parte policial de aquel día. Si tan solo tuviese el nombre del delincuente abatido o del policía asesinado, tal vez podría confirmar mis sospechas cuando indague en los archivos públicos.

—Ahora que lo recuerdo, Inspector, hace unos años, cuando mi padre vivía y era el Director del diario, había sido invitado a la inauguración de un memorial en recuerdo de los agentes caídos en acto de servicio. Allí se colocó una placa con sus nombres.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunta Albert impaciente.

—*Stadtpolizei Platz*, cerca de la Plaza del Mercado.

—Iré ahora mismo. Si obtengo su nombre, intentaré conseguir los registros en la Jefatura, pero no voy a hablar con el corrupto de Motzer. ¿Dígame, tiene algún informante de confianza dentro de la estación de policía?

—Sí. El Agente Freund, Edwin Freund —responde Fritz—. Es un viejo amigo, pero no creo que pueda ayudarnos esta vez. Ni siquiera me ha podido avisar del allanamiento.

—De todos modos, lo intentaré —dice Albert.

Cuando el detective está saliendo del despacho, aparece Johann visiblemente agitado.

—*Herr Direktor*, fue encontrado un cadáver en un callejón de la *Friedrichstraße*. Voy a ir hasta allí a tomar unas fotos.

—Voy con usted —le dice Albert.

Ambos salen a toda prisa de las oficinas del *Hersbrucker*. Necesitan llegar hasta la calle Friedrich lo más rápido posible. Ludwig quiere saber si esta muerte está relacionada con los casos que está investigando. En la avenida principal, aun mojada por la lluvia, buscan un medio de locomoción que los acerque al lugar. Se aproximan a un cabriolé que está detenido en una esquina y solicitan su servicio. Ambos son llevados en el carruaje de dos ruedas hasta el sitio del hallazgo de los restos humanos.

Al llegar, pueden ver a dos policías apostados junto a un callejón. Se bajan y comienzan a inspeccionar la zona. «Hay algo que no huele bien», piensa el detective, mientras camina entre los uniformados. Al fondo del estrecho pasaje sin salida, junto a unos cubos de basura, se encuentra el cuerpo sin vida de un indigente de pelo largo canoso. Albert lo reconoce inmediatamente. El cadáver que yace allí es el de Ernst Merz. Recibió un golpe mortal en la cabeza con un elemento contundente. Mientras Johann Claus toma algunas fotos, el Inspector examina el lugar y los rostros de los presentes. Entre los curiosos puede distinguir a uno de los clientes bien vestidos que estaban en el Bar *Die Freunde* esa tarde. Cuando el intruso se percata de que es observado, intenta alejarse del área discretamente. Pero Ludwig está atento y le da la voz de alto. El sujeto empieza a correr y es perseguido por el detective. Algunos de los uniformados acompañan en el seguimiento, mientras Claus avanza rezagado. En ese momento, el sospechoso saca un revolver y comienza a disparar, haciendo añicos los cristales de una vitrina, muy cerca de donde se encuentra Albert. En la siguiente esquina, el extraño de traje gris intenta cruzar la calle sin percatarse que un carro tirado por dos caballos se acerca a gran velocidad. Con el impacto, el cuerpo ya sin vida del hombre es arrastrado varios metros sobre la acera adoquinada. El Inspector llega hasta él antes que los demás y busca una tarjeta de identificación entre sus prendas. No se sorprende cuando ve el emblema de la Policía Municipal en el documento. Huye de la escena antes que arriben los demás oficiales.

A pocas manzanas de allí está el *Marktplatz*, donde decenas de agricultores exponen y venden sus productos. A cien metros del lugar se encuentra una pequeña plaza, donde destaca una fuente y tres columnas ornamentales de estilo jónico. Sobre la columna principal resalta una placa de bronce con la palabra *Stadtpolizei* y en la parte inferior, una lista de nombres grabados en mármol de los agentes muertos en acción, con las fechas del suceso.

«Espero que aun quede espacio en la columna», piensa con sarcasmo, mientas observa el nombre del agente abatido el 3 de octubre de 1865. La inscripción grabada reza: «Hans Zimer». Ahora desconfía de todo el cuerpo de policía local. Teme que lo acusen de haber provocado la muerte del agente encubierto, y tal vez, del propio

Merz. Y además, ve muy difícil poder llegar hasta el agente informante que ni siquiera conoce.

—Comisario Ludwig —le dice alguien a sus espaldas. Cuando se da vuelta, siente un profundo alivio. Es el reportero gráfico—. Supuse que usted estaría aquí. Oí al Director Gerlich mencionarle éste lugar. Me alegra haberlo encontrado.

—A mí también Claus. Es por ello que quisiera pedirle un favor.

—Seguro.

—Tendré que permanecer en un sitio seguro esta noche. No quiero arriesgarme quedándome en el hotel. ¿Me podría usted proporcionar un sillón dónde dormir? Estoy siguiendo una pista y mañana lunes iré a la oficina de archivos.

—No se preocupe, me complacerá ayudarle —dice el fotógrafo—. Cuente conmigo para lo que necesite.

—Se lo agradezco. Será usted recompensado —le asegura Albert.

A la mañana siguiente, los dos hombres llegan hasta las inmediaciones del *Stadtarchiv*. Desde una distancia segura, observan a dos agentes montando guardia en la entrada de la dependencia municipal.

—Parece que Motzer ha emitido una orden de captura contra mí —dice Albert—. Él sabía que yo iba a venir aquí para buscar información sobre el caso de Hans Zimer. Mi colega también estaba investigando esos hechos y por ello lo han hecho desaparecer. Tengo que averiguar lo que ha ocurrido. ¿Puede distraer a esos dos policías?

—Cuente con ello. No en vano, he traído mi encanto de periodista, además de mi equipo. Es hora de dar una nueva imagen a la policía local.

Mientras el fotógrafo se acerca a los funcionarios policiales, Ludwig espera el instante preciso para actuar. Teme ser arrestado y eliminado. Ni siquiera tiene pruebas sobre los autores de los crímenes en Dunkel para informar a Berlín. Cualquier orden que dicte contra los jerarcas policiales del pueblo culminaría con su carrera. Sería expulsado de la fuerza por loco, por haber visto fantasmas, y tal vez, termine en la cárcel por criminal.

—Buenos días, Oficiales —saluda Johann con una simpática sonrisa.

—Estamos trabajando, ¡retírese! —responde uno de los vigilantes en tono recio.

—Precisamente, Señores Oficiales. El *Hersbrucker* está haciendo una campaña para promover la generosidad del cuerpo policial en ayuda del ciudadano, y es por ello que quisiera tomarles unas fotografías para mostrar a la sociedad su considerada actitud y profesionalismo. —Entonces, Claus ve pasar a una hermosa rubia de elegante vestido y finos guantes de seda y se acerca a ella—. Disculpe mi atrevimiento joven, ¿aceptaría usted posar junto a estos dos agentes de policía para una fotografía institucional? Mi periódico está promoviendo el servicio y la dedicación del cuerpo policial en la comunidad.

La señorita se siente avergonzada por semejante oferta, pero ve una posibilidad de promocionar su belleza entre los caballeros de la alta sociedad. Para los policías, el

hecho de posar junto a una bella mujer les da un aire de héroes del pueblo.

Mientras el reportero gráfico monta la cámara sobre el trípode y prepara el disparo, Alfred ingresa por la puerta de entrada del edificio sin ser visto. El Inspector se acerca al mostrador donde una recepcionista recibe las solicitudes. Extrae su placa y la cartilla con la fecha y el número de archivo.

—Buen día. Soy detective de policía. —le dice, mientras muestra su identificación. Deliberadamente ha obviado mencionar su nombre—. Como usted sabrá, estamos en busca de un sospechoso. Me han dicho que puedo hallar información valiosa para el caso en este expediente. —le dice, enseñando la cartilla gris—. Es el Nro. 01650310.

—Enseguida, *Herr Kommissar* —dice la empleada municipal.

Unos minutos después, la mujer llega con una carpeta y se la entrega al investigador. En su portada se puede leer: «Exp. Nro. 01650310. Caso: Förstner. 3 de octubre de 1865».

—¿Sabe quién recopiló esta información? —pregunta Albert.

—Sí. El Dr. Heinrich Schulze fue quien comenzó el expediente. Estaba redactando un informe para ser enviado a la Oficina Imperial del Interior —le dice la mujer.

—¿Por qué no lo informó?

—El Doctor solicitó expresamente no avisar a la policía local hasta tanto el reporte no esté en Berlín. Pero lamentablemente, nunca lo terminó.

—Entiendo, ¿y podré encontrar ese documento inconcluso en el expediente?

—Desgraciadamente no está en la carpeta. Se lo había llevado para terminar de redactarlo en el hotel. Además, el Dr. Schulze había dicho que faltaba otro expediente, y que iba a incluirlo en el reporte antes de ser enviado.

—Comprendo. ¿Tiene alguna información sobre esa documentación faltante?

—No, lo lamento. Sé que era muy importante, pero nunca mencionó donde lo tenía. Solamente tengo claro que ese expediente no pertenecía al *Stadtarchiv* —dice la mujer, y luego de una pausa, agrega—: No debe preocuparse, Inspector Ludwig, no voy a informar a la policía que usted está aquí. Sé quién es usted y todo lo que está haciendo por su amigo. El Dr. Schulze me había comentado que usted iba a venir a ayudar en el caso.

—Es usted muy amable. Por desgracia, llegué un poco tarde.

Con una libreta y una pluma, Albert se prepara para estudiar parte de la documentación compilada por su amigo. «Seguramente averiguó algo que involucraba a gente importante y por ello fue asesinado», piensa, mientras observa la carpeta que tiene en frente. Cuando abre el portafolio, encuentra un conjunto de hojas, recortes del *Hersbrucker* y documentos notariales. Entre estos, se encuentran negocios de terrenos realizados por una empresa denominada *Khol ADHGB* y un mapa catastral del sector norte de la villa donde se ubican éstas propiedades. Las delimitaciones incluyen toda el área del bosque Dunkel. La parcelación en lotes y

ventas de los terrenos, según la documentación, comenzaron a partir de 1866. Esto le hace recordar las palabras de Josef Bühler, el padre del pequeño Tim: «He vivido aquí con mi familia desde hace 20 años, cuando comenzaron a poblarse estos campos».

En su agenda comienza a hacer algunas anotaciones:

«¿Quién es Förstner?;

¿Quiénes son dueños de la empresa Khol?;

¿Ventas de terrenos son legales?;

¿Hay relación con sucesos de 1865?».

«Es hora de averiguar lo que ocurrió aquel día», piensa, al tiempo que separa los recortes de diarios. Comienza a leer una nota de prensa del 4 de octubre de 1865 con el titular: «Jornada trágica en Hersbruck», donde se relatan los hechos ocurridos el día anterior: «La muerte de un policía a manos de un delincuente provocó gran conmoción y caos en el pueblo. Según fuentes policiales, cuando el Agente Hans Zimer caminaba por la calle Friedrich, fue interceptado por un individuo que, sin medir palabra, le disparó a quemarropa y huyó del lugar. A partir de ese momento, se generó una situación caótica donde decenas de efectivos recorrieron las calles persiguiendo a éste criminal. Testigos afirmaron que el asesino era un hombre corpulento, de mediana edad, que huyó hacia el bosque Dunkel. Otros testigos en el sector este oyeron disparos y presenciaron corridas de gendarmes a caballo por la *Nürnberger Straße*, pero nadie ha podido ver al malviviente, que ha sido abatido, según las fuentes. El nombre del asesino no ha sido aún revelado por las autoridades. Ampliaremos en la próxima edición».

—¡Maldita sea! —grita Ludwig, en medio del silencio reinante en aquel sitio.

Ahora pasa al siguiente artículo publicado dos días después: «Revelan detalles de la persecución —dice el título del reportaje—: La Policía ha dado información sobre el seguimiento que acabó con la vida del asesino del Agente Hans Zimer: Cuando el individuo es perseguido por los uniformados, éste ingresa a una cabaña presuntamente abandonada en medio del bosque y la incendia, intentando escabullirse entre el humo y el fuego. Según el Jefe Gruber, en el instante en que el hombre huye, es abatido por uno de los policías. Los hechos mencionados no han podido ser confirmados por la prensa porque las autoridades han prohibido el acceso al lugar. Tampoco se sabe quién era el sujeto ultimado, ni por qué hirió de muerte al Agente Zimer».

«Por algún motivo ocultaron el nombre de aquel criminal», piensa Albert, mientras continúa buscando entre las notas de prensa. Entre los papeles encuentra una nota de 1864 cuyo título dice: «La joven Minna Förstner da a luz. La hermosa y controvertida heredera de tierras de Hersbruck da a luz a su primer hijo. Se desconoce el nombre del padre pero a ella no le interesa lo que opine la sociedad».

Albert anota en su bloc:

«Förstner: ¿Dueña de tierras vendidas?

¿Qué ha sido de la mujer y su hijo?».

«Es una lástima que no haya una foto en la nota», piensa. Necesitará buscar más datos para intentar esclarecer el misterio. Supone que las conclusiones finales del caso estarían plasmadas en el informe desaparecido. Y ahora no sabe por dónde seguir buscando. Todavía no tiene ninguna prueba que involucre a alguna persona en los recientes fallecimientos, y su tiempo se ha agotado. Cuando ingresen los guardias que están afuera será el fin, y toda la investigación llevada a cabo por su amigo será destruida, y su posible muerte habrá sido en vano. Sin mucha esperanza, comienza a pensar en datos adicionales para ser solicitarlos a la recepcionista del archivo. Cuando se va a levantar para ir al mostrador, golpea sin darse cuenta la gruesa carpeta y ésta cae al suelo, desparramando todos los papeles. Molesto por lo sucedido, comienza a recoger los documentos cuando, perdida entre las hojas del legajo, encuentra una nota periodística acompañada de una fotografía. En la imagen puede reconocer el rostro de la hermosa mujer que había visto hace dos días en el bosque. «Confirman muerte de Minna Förstner y su hijo Omar», reza el titular del periódico, con fecha: 12 de octubre de 1865. «Las autoridades locales confirman que la joven y su pequeño hijo de apenas un año de edad se encontraban en la cabaña del bosque Dunkel cuando ésta fue incendiada deliberadamente, completando así un triple homicidio en el día más negro de la historia de Hersbruck».

—¡Hijos de puta! Entonces la mataron para robarle sus tierras.

Mirando nuevamente el retrato del diario, algo le llama la atención. La dama lleva puesto un collar de perlas. Ello le hace pensar en algo.

En ese momento, Claus entra al edificio. Estuvo distrayendo a los policías hasta que la bella joven comenzó a entretenerles. Aprovechó entonces la ocasión para ver si había novedades en el caso, y para entregar un mensaje.

—*Kommissar* Ludwig.

—Johann.

—Debo hablarle. La Policía sabe que usted está aquí y controlan la salida. Un agente me informó que vendrá por usted en unos minutos —le dice el fotógrafo.

—¡Maldita mujer!

—Disculpe, no entendí.

—Nada, no se preocupe —dice Ludwig, resignado.

—¿Ha descubierto algo nuevo? —pregunta Claus.

—Puede ser —responde el detective—; aunque ya no me queda mucho tiempo. —Hace una pausa—. Dígame, ¿qué sabe usted del dueño del Hotel Kaiser, el Dr. Klaus von Gruber?

—Como reportero, he hecho algunas investigaciones sobre su persona y la de su esposa, pero parte de esa información no fue publicada. Gerlich no quiso enfrentarse a estas personas tan influyentes de la sociedad. La señora es una aristócrata. No se conformaba con tener un marido de poca monta. Fue entonces cuando utilizó toda su influencia permitiéndole a Gruber escalar rápidamente posiciones hasta convertirlo en

un hombre muy poderoso. Se rumorea que jamás cursó estudios de abogacía. Tanto su título nobiliario como el universitario fueron adquiridos mediante un desembolso de dinero proveniente de una cuenta bancaria de Mrs. von Bülow. Si bien la mujer tiene una fortuna en joyas, propiedades y depósitos financieros, cuando contrajo matrimonio, ella y su marido hicieron separación de bienes. Pudimos comprobar que el capital de la mujer nunca disminuyó, mientras que el de su marido aumentó gradualmente a partir de 1866. Es difícil comprender cómo el sujeto llegó a ser rico con una jubilación de Jefe de Policía.

—¿Has dicho que fue *Polizeichef*? —pregunta Albert con asombro.

—Así es —le responde el fotógrafo—. Se jubiló hace 20 años, siendo la autoridad de la *Stadtpolizei*. Unos años después, ya tenía un hotel construido a su nombre.

—Ahora comprendo. Fue él quien dirigió la persecución —dice Ludwig—. Lo leí en una nota de prensa de la época. Apostaría a que también es dueño de la empresa *Khol*, la que expropió los terrenos de Minna Förstner después de su muerte. Posteriormente vendieron los campos en parcelas y así comenzó a amasar su fortuna el ex oficial de policía. Seguramente el Jefe Motzer también esté involucrado y quien sabe cuántos más. ¿Podría el nombre «*Khol*», ser un pseudo-acrónimo de *Kaiser Hotel*?

—No lo sé *Kommissar*, ¿pero tiene usted alguna prueba de todo lo que está diciendo? ¿Hay algún documento que lo acredite?

—Por desgracia no tengo nada —se lamenta Albert—. Es probable que los crímenes nunca se puedan comprobar y los culpables continuarán libres y disfrutando de las regalías de su impunidad. Mientras tanto, yo seré expulsado de la fuerza policial por demente y terminaré mis días pudriéndome en un manicomio, o peor aún, en algún lugar perdido del Dunkel.

—¿Inspector Ludwig? —pregunta un funcionario policial que acaba de ingresar al salón de lectura.

—Sí, soy yo —responde Albert resignado, al ser identificado.

—Soy el Agente Edwin Freund. Tengo órdenes de detenerle. El Jefe requiere su presencia inmediata para ser interrogado por la muerte de un policía en la tarde de ayer —hace una pausa y agrega—. Además de darle una orden del Oficial Superior, he venido aquí a entregarle esto —le dice, acercándole una carpeta.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta incrédulo Ludwig.

—Es el expediente del Agente Hans Zimer, el policía abatido en octubre del 65. Pero antes de entregárselo quisiera aclarar algo para poder ganarme su confianza: Hace tiempo que Motzer está detrás de un traidor con uniforme, y es por eso que he tenido que romper todo vínculo de comunicación con el Director del *Hersbrucker*, para no despertar sospechas y para poder traerle esta documentación. Inspector Ludwig, quiero decirle que soy policía desde hace 25 años. Me enlisté para hacer el bien a la sociedad, no para aprovecharme de ella. Por eso estoy aquí. Cuando Hans estaba llevando a cabo una investigación y temió por su vida, me entregó estos folios

relacionados con un caso de corrupción y asociación para delinquir en la que involucraba a varios funcionarios policiales. Al final lo mataron por lo que sabía. Él era mi amigo y espero que los culpables de ese crimen puedan ser al fin puestos tras las rejas. Hace 22 años que tengo este expediente y no solo la he custodiado, también lo he actualizado. Hay información disponible sobre sucesos ocurridos el día de su muerte que no están archivados en este edificio. Sé que usted se preguntará porque yo nunca entregué estas pruebas a las autoridades y me las guardé durante tanto tiempo. Pues, por mis errores el Señor me juzgará cuando sea el momento, pero luego que mi familia recibiera varias amenazas de muerte, no he tenido más remedio que mantenerme callado hasta que surgiera una mejor ocasión. Entonces pasaron los años. Mis hijos se fueron del pueblo y yo enviudé. Al quedarme solo, ya no me preocuparon las amenazas. Y cuando el Dr. Schulze llegó a Hersbruck para estudiar esos horribles casos de cuerpos mutilados y comenzó a investigar los hechos más allá de su función médica, pensé que tenía que aprovechar esta nueva oportunidad que Dios me daba y entregarle el expediente con la esperanza de que él pudiese presentarlo ante la Oficina Imperial del Interior. Ya había acordado con el Doctor la entrega de los documentos, pero el hombre desapareció antes de poder concretar el encuentro. Espero que ahora estos folios sean de utilidad. Aquí están todos los detalles que usted busca. Si esto llega a Berlín, Motzer y Gruber dirán adiós a sus vidas de privilegios e impunidad.

El Inspector mira la carpeta que le fue entregada y luego vuelve su vista al policía.

—¿Podrá usted custodiar toda la documentación en un viaje a la Capital Imperial?

—Precisamente, tengo todo arreglado para ir enseguida. Hay un carruaje que me espera para llevarme hasta Nürnberg. De allí partiré en tren hasta Berlín esta misma noche.

—En ese caso, permítame cinco minutos para revisar este material. Se lo entregaré inmediatamente —le dice Albert.

—Muy bien —dice el agente—. Iré afuera para asegurarme que nadie ingrese a este lugar. No debe preocuparse por los policías que custodian la entrada; ellos no saben que usted está aquí.

—*Danke schön* —responde Ludwig agradecido. El Inspector quiere salir de allí y liberarse de los hombres de Motzer, pero antes necesita ver el contenido de la carpeta que recién le han entregado. Está impaciente por conocer lo que Hans había descubierto hace más de veinte años. Mientras tanto, junto a él se ha sentado el fotógrafo que ahora va a hacer su parte como periodista de investigación, copiando información de los archivos que previamente serán analizados por el detective.

—Debemos atrapar a los culpables antes de revelar esto al público —dice Albert —. Temo por una fuga de los sospechosos si estos son advertidos a través de la prensa.

—Comprendido, Inspector —responde Claus.

Lo primero que encuentra al abrir la carpeta de Zimer es una lista de nombres de agentes, y por lo que puede notar, también hay incluidos varios civiles.

—Vea los nombres, *Kommissar*.

«Agente Egbert Baum,

Agente Reinhard Heydrich,

Agente Adolf Motzer,

Agente Josef Bühler,

Agente Ernst Mertz».

—De la lista, reconozco a estos cinco —dice Ludwig—: el Gerente del hotel; el campesino desaparecido; el Jefe Motzer; el padre del niño muerto, y el loco del bar que no había podido deletrear correctamente su apellido. Seguramente éstos son los agentes corruptos que participaron en el crimen de Minna Förstner y su hijo. Gruber debía sobornarlos para que mantuvieran su silencio y apoyaran el plan en marcha. Si averiguamos los nombres de las otras víctimas que han desaparecido o muerto misteriosamente en el bosque en los últimos años, quizás encontremos que sus apellidos coinciden con los de esta lista —concluye el detective.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta intrigado el reportero.

—Qué la dama del bosque aún no ha concluido su venganza —le dice, mirándole fijamente a los ojos.

La demás documentación que encuentran deja en evidencia la relación del Dr. Gruber y el Jefe Motzer en la trama para asesinar a la Sra. Förstner y confiscar sus tierras veintidós años atrás. Hans Zimer lo había averiguado, pero no se había percatado que él mismo era parte del plan maestro.

—Ya tenemos suficiente, y no quiero demorar más —dice el Inspector—. Voy a arrestar a Gruber y de alguna forma lo trasladaré hasta Berlín. Desde allí resolverán qué hacer con Motzer. Vaya afuera y dígale a Freund que venga —le dice al periodista.

—Ahora mismo —dice Claus.

Cuando llega el policía, Albert Ludwig detalla las acciones a seguir:

—Agente Freund, he decidido arrestar a Gruber. Gracias a la información que usted ha proporcionado, podré apresarle.

—¿Llevará usted a cabo el procedimiento sin ningún apoyo? Disculpe Inspector, ¿por qué no pide refuerzos?

—Temo que se nos pueda escapar, y ya no queda tiempo —dice Ludwig—. ¿Dígame, a qué hora parte el tren desde Nürnberg?

—A las 21:30hrs.

—Perfecto. Si logro arrestarlo, conseguiré el modo de transportarle hasta allí. Si no estamos en el tren a la hora señalada, será porque algo salió mal —le dice Albert —. Lo importante es que usted presente las pruebas ante el *Reichsamt des Innern*. Muy pronto, éste poblado estará desbordado de agentes de la Oficina del Interior para poner orden en la Jefatura de Policía Municipal, y para decidir la suerte de Motzer y

los demás cómplices. Salga ahora mismo para allá con toda la documentación. Ya he firmado la autorización para el traslado del expediente del caso Förstner. Claus, —dice ahora, mirando al reportero— entregue toda la información recopilada a Gerlich. A pesar de lo que le he dicho antes, el Director tendrá autorización para publicarla en la edición de mañana, pase lo que pase. Dígale a su jefe que en unos días proporcionaré más datos en un informe escrito y podrá estudiar todos los folios. Johann, quisiera agradecerle por su ayuda. Sin usted jamás hubiese podido sacar aquella foto, ni habría podido ingresar a los archivos del pueblo, y muy probablemente, estaría en estos momentos compartiendo una fosa común junto a mi amigo Schulze.

—Ha sido un gusto, Inspector. Espero que pronto se haga justicia —le dice Claus, dándole la mano al despedirse.

Minutos después, Ludwig sale sin ser visto por una ventana trasera del edificio. Freund, en tanto, se retira con los expedientes y aborda un carruaje que lo estaba aguardando en la esquina. Los dos centinelas permanecen apostados en la puerta de entrada, sin entender lo que está ocurriendo.

Mientras tanto, el Fotógrafo Johann Claus deja su cámara y el trípode en el *Stadtarchiv* y corre apresuradamente con el valioso reportaje hacia el *Hersbrucker Zeitung*. Estaba agotado de cargar el pesado equipo todo el día. Además, lo que lleva en su block de notas echa por tierra el famoso lema de los reporteros gráficos: «una imagen vale más que mil palabras». En su caso, lo que guarda anotado en su agenda posee un valor mucho mayor que una fotografía. Ese día aprende otra lección: «una placa fotográfica podía desaparecer fácilmente, pero no así de sencillo sería confiscar la tirada completa de los kioscos», piensa, mientras golpea la puerta.

—*Herr Direktor! Herr Direktor!*

—¡Pase! —dice Gerlich Fritz.

—Señor, necesito reunirme con usted inmediatamente y sin interrupciones —le dice Johann a su jefe—. Y una cosa más: ¡quiero un aumento!

El detective y médico forense que vino de Berlín a investigar un caso, espera con paciencia que el principal sospechoso ingrese al edificio. Cuando el Dr. Klaus von Gruber se aproxima a la entrada del Hotel Kaiser, Ludwig lo intercepta.

—Queda usted detenido como sospechoso del homicidio de Minna y Omar Förstner —le dice el Inspector apuntando su arma.

—¿Está usted loco? —le increpa Gruber.

—Vendrá conmigo; no me obligue a llevarlo a la fuerza.

—Usted no sabe aún con quién está hablando, pero se lo demostraré.

Ludwig no se había percatado que estaba siendo rodeado por varios matones al servicio del antiguo Jefe de Policía. Uno de ellos logra reducirlo apuntándole con un arma.

—No se mueva Comisario, o le vuelo la cabeza —le amenaza Josef Bühler.

—¿De verdad creyó que iba a arrestarme, detective? Ja, ja, ja —ríe Gruber—. Debo confesar, ha hecho usted un buen trabajo; ha descubierto la verdad, o al menos, parte de ella. Solo le faltó atrapar a los chicos malos —continúa diciendo en tono burlón.

—Dígame, ¿por qué matar por unos terrenos? ¿Qué tanto valen para usted? —pregunta Ludwig.

—Para mí y para cualquiera valen muchísimo. Sobre todo, por lo que hay oculto debajo. Así es, mi querido Inspector. Veinticinco años atrás, descubrimos oro en una fosa semienterrada del bosque; pero como nadie sabía de la existencia de una vieja mina abandonada bajo tierra en ese sitio, solo unos pocos quisimos repartir el botín. Pero había un problema: una maldita aristócrata había heredado dos mil hectáreas de campo y bosque encima de nuestra fortuna. Había que sacarla de allí a toda costa. Pero no se planeó su muerte en un principio. Siendo la autoridad del pueblo, fui varias veces a su cabaña para persuadirla de que me vendiera sus campos a precio razonable. Pero la muy estúpida no aceptó. Luego de insistir varias veces sin éxito, fui con algunos de los muchachos a darle una lección. Queríamos amedrentarla para que se fuera del lugar. Golpeamos a la perra y luego nos divertimos con ella. La condenada me hizo esto cuando la ataba a la cama —dice, señalando su cicatriz—. Aun así, no lográbamos nuestro cometido. Ya no sabíamos que más hacer. Le confiscamos dinero y joyas, y le ofrecimos devolverle sus pertenencias si se marchaba, pero su terquedad no tenía límites. Después —sigue diciendo Gruber— quedó embarazada y tuvimos que tomar una decisión porque ahora habría un heredero. Comenzamos a planearlo, pero no pudimos sobornar a todos y Zimer empezaba a molestarnos. Decidimos entonces eliminar a ambos de un solo golpe.

—¿Fue Baum, cierto? —pregunta el Inspector.

—Es usted muy perspicaz —dice Gruber.

El flashback revela que el Agente Hans Zimer caminaba por la avenida sin percatarse que a pocos metros detrás de él le seguía Egbert Baum, camuflado en ropas civiles. Cuando Zimer se detuvo en una esquina, sintió una presencia y se dio la vuelta. Lo último que pudo ver fue el caño de un revolver apuntando a su rostro. Los disparos estremecieron a los peatones que atemorizados, corrieron a buscar resguardo. El cuerpo sin vida de Hans manchaba con sangre los adoquines de la *Friedrichstrasse*. Se había dado inicio a la conspiración.

Mientras el asesino corría a toda prisa por las callejuelas del pueblo, el *Polizeichef Gruber* comprobaba el deceso de la víctima y ordenaba una persecución planificada meses atrás. Los efectivos corrieron a pie o a caballo a lo largo de la avenida, efectuando disparos y creando el caos general. Los gritos y las detonaciones provocaron la estampida de los animales de carga que impedían la circulación vehicular. Para generar aún más confusión, un segundo equipo de uniformados llevaba a cabo otra simulación por la *Nürnberger Straße*, en el sector este. Mientras los testigos creían que el asesino aún estaba huyendo por las calles, a las afueras de

Hersbruck, el autor de los disparos mortales se adentraba en el bosque Dunkel en dirección a su siguiente objetivo.

Avanzó sigilosamente hasta la cabaña de Minna Förstner, y cuando comprobó que ella se encontraba dentro, buscó por donde ingresar a la vivienda sin ser visto. La joven madre se hallaba alimentando a su pequeño en el dormitorio cuando fue sorprendida por Baum. El hombre no era un desconocido para ella. El agente había sido parte del «grupo de persuasión» de von Gruber.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —le increpó la mujer—. ¿No ve que estoy con mi hijo? ¡Váyase de mi casa!

El individuo miró hacia la ventana de la habitación y luego se retiró, cerrando bruscamente la puerta tras de sí. Minna le observó marcharse creyendo que el intruso dejaría de molestarle, y siguió amamantando a Omar. Había anochecido. Afuera, Heydrich y Mertz esperaban escondidos entre los matorrales. Momentos después, sintieron el crujir de ramas secas. Eran Motzer y Bühler que se acercaban por el otro flanco, rodeando la casa y asegurándose que nadie saliera de allí. En el interior de la vivienda, la joven madre sintió la presencia de algo extraño. Unos ruidos parecían provenir de afuera. Observó por la ventana y vio la claridad de una luz moviéndose en su dirección. Una silueta cargando un farol encendido se acercaba cada vez más. La mujer corrió con su bebe en brazos hasta la puerta. A pesar de los intentos, no pudo abrirla. Baum la había encerrado utilizando una gruesa cuña de metal que incrustó bajo la puerta cuando la cerró violentamente. Minna volvió su vista hacia la ventana al oír el estallido de los cristales. Miró la lámpara de aceite estrellarse contra el suelo de la habitación, mientras el combustible encendido se esparcía en todas direcciones. Los ojos horrorizados de la mujer reflejaron la luz incandescente del fuego. En su desesperación, alejó al niño de la cama al ver las sabanas arder y lo acurrucó en sus brazos, intentando en vano protegerlo. Con sus ropas envueltas en llamas, la vida de la mujer se desvaneció en un grito desgarrador de rabia y dolor. Su último pensamiento fue para su hijo: «¡Te vengaré!».

La casa ardió en una bola de fuego a causa de los materiales combustibles. El humo se veía desde pueblo y traería a muchos curiosos. Motzer —que a la muerte de Zimer se había convertido en el oficial de mayor antigüedad— ordenó a Bühler y Heydrich formar un perímetro de seguridad junto al límite norte de la urbe para evitar intrusos. Luego habló con Baum y se reunió con los otros dos agentes a la espera de la llegada del Jefe Gruber. La orden que había impartido era clara: identificar el cuerpo de la mujer antes de entregar novedades. Egbert Baum buscó entre las ruinas humeantes de la cabaña, pero no halló los restos carbonizados de Minna ni del pequeño Omar. Se sintió frustrado. Creía que ya había cumplido con su deber y decidió informar a Motzer sobre la situación. Pero primero debía hacer algo. Tenía que esconder la pieza de metal triangular antes que llegaran los técnicos investigadores. Así pues, encargó dicha tarea al Agente Mertz y se retiró del lugar. Cuando el fuego se consumió, Ernst comenzó a recorrer el área que había sido la

alcoba. Pudo distinguir el bastidor quemado de la cama y los restos carbonizados de los muebles, pero no encontró huesos humanos. «Qué extraño, parece como si se hubiesen evaporado», se dijo para sí. Luego fue por la cuña. Estaba cubierta con una capa residual de madera quemada. Como aún mantenía calor, utilizó un trozo de tela para removerla y apartarla fuera de la zona. Buscó un sitio entre los árboles y la enterró. Habiendo cumplido con su trabajo, comenzó a alejarse de allí cuando sintió una presencia proveniente de la casa incendiada. Ernst Mertz estaba en estado de shock cuando lo encontraron.

—¡Váyanse de mis tierras! ¡Váyanse de mis tierras! —murmuraba repetidamente. Era todo lo que decía. Le diagnosticaron demencia senil y fue internado en un hospital psiquiátrico. Termina el flashback.

—Baum cumplió sus objetivos y por ello fue debidamente recompensado cuando construí el Hotel; pero también sería el administrador de la mina —sigue diciendo Gruber—. ¿Cómo lo supo?

—Simple intuición —responde Ludwig—. Motzer fue siempre su amigo, y solo a alguien de mucha confianza se le da tanto poder, pero no se le somete a tanto riesgo. Los otros cómplices, poco visionarios, terminaron viviendo en unas tierras endemoniadas a la espera de su promesa de oro. Pero Baum era más astuto y ambicioso, y quería mejorar su posición. Y usted logró convencerlo al incluirlo en su proyecto.

—Así es, detective. Él era una ficha descartable. Si fracasaba en su misión, hubiera sido eliminado en aquella persecución; pero Zimer había muerto, y también la mujer. Así que seguí con el plan, confiscando las tierras y vendiéndolas a los agentes colaboradores a través de una empresa fantasma. Obtuve mucho dinero, el cual invertí en la construcción de mi lujoso hotel. El negocio me daría un lugar privilegiado entre la comunidad y podría relacionarme con la gente de la alta sociedad del país, sin tener que estar para ello pegado a las faldas de mi mujer. Pero aún faltaba lo más importante. Estábamos por comenzar la explotación minera de esos campos cuando empezaron las muertes, y después ya nadie quiso acercase a aquel sitio embrujado del monte —hace una pausa y continúa—. No sé para qué le estoy contando esto a alguien que en pocos minutos más estará muerto. ¡Háganlo desaparecer! —ordena Gruber, mirando a Bühler—. Cuando vengan de Berlín diremos que se ha perdido en ese maldito bosque. Llévenlo allí y mátenlo.

Esperan la llegada de los uniformados para transportar al detenido sin despertar sospechas. Arriba al lugar el Jefe, quien ha venido personalmente para encargarse del prisionero.

—Estoy aquí para asegurarme que usted llegue a su destino: ¡el maldito infierno! —dice Motzer, mirando de cerca los ojos de Ludwig—. ¡Llévense al reo! —les ordena.

Mientras es escoltado esposado fuera del hotel, un grupo de personas que venían caminando por la calle se topan con la guardia policial. Es entonces cuando el

detective aprovecha la ocasión y se lanza sobre ellos, creando confusión entre los agentes que ven como el detenido se les escapa corriendo por las calles del pueblo.

Albert se las arregla para llegar a los campos en la periferia urbana, intentando esconderse de sus perseguidores en las entrañas de Dunkel. Muy de cerca le sigue un policía a caballo, pero cuando éste se adentra en la espesura de la jungla, el animal se detiene bruscamente, relinchando y parándose sobre sus patas traseras, haciendo perder el equilibrio al carabinero que cae de espaldas violentamente contra el suelo. Llegan al sitio varias personas; entre ellos están Bühler y el propio Motzer. Dos de los policías se rehúsan a continuar la persecución.

—¡Malditos cobardes! —les grita el Jefe.

—Bühler, Rosenberg, ¡sigan adelante!

Los tres individuos persiguen a Ludwig entre la espesa selva, avanzando a toda prisa a cincuenta metros de distancia el uno del otro. Albert continúa moviéndose a tropezones, mirando hacia atrás de vez en cuando para intentar ubicar a sus cazadores. La abundante maleza y ramaje no permite hallarlos, pero logra oír sus voces. Uno de los perseguidores siente de repente una brisa en su espalda y se detiene para observar su retaguardia.

—¡Ahhhhh! —grita en agonía de muerte.

El aullido frena los pasos de Motzer, intentando prestar más atención al sonido. La espesura del bosque impide divisar a sus hombres.

—¡Bühler! —grita el Jefe—. No lo puedo ver, ¿dónde está?

—¡Por aquí! —responde Josef.

—¡Rosenberg…! ¡Rosenberg…! —grita nuevamente Motzer. No hay respuesta.

En ese momento, Albert pisa un hoyo y cae bruscamente con todo el peso de su cuerpo. Permanece inmóvil boca abajo, sin poder levantarse. Mira a su alrededor. Un fuerte hedor inunda el lugar. Ludwig se sorprende al ver dos cadáveres semienterrados en la fosa junto a él. Uno de ellos lleva puesto el uniforme de Policía.

—¿Sabe lo que hacemos con los entrometidos como usted? —dice Motzer, al llegar junto a los restos humanos—. Los hacemos alimento para gusanos, al igual que a su amigo Schulze. —Albert reconoce ahora al otro fallecido—. Pero ésta tumba compartida conserva en su seno nuestra gran riqueza —continúa diciendo el Jefe, mientras Bühler le apunta con su *Reichsrevolver M79*—. Fue en éste mismo sitio donde por casualidad encontramos una fortuna en oro durante una inspección de rutina. Así es, Inspector. Nuestro tiempo recién está comenzando, pero el suyo se está por acabar —dice, mirando a Josef y asintiendo para dar la orden de ejecución.

El disparo penetra en su espalda produciendo un dolor intenso. Su visión comienza a nublarse. Cuando Bühler se prepara para darle el tiro de gracia, empieza a sentir un extraño ardor quemante que inmoviliza su dedo índice. Esa sensación aumenta en intensidad térmica, la cual se expande rápidamente por su mano y antebrazo, hasta que toda su extremidad toma fuego mediante combustión espontánea. En medio de los alaridos de dolor y muerte, el cuerpo de Bühler se

consume envuelto en llamas. Entre gritos desgarradores, Motzer se dispone a terminar con la vida de Ludwig que permanece tirado boca abajo, esposado, y gravemente herido. En el instante en que lo encañona con su arma, una fuerza sobrenatural e invisible ataca al hombre con una furia imponente, apretando su garganta hasta estrangularlo. Cuando la vida de Adolf Motzer se extingue, su cuerpo es arrojado junto a los otros a la fosa común, y un fuerte viento en forma de remolino levanta una polvareda que cubre el lugar, haciendo que se pierda para siempre el rastro de la antigua mina de oro.

Cuando todo termina, el espíritu de Minna Förstner surge nuevamente. Ella se arrima a Albert, que está de pie, y mirándole a los ojos, le dice susurrando:

—Ya todo ha pasado. Ven amor mío, nuestro hijo nos espera.

Ambos se toman de la mano y comienzan a caminar hacia un sitio cercano, donde alguna vez estuvo ubicada la cabaña del bosque. La pareja se aproxima a la vivienda, la cual aparece intacta, como si el tiempo hubiese retrocedido. Cuando ellos ingresan a la casa de madera, ésta se desvanece junto a las figuras humanas, quedando allí los restos calcinados de un incendio ocurrido veintidós años atrás.

La historia es publicada en el *Hersbrucker Zeitung* a la mañana siguiente. Tiempo después, la Policía Imperial llega al hotel para arrestar a Gruber, pero éste es encontrado en su despacho con una bala en la cabeza. Su cuerpo aparece recostado sobre el escritorio, encima de un periódico manchado de sangre. El titular reza: «Desenmascarado el cerebro de los asesinatos de 1865».

—Informen al Gerente de lo que ha ocurrido aquí —ordena un oficial.

El recepcionista busca al *Hoteldirektor* por todo el edificio, pero éste no aparece. Ningún empleado lo ha visto ese día. Decide golpear la puerta de la alcoba principal, pero no recibe respuesta. Utiliza entonces la llave maestra para entrar en la habitación. Cuando el encargado ingresa al dormitorio, observa al Gerente acostado en su cama.

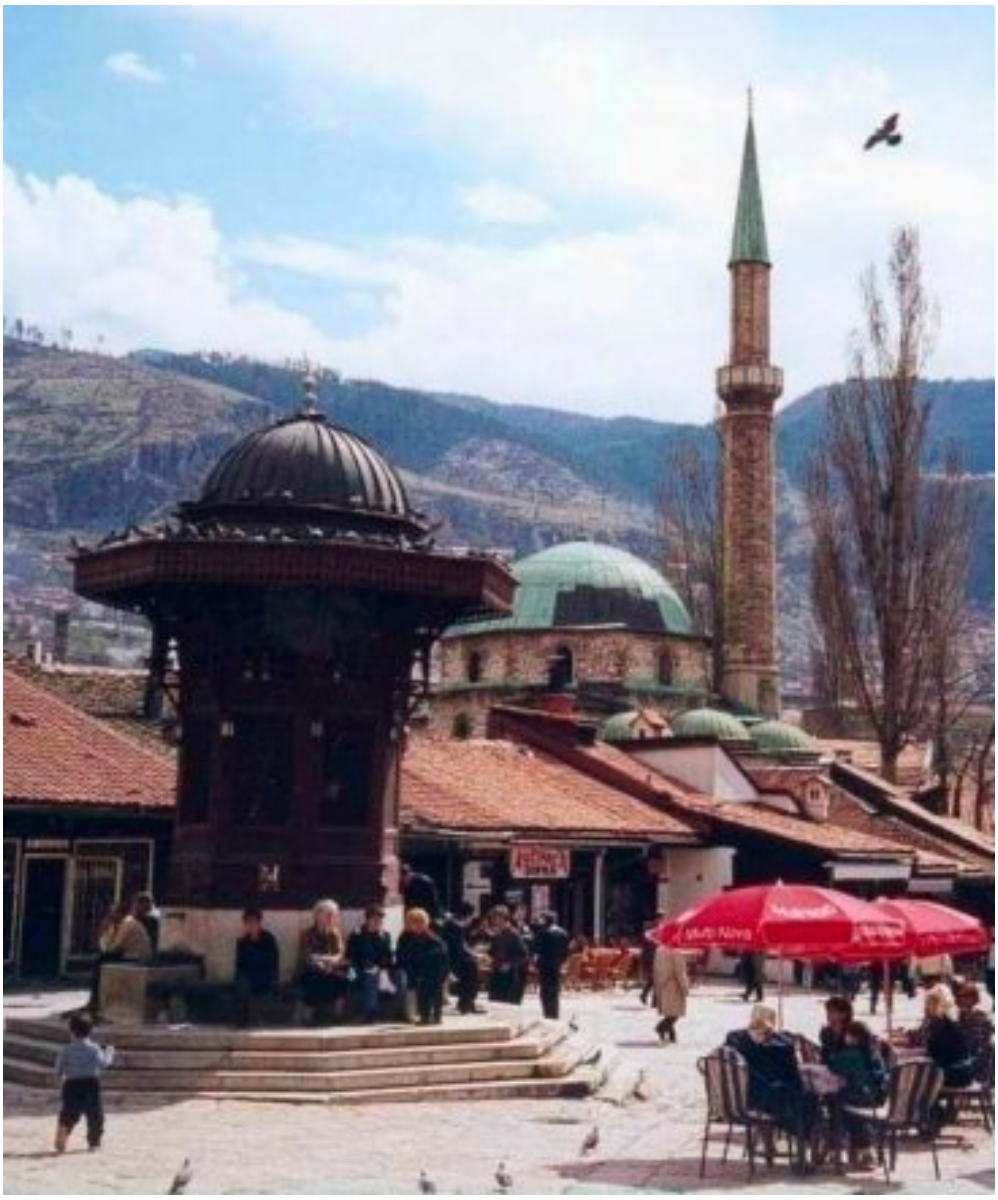
—*Herr Baum*, ¿se encuentra usted bien?

Al remover la sabana, se revela una macabra imagen. El rostro desfigurado e inerte refleja un grito aterrador de muerte. El hombre había fallecido de horror en circunstancias misteriosas durante la noche.

Seis meses después, la región del Dunkel es declarado Parque Nacional «Minna Förstner». Los cuerpos de Albert Ludwig y de las otras personas jamás fueron encontrados. No se oyeron más aullidos de temibles animales salvajes y los niños volvieron a jugar alegres y seguros en el bosque. Su secreto permanecerá oculto para siempre.

Algunos dicen que en las noches de luna llena, se puede ver a una pareja con un bebé en brazos pasear por el parque.

El Fantasma de Sarajevo



Plaza Baščaršija.

Centro histórico y cultural de Sarajevo.
Foto: GB Weber, abril 2000.

El joven inglés Robert F. Scott, estudiante de la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge, llevaba varios meses recorriendo las principales urbes europeas. Sus estudios sobre los acontecimientos del siglo pasado lo habían motivado a realizar este viaje a través de la Península de los Balcanes, llegando hasta Sarajevo, ciudad donde tuvo lugar el famoso atentado contra el Archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero de la corona Imperial, el 28 de junio de 1914. En aquella época, Bosnia y Herzegovina era una provincia del Imperio Austro-Húngaro y quienes perpetraron aquel crimen eran miembros de un movimiento que buscaba la emancipación del país y su incorporación a un nuevo estado unificado bajo el dominio serbio. Robert quería conocer el sitio concreto donde Gavrilo Princip, un joven nacionalista serbo-bosnio, había ejecutado aquella acción dando muerte al archiduque y a su esposa Sofía, Duquesa de Hohenberg. Si bien los libros de Historia dicen que éste fue el evento que detonó el inicio de la Primera Guerra, los motivos que de hecho condujeron a la conflagración mundial fueron más complejos y se venían gestando tiempo atrás.

Sucesos trágicos han seguido sucediendo en la capital de Bosnia a lo largo del siglo XX. En la primera mitad de la década de los 90, ocurrió el tristemente recordado asedio serbio sobre gran parte del núcleo urbano, habitado en su mayoría por musulmanes, durante la guerra que desmembró a la antigua Yugoslavia (aquel estado unificado que soñaran los eslavos del sur, surgido finalmente tras la Gran Guerra).

Afortunadamente, las dolorosas huellas del pasado se han ido desvaneciendo y la ciudad se aprecia de vivir nuevamente en paz. La metrópoli del nuevo estado europeo luce orgullosa sus modernos edificios de cristal, como el Avaz Twist Tower, la famosa torre de fachada retorcida, sede de un periódico local.

Rob, como lo llaman sus amigos, salió del Hotel Holiday donde se hospeda para hacer su primera caminata por la urbe. Mirando su edificación color amarillo intenso y marrón ocre, recuerda que aquel fue el hotel más famoso de la capital, construido en 1984 para los Juegos Olímpicos de Invierno. Una década después, este antiguo edifico fue el Centro de Prensa de las cadenas de noticias internacionales que cubrían el conflicto bélico. Aunque ya no lleva su nombre original, para la mayoría de los sarajevenses, éste sigue siendo el mítico Hotel *Holiday Inn*.

Robert comenzó su caminata por la avenida principal, denominada Dragón de Bosnia (*Zmaja od Bosne*), en honor a su héroe nacional Husein Gradaščević. Pero durante la última guerra, esta arteria fue apodada «Avenida de los Francotiradores», por ser una de las zonas más peligrosas de la ciudad. Siguiendo este bulevar, se pueden apreciar las torres del Centro de Negocios y el complejo de edificios gubernamentales que han recobrado su esplendor original. Rob continuó caminando hasta acceder a un agradable paseo junto al rio Miljacka, donde pudo percibir, entre otras construcciones emblemáticas: la Facultad de Leyes de la Universidad, la centenaria Sinagoga, el Teatro Nacional, el edificio de Correos y la Academia de Bellas Artes.

Robert Scott recorría la calle que bordea el rio observando la escasa profundidad de sus mansas aguas y sintiendo la historia a cada paso que daba. Fue aquí donde se enfrentaron civilizaciones e imperios: romanos, bizantinos, otomanos… Todos estos reinos pelearon por estas tierras y lucharon por difundir sus culturas y credos.

A lo largo del Miljacka pudo distinguir varios puentes, entre ellos, uno diseñado por Gustave Eiffel y el *Latinski Most*, situado a pocos metros de donde fuera asesinado el archiduque. Este era el primer sitio a donde Robert quería ir. Caminó varias manzanas hasta llegar al Puente Latino. Junto a éste se encuentra el *Muzej Sarajevo*, dedicado al período de dominio austro-húngaro entre 1878 y 1918. En la esquina del edificio se ha colocado una nueva placa conmemorativa en el punto exacto del magnicidio. Rob tuvo que agacharse para poder leerla y tomarle una foto. El texto, escrito en inglés y en la lengua local[1], describe lo sucedido de una manera objetiva:

«Desde éste lugar, el 28 de Junio de 1914, Gavrilo Princip asesinó al heredero del trono austro-húngaro Franz Ferdinard y a su esposa Sofía».

Luego de visitar el museo, el joven comenzó la búsqueda de un nuevo sitio, un lugar que había visto en imágenes en blanco y negro en una de sus galerías. Se trata de un edificio emblemático, que representa a la vez: el antiguo poder imperial y la riqueza del conocimiento pasado, presente y futuro. Desde su posición, pudo divisar la imponente estructura de características arabescas, junto al barrio histórico. Es conocida como *Vijećnica*, el antiguo Ayuntamiento en la época imperial, inaugurado en 1894. Después de la Segunda Guerra funcionó como Biblioteca Nacional y Universitaria en cuyo recinto, musulmanes, católicos, cristianos ortodoxos y judíos estudiaban y aprendían en convivencia y en paz. Rob recordó que el edificio de arquitectura morisca sobrevivió a la última conflagración mundial, pero no a la última de las guerras balcánicas.

En la noche del 25 de agosto de 1992, fue alcanzado por la artillería serbia apostada en los cerros que rodean la capital. El fuego fue incontrolable durante horas por la falta de agua. Los serbios habían cerrado el grifo. Lo único que podían hacer los voluntarios era arrojar miles de libros por las ventanas en un intento por preservarlos del fuego. Pero, por más esfuerzo que se hizo, no se pudo evitar la destrucción de dos millones de volúmenes de incalculable valor, algunos de 600 años de antigüedad. Las guerras no solo matan gente, también masacran la historia, y las milicias serbo-bosnias recibieron la orden de destruir el pasado que tenían en común con musulmanes, católicos y judíos. Con mucho esfuerzo y gracias a la donación de varios países, principalmente de la Unión Europea, se logró finalmente devolver la belleza original al majestuoso palacio. El 9 de Mayo de 2014, luego de dos largas décadas, se reabría éste monumento histórico y cultural de Sarajevo.

Después de viajar a través del tiempo y repasar los turbulentos años de conflictos que asolaron esta región, Rob comenzó a contemplar el entusiasmo con que vive hoy la ciudad, en el rostro de los jóvenes que pasaban por el lugar.

«Ellos son el futuro —pensó—. No se estancan en el pasado, pero aprenden de él para que lo malo no vuelva a ocurrir. En esencia, son la luz que guía el futuro de esta región».

El inglés seguía observando a los transeúntes y principalmente, a las jovencitas esbeltas de ojos claros y cabellos dorados, muy comunes entre la población eslava. A pesar de todas las clases y los libros de historia que había leído, él seguía sin entender como serbios, croatas y bosniacos no podían entenderse entre sí. Para él, todos eran iguales: Tenían el mismo color de piel, hablaban el mismo idioma, compartían una historia en común y hasta usaban las mismas prendas de moda. ¿Por qué enfrentarse cuando se puede disfrutar la vida en un país rodeado de mujeres hermosas? Este pensamiento le pareció muy superfluo, pero en aquel momento, fue lo que realmente le pasó por la cabeza al contemplar la bulliciosa y moderna urbe, veinte años después de finalizado el conflicto.

Desde *Vijećnica* viró a la izquierda por la calle Teladi hasta acceder a *Baščaršija*, «la plaza principal de mercado». Este es el antiguo barrio turco, centro histórico y turístico de la ciudad, donde predominan los antiguos bazares y tiendas de artesanías y suvenires.

Las palomas son un elemento importante en el entorno. Ellas vuelan continuamente alrededor de la *Sebilj* o Sebil, que en árabe significa: «fuente pública» y está ubicada en el centro de la plaza. Este manantial de agua, construido de madera y piedra, data de 1753. Rob recorrió la plaza con entusiasmo, observando las aves volar a su alrededor. Luego se detuvo en un bar y pidió una cerveza local: *Sarajevsko Pivo*. Tras descansar unos minutos volvió a su paseo por el barrio antiguo.

Vagando nuevamente entre bazares y comercios, llegó hasta la Mezquita de Gazi Husrev-Beg, el recinto sagrado del Islam más importante del país. Recorrió su muro externo cargado de ventanales, pero no accedió al patio interior, al no tener la seguridad de ser admitido en este sitio religioso del siglo XVI.

«¿Podría un infiel visitar éste hermoso templo dedicado a Mahoma?», se preguntó.

En una esquina pudo observar a varios transeúntes que se refrescaban con el agua que emanaba de dos tuberías abiertas que salían de una pared del muro de la mezquita. Aún tenía calor, a pesar de la cerveza y el reposo, por lo que decidió aproximarse y esperar su turno para refrescarse. Cuando tuvo para él la fuente de la mezquita, se acercó para disfrutar del flujo de agua que caía permanente de las cañerías del muro. En ese instante, sintió una presencia junto a él y se dio vuelta para observar. Frente a Scott se encontraba un sujeto de mediana edad, vestido con una túnica parecida al *bekishe* judío de color gris claro. Llevaba barba espesa y un sombrero *Fez* negro. Aquel extraño de ropas anticuadas sorprendió a Rob:

—*Piti vodu! Piti vodu!* —le dijo el hombre al inglés, juntando las manos como si las usara para cargar agua—. *Mnogo vitalnosti, vječni život!* —seguía diciendo, mientras continuaba gesticulando con sus manos.

Rob miró a su alrededor para ver si alguien observaba aquella escena, pero nadie precia ponerle atención. Cuando volvió la vista, el exótico personaje había desaparecido. Asombrado por aquella situación, se acercó a preguntar a un joven que pasaba por allí, pero éste pareció no entenderle. Siguió caminando en busca de aquel individuo de sombrero turco, pero no encontró a nadie con aquel aspecto singular. Quizás fuese algún artista promocionando la cultura local, o tal vez era un guía turístico enseñando los atractivos del lugar. Pensó que en ese caso le sería de mucha utilidad y estaría dispuesto a pagarle para que le diera un tour histórico por los diversos sitios de interés. Desistió de su búsqueda después de recorrer sin éxito varias calles del popular mercado. Regresó al hotel cargado de intriga y planeó su tiempo para el próximo día.

A la mañana siguiente, se puso su campera de cuero y vaquero azul, y fue a visitar el Museo Nacional de Bosnia, ubicado frente al complejo. Descubrió con tristeza que dicha institución había cerrado sus puertas por falta de presupuesto.

«Es una lástima que la cultura tenga tan poco valor para los políticos», pensó.

Decidió entonces volver a *Baščaršija*, para continuar su recorrida por los bazares del barrio histórico, pues tenía que tomar fotos y comprar algunos suvenires. Mientras caminaba por el bulevar, recordaba la información recabada en Internet durante la noche anterior. Le vino a la mente algunas de las palabras que el «turco» le había mencionado, haciendo el gesto con las manos. *Vodu* significa «agua» en diversos idiomas eslavos, inclusive el ruso, según vio en el diccionario. Y *vital-algo*, supuso que sería sinónimo de «vitalidad». Así pues, el mensaje que le habría dado aquel sujeto de gorra de fieltro hacía referencia a la pureza del agua proveniente de la fuente de la mezquita. Sus beneficios para la salud tal vez tendrían alguna connotación religiosa, describiéndola como «agua bendita». Pero recordó que por culpa de aquel insólito personaje, él no había podido refrescarse al iniciar repentinamente su búsqueda.

Aún había algo más que lo intrigaba: En *Wikipedia* descubrió una fotografía donde se podía observar a un caballero sentado junto a su mujer, vestido con una túnica larga y llevando un sombrero turco. Pudo ver en aquel hombre la figura del sujeto de la mezquita. Lo que más confuso le había dejado esa imagen de Internet era que aquel retrato en blanco y negro pertenecía a una familia de judíos sefardíes de la Bosnia Otomana del siglo XIX. A diferencia de lo que se piensa hoy, judíos y musulmanes convivieron bastante bien en los territorios otomanos, muy distinto de lo que había ocurrido en los países cristianos a partir de fines del siglo XV. Recordaba como los judíos y musulmanes fueron expulsados de la España Católica y de otros lugares de Europa. Tal vez por ese motivo no hubiese sido un problema para un judío descendiente de aquellos desterrados, que en su país adoptivo utilizara un atuendo de moda típico de la cultura islámica.

Robert volvió al antiguo bazar, pero ésta vez no lo hizo bordeando el río. Prefirió, en cambio, marchar por la avenida Mariscal Tito. De camino, cambió 200 Euros por

390 KM (Marcos Convertibles) en la *Market Banka Agencija*, y contempló la Llama Eterna en honor a los caídos en la Segunda Guerra Mundial.

Luego siguió por la avenida peatonal Ferhadija, la calle más popular de la ciudad. Rodeado de construcciones arquitectónicas del período Austro-Húngaro y cientos de tiendas y comercios, Rob pudo observar a los transeúntes disfrutar de un agradable paseo por la moderna urbe, antes de acceder al antiguo barrio turco. Un bullicio de gente colmaba la avenida, llenando patios de comidas, bares y tiendas de marcas famosas.

Entre los edificios más destacados de la zona, se encuentran dos iglesias, tan cercanas físicamente como distantes en su ideología (al igual que las entidades que integran la República de Bosnia y Herzegovina). Por un lado, la hermosa Catedral Ortodoxa de la Natividad de los Teotokos, ubicada en la Plaza de la Liberación. Esta iglesia comenzó a construirse en 1863, cuando Bosnia era parte del Imperio Otomano y contó con el apoyo financiero del propio Sultán del Imperio. Sin dudas, aquel Monarca dio en su época una lección que debería haber perdurado en el tiempo.

Y a continuación, a pocos pasos de la plaza, se encuentra la Catedral Católica Corazón de Jesús, de estilo neo gótico, que fuera fundada en 1887. Se dice que éste edifico es un símbolo de la comunidad, al tener algunos de sus elementos presencia en las banderas y escudos del Cantón y de la Municipalidad de Sarajevo.

Más allá de la Iglesia y luego de una larga caminata, el inglés volvió a entrarse en el período de la Bosnia Otomana. Llegó hasta la Gran Mezquita, en honor al patrón de la ciudad: *Gazi Husrev-Beg*, quien donara su fortuna para la construcción del barrio histórico. Con mucha decisión, Rob caminó hasta el surtidor del muro externo de la mezquita y bebió al fin el agua bendita. Él no tenía religión, era cristiano protestante por tradición, pero poco afecto a la devoción. Por ello sentía un gran respeto por las demás creencias. Luego de refrescarse, continuó su camino hasta la plaza, sin dejar de mirar a su alrededor en busca del misterioso hombre. Pero éste no volvió a aparecer.

Caminó por el entorno de la *Sebilj* mirando a las palomas revolotear a su alrededor. Se preparó para tomar una fotografía del lugar con su móvil de última generación. Aquel sitio le parecía hermoso y debía quedar plasmado para la posteridad. Deseaba hacer una foto mientras las aves volaban sobre la fuente morisca en forma de quiosco. Sabía que debía esperar unos minutos hasta que las aves sintieran algún movimiento y comienzan a batir sus alas, dando vueltas en círculo sobre la magnífica explanada. Esperó en vano; los pájaros no se alborotaban. Curiosamente había pocas personas que estaban sentadas inmóviles junto al monumento de madera y nadie ni nada que las espantase.

Con la cámara en mano y pronto para disparar la instantánea, recordó el libro de Arturo Pérez-Reverte: *Territorio Comanche*, cuando mencionaba la molestia de una periodista alemana cada vez que las bombas asustaban a las aves de ésta plaza. Deseaba tener una manera pacifista de hacerlas volar, pero sin hacer el ridículo en

público. Observó a un niño jugando en el área, pero sintió que le era imposible transmitirle al chiquillo la idea de corretear a los pequeños animalitos. En consecuencia, se cansó de esperarlas y decidió hacer la foto. En la imagen se podía apreciar la *Sebilj* y la mezquita de *Baščaršija* detrás; y por encima del minarete, una solitaria paloma extendiendo sus alas, como símbolo eterno de paz y armonía entre las comunidades que habitan ésta hermosa ciudad. Sin dudas, aquella imagen adornaría un privilegiado rincón de su hogar.

La caminata le había dado apetito. Decidió entonces almorzar algún bocado y tomarse una *Pivo* en los alrededores de la plaza. Le encantaba aprender algunas palabras para poder comunicarse con la gente local y demostrar así su interés por la cultura del lugar. Creía que ese era un acto diplomático de primer nivel y siempre lo aplicaba cada vez que podía. Fue a una panadería y pidió un *sendvič* de *salame* con *majoneza*. Aunque sea difícil de creer, la lengua nativa podía, en ocasiones, no ser tan compleja de entender como pareciese. Mientras esperaba que le hicieran el emparedado, sintió por casualidad una conversación entre un turista norteamericano y una empleada de la tienda panificadora. Comentaban acerca de ciertas leyendas y creencias populares. En determinado momento, la joven bosnia señaló hacia un cuadro en la pared donde había un dibujo de la *Sebilj* con un texto que le tradujo a continuación. Dicha escritura describía una de las fábulas locales:

«*Quien sea creyente y beba el agua de la fuente, su alma aquí vivirá eternamente*», leyó con voz cordial.

—Disculpen —interrumpió Rob, antes que el americano pudiera pronunciar palabra—. ¿Sabes tú si esa alegoría se refiere solamente al surtidor de la plaza, o podría ser aplicable a cualquiera de los bebederos de la ciudad?

—Es de suponerse que el texto hace alusión a *Baščaršija*, por ser el punto turístico más importante de Sarajevo, pero en realidad eso nadie lo sabe. De todas formas, es solo un mito —enfatizó la muchacha.

Robert no pensaba lo mismo cuando salió del local. Mientras almorzaba su bocadillo frente a la *Sebilj*, sus ideas giraban en torno a aquella leyenda y al misterioso hombre que había visto anteriormente junto a la mezquita. Tal vez fuese eso lo que le había querido decir aquel caballero. Quizás se habría referido a determinadas «propiedades mágicas» que se dice tienen las aguas provenientes de aquel sitio sagrado. Rob pensó en la Alhambra de Granada y los fantásticos secretos escondidos entre sus murallas por los antiguos moradores musulmanes, cuyas alegorías fueron retratadas magistralmente por la mano de Washington Irving en su libro: *Cuentos de la Alhambra*. Quizás existiese alguna similitud entre las míticas historias de los moros de *al-Ándalus* y la de los otomanos en el Eyalato de Bosnia. Robert pensó en posibles semejanzas y en seguida reafirmó un concepto: lo que compartieron otomanos y moros fue la adoración por el maravilloso tesoro que la naturaleza les había proporcionado en abundancia, en estas tierras europeas: el *agua*. La importancia que le dieron a este elemento natural se vio reflejada en los sistemas

de riego, las fuentes, los baños y el sistema de calefacción como el que se utilizaba en la Alhambra, mediante la circulación de agua caliente proveniente de los baños turcos a través de las estancias. Este sistema funcionó bien hasta la conquista de Granada en 1492. En consecuencia, no sería de extrañar que muchos cuentos populares de esta región también hicieran referencia al agua.

Luego de almorzar, el joven se acercó hasta un local de suvenires en la calle Kazai. Mientras observaba una gran variedad de recuerdos para elegir, le preguntó a la dueña del local si por casualidad conocía la famosa leyenda. Lo que la mujer contó le dejó aún más intrigado:

—Existe una leyenda negra que habla de la muerte —le dijo, y comenzó a buscar entre los libros de una estantería—. ¡Este es! —exclamó la señora, mientras acercaba al muchacho una publicación de tapa dura color negro. Al abrirla, Rob se percató que estaba escrita en alfabeto cirílico. La dama le comentó que era un antiguo texto de Historia, que en determinado capítulo hacía referencia a una fábula local. Ojeando el libro, la mujer le tradujo la siguiente frase: «*Quién beba el agua de la fuente y no sea creyente, perecerá en esta ciudad trágicamente*». La señora comenzó a revelarle de qué se trataba todo esto—: Cuando era niña, me contaron ésta historia: Había una vez, un mercader judío que vendía alfombras persas en un bazar de *Baščaršija*. Un día, tenía tanta sed que bebió del agua de la fuente durante una gran tormenta. En ese instante, cayó un rayo muy cerca del lugar. Fue tan grande el estruendo y tan potente la luz que el hombre se fue corriendo, espantado del susto. Pero a pocos metros de allí, una rama de un viejo árbol que se sacudía violentamente por el viento, se quebró y le cayó encima, matándolo instantáneamente. Desde entonces, se cree que cualquier persona que no crea en el Islam y beba del agua, estará condenada a morir aquí, en esta ciudad. Pero no debe alarmarse —prosiguió la mujer con una leve sonrisa— es solo una fábula.

Rob se puso a reflexionar sobre el tema, mientras contemplaba una *matrioska* en uno de los estantes del local de recuerdos.

«No sería ilógico especular con la posibilidad de que la tradición cristiana ortodoxa hubiese difundido una versión del cuento del *agua bendita islámica*, agregando algún detalle malicioso», pensó.

Rob se retiró del comercio intrigado, habiéndose olvidado de comprar un souvenir. Se preguntaba si algún otro caminante se habría encontrado con el «turco» y sufrido alguna desgracia personal luego de probar el agua. Esta idea de la leyenda negra lo mantuvo bastante inquieto durante el día, pero en algún momento le pareció que todo era una ridiculez y que no debía prestarle la más mínima atención.

Entonces fue a caminar por el centro urbano para olvidarse de aquellas fantasías. Decidió hacer un *City Tour* en tranvía. Aquel era su último día de visita en los Balcanes, y a la mañana siguiente tenía que embarcarse muy temprano, en un vuelo de Lufthansa de regreso a Inglaterra. En la plaza *Baščaršija* se subió al tranvía número 3 que recorre Sarajevo en un circuito que va desde el casco antiguo hasta el

suburbio Ilidža, junto a la pista del aeropuerto. El joven se sentó junto a una ventana para observar apacible el panorama desde un cómodo asiento del tranvía. Mientras el moderno tren hacía su recorrido por la capital bosnia, las personas se veían pasar a través del ventanal colmando plazas, bares y restoranes, disfrutando del agradable sol que aún brillaba en aquella tarde de verano. El transporte continuó circulando junto al gran *boulevard* que cruza el área metropolitana de este a oeste. Podía ver el río Miljaka entre los edificios en su ruta serpenteante paralelo a las vías del metro. El británico había comprado una *dnevna karta*, un boleto que le permitía viajar sin restricciones el día entero, por lo que se bajó al final del trayecto en Ilidža y esperó la salida de la línea que lo llevaría de regreso al hotel.

Mientras aguardaba en la estación, comenzó a observar el ticket que tenía en su mano. En un costado tenía marcada la fecha del día y en el centro del boleto aparecía dibujado un tranvía a caballo. Debajo de éste estaba impresa una fecha: 1885. Robert recordó que éste medio de locomoción había comenzado a circular aquel año del siglo XIX con el tranvía a caballo y diez años más tarde se incorporaba el tranvía eléctrico, siendo éste uno de los más antiguos del mundo.

La máquina comenzó su camino de regreso a *Baščaršija*. Rob se sentó en el mismo lado del vagón para poder disfrutar del recorrido observando la acera opuesta. Pudo comprobar que se han reconstruido decenas de edificaciones y flamantes centros comerciales han sido levantados a lo largo de la avenida. La moderna urbe europea mostraba así su mejor imagen para adentrarse en las próximas décadas del siglo XXI.

En determinado momento, el tranvía se detuvo. En la esquina de la calle Malta, la luz de un semáforo estaba permitiendo el cruce de automóviles y peatones. De repente, algo le llamó la atención, mientras observaba desde la ventana del ferrocarril. Entre las personas que pasaban frente al local de *Mobil Media*, se encontraba una figura humana que se veía a la distancia. El sujeto permaneció parado, inmóvil, mirándolo fijamente. Su rosto y vestimenta le fueron familiares. Era la silueta de aquel individuo que había visto en el barrio antiguo de la ciudad. Lo había encontrado nuevamente.

«¿Por qué estaría allí? —se preguntó Robert—. Posiblemente andaría recorriendo las fuentes de alguna mezquita de la zona», especuló.

El tranvía seguía detenido a causa del semáforo. El inglés aprovechó la ocasión para bajarse y cruzar apresuradamente la avenida. El hombre lo seguía observando fijamente, entre la gente que pasaba caminando a su lado, aparentemente sin percatarse de su presencia. Robert cruzó rápidamente la doble vía y se acercó al sujeto con la intensión de formularle un sinfín de preguntas. Las luces habían cambiado, dándole paso a la locomotora, pero ésta y otros vehículos seguían detenidos. El tránsito en la avenida continuaba paralizado por completo. Cuando por fin lo tuvo en frente y estaba a punto de comenzar un exhaustivo interrogatorio, el misterioso hombre pronunció éstas dos únicas palabras. La misma frase que Rob no

había podido descifrar el día anterior:

—*Vječni život!*[2]

Instantes después, asintió con la cabeza y se alejó del lugar, desvaneciéndose entre la multitud. El joven confundido no logró entender en aquel momento lo que le quiso decir el viejo mercader, hasta que un sonido le llamó la atención. Lo que Robert podía oír era la sirena de un vehículo acercándose a gran velocidad. Dándose vuelta, pudo ver lo que ocurría.

Había un hombre tirado en la calle sobre el cruce peatonal. Se acercó a la gente que se agolpaba a su alrededor en medio de la avenida y se abrió paso entre la multitud para mirar. Cuando Scott observó de cerca al infortunado, su rostro horrorizado reveló lo que se encontraba frente a él. El individuo que yacía sin vida sobre la acera vestía campera de cuero y pantalón vaquero azul. En ese instante se dio cuenta de lo que había sucedido:

Quizás aquel mercader judío jamás volvió sus pasos para comprobar lo que realmente le había ocurrido y siguió caminando sin destino a través del tiempo por las congestionadas calles de la ciudad. Sin haberse percatado jamás de su deceso y creyendo haber encontrado la Fuente de la Juventud, quiso obsequiar las bondades de la vida eterna a quien estuviese dispuesto a escucharlo. Y sin saberlo, Rob había aceptado su macabra oferta, en el momento de beber aquella «agua mágica». Ahora su alma permanecerá allí como un eterno fantasma, deambulando sin rumbo en el tiempo por las calles de Sarajevo.

Regreso a las Cavernas

La siguiente es una historia de ficción escrita en 1995.

La fecha era 5 de Noviembre de 1999. Recuerdo aquel día como si hubiese sido ayer. Toda la gente en Montevideo estaba asustada de muerte. Unos corrían sin dirección, otros gritaban y lloraban. La mayoría huían en sus automóviles a ningún sitio, porque no había lugar a donde ir. Yo era la única persona que podía lograrlo. Creo que nadie en el pueblo pudo sobrevivir aquel día.

—¡Nos quedan diez minutos! —dijo el locutor en la radio.

El tiempo se estaba acabando. Apresuradamente, fui hasta el patio trasero de mi casa. Junto a un diminuto pino había algunas piedras. Las retiré y empecé a escarbar el terreno arenoso con mis propias manos, en busca de una capa de concreto. Cuando la alcancé, escudriñé hasta encontrar una cubierta, la cual removí y rápidamente ingresé por una portezuela hasta el refugio. Cerré la tapa y la pesada portilla herméticamente con un mecanismo de manivelas y bajé a toda prisa por una escalera. Esperé aterrado e inquieto. Sesenta segundos más tarde, sentí una fuerte sacudida acompañada de un ruidoso estampido que estremeció mis oídos.

No sé cómo se llegó a éste punto. Todo había comenzado tres años atrás, cuando me mudé a un pequeño pueblo llamado Montevideo, en el estado de Minnesota. En el ámbito internacional, una nueva Guerra Fría entre Rusia y los Estados Unidos se había iniciado después de la muerte del Presidente Boris Yeltsin, el 7 de agosto de 1996. Rememoro las palabras de su Consejero de Defensa y actual Presidente diciendo en la TV rusa:

—La Madre Rusia debe detener la expansión de la OTAN a nuestro propio territorio. Vamos a utilizar todo nuestro poder contra las naciones occidentales si ellos ignoran nuestras demandas.

La mención «territorial» hacía referencia a su zona de influencia: las 14 repúblicas que junto a Rusia constituían la antigua Unión Soviética. Y en dicho discurso, decir «todo su poder», implicaba incluir su arsenal nuclear en las amenazas. Por lo tanto, cuando Lituania y Ucrania se unieron a la Organización del Tratado del Atlántico Norte como nuevos miembros, el nuevo líder ruso, Alexander Lebed, anunció el envío de tropas para invadir éstos estados soberanos.

Unos meses después, las cosas se habían tornado peor aún: Una expansión de la guerra en Medio Oriente y el inicio de conflictos armados en Asia y el este de Europa hacían presagiar el desastre. Por un lado, grupos islámicos fundamentalistas habían unido fuerzas contra Israel y Arabia Saudita, los principales aliados de Estados Unidos en la zona. Como consecuencia, Tel Aviv y Riad habían sido atacadas por comandos terroristas utilizando armas atómicas portátiles. Mientras tanto, Corea del Norte invadía el sur y China utilizaba sus misiles nucleares contra Taiwán y Japón. En Europa de Este, ciudades como Kaunas, Riga, Minsk, Sebastopol, Kiev, San Petersburgo y Moscú habían sido reducidas a cenizas casi por completo. Proyectiles nucleares fueron fácilmente adquiridos por grupos armados como el Ejército Patriótico Ucraniano. Estas unidades paramilitares eran independientes y no obedecían a ningún gobierno. Como parte de la resistencia contra el invasor ruso,

estos combatientes respondieron los ataques utilizando el mismo tipo de armas letales que sus enemigos. En seis meses, casi 45 millones de personas habían muerto en toda Europa y Asia.

En ese momento, el reelegido Presidente Bill Clinton estaba intentando persuadir al Congreso de mantener una política de no intervención, aun después de que algunos de sus aliados habían sido literalmente borrados del mapa. Increíblemente, todo el continente Americano permanecía aún fuera del conflicto y cualquier movimiento sería considerado suicidio. Sin embargo, el 22 de noviembre de 1998, el Presidente fue asesinado en extrañas circunstancias. La versión oficial afirmaba que había sido asesinado por un solitario terrorista enviado por el gobierno cubano. Cuando el vice Presidente Bob Dole asumió la jefatura de gobierno, declinó continuar con la política de Clinton enviando la maquinaria de guerra norteamericana al campo de batalla, incluyendo 250 mil soldados a Europa y unos 100 mil hombres para invadir Cuba. Esta acción sentenció nuestras vidas.

Cuando las tropas de Estados Unidos arribaron a los cuarteles de la OTAN en Alemania, Italia y España, fueron completamente aniquiladas con armas de destrucción masiva. Se dijo públicamente que submarinos nucleares rusos habían lanzado una serie de misiles de corto alcance hacia las bases militares occidentales. La otra misión también fracasó. Los soldados americanos fueron atacados por proyectiles rusos instalados en suelo comunista, antes de que estos pudieran alcanzar la isla caribeña. El próximo paso fue unirse a la conflagración nuclear.

Sabía que todo esto iba a suceder. Predije el inicio de la III Guerra Mundial cuando Rusia invadió Ucrania en 1997. Pero, ¿qué iba a hacer yo? ¿Cómo podría sobrevivir un ataque atómico aquí en el medio del estado de Minnesota? Bueno, la respuesta fue crear un agujero en el suelo, un refugio subterráneo grande y profundo. ¡Sí, eso es! ¡Un bunker antinuclear!

Había comenzado levantando un pequeño granero en el fondo de mi casa, para mantener oculto el lugar durante el proceso de construcción. Luego, empecé a cavar el suelo dentro de la frágil estructura de madera. Me tomó dos años y medio completar mi propia tumba del futuro. Cuando el trabajo finalizó, el galpón fue fácilmente desmantelado. El área oculta habitable estaba localizada 4 metros debajo del terreno y se encontraba protegida por paredes de cemento y acero que median 2 metros de ancho. Sabía que algún día necesitaría aquel sitio. Seguido de un ataque nuclear, me mantendría vivo en una habitación de 25 metros cuadrados bajo tierra, por un período de tiempo no estimado. Para éste propósito, planifiqué tener reservas alimenticias, oxígeno, agua y energía eléctrica.

Con mucha dificultad, logré colocar 4 tanques de agua de 2 mil litros cada uno dentro del refugio. Llenos podría vivir, si necesitara, casi 30 años usando solamente alrededor de 1,5 litros por día. Para mantener el agua potable, instalé unos batidores y unas lámparas UV dentro de los tanques. La idea era sobrevivir todos los años que pudiera hasta que los niveles de radiación en el exterior fuesen normales. La cantidad

de alimento que necesitaría durante tres décadas de confinamiento también debería de ser abundante. Pero, ¿qué tipo de comestibles podrían ser preservados por todo ese tiempo? La comida enlatada y el arroz empacado podrían durar años, si se mantienen en un lugar fresco. De todas formas, el alimento era un problema difícil de resolver. Otra cuestión crítica a examinar era el aire. Había creado un pequeño jardín con plantas de gran tamaño que producirían suficiente oxígeno para una persona durante algunos años, hasta que se pudiera abrir una cubierta conectada a un sistema de tuberías que llegaría al mundo exterior. ¿Podrían los filtros de aire salvarme de la radiación? No lo sabía, pero era un riesgo que tenía que correr. Finalmente, tenía el problema de la energía. Necesitaba electricidad para las mezcladoras de agua, las comunicaciones de radio, el horno de microondas y las lámparas UV y fluorescentes para mantener las plantas vivas. Había instalado un generador de electricidad a gasoil y cuando la reserva de combustible se acabara, desplegaría un panel solar conectado al bunker. Usaría una bicicleta de ejercicio y hasta mis propios desperdicios para generar la energía necesaria para sobrevivir.

El tiempo ha pasado. Hoy es 1ro. de enero del año 2030. He estado viviendo bajo tierra por casi 31 años, esperando a que llegase éste día. La jornada es especial porque es mi cumpleaños. Ahora tengo 58. Mis reservas de alimentos y agua están agotadas.

Necesito salir al exterior. Debo hacerlo. Quiero sobrevivir. No esperé todo este tiempo para nada. Abandonaré mi refugio hoy mismo.

Ahora estoy abriendo la portezuela. Me quedaré unos instantes con mis ojos cerrados mientras se acostumbran a la luz…

Puedo ver ahora… El sol brilla a pleno. Se aprecia el color verde en todas partes.

¡Oh, Dios mío! ¡La panorámica es hermosa! Se observan árboles y plantas cubriendo los restos de las casas destruidas. Estoy caminando alrededor del lugar. Puedo oler la fragancia de las flores. ¡Es increíble!

¡Un momento! Tengo la sensación de que no estoy solo aquí… ¡Oh! Puedo detectar movimiento dentro de las ruinas! Parece ser que hay un grupo de personas alrededor de una fogata.

¡Aaahh!, grito de dolor. Me han herido… con algún tipo de lanza… No puedo sostenerme… me desplomo…

Puedo sentir que alguien me jala de los brazos… Duele muchísimo mi espalda… Me están llevando a las ruinas donde están los otros… Puedo verles ahora… Están todos vestidos con pieles de algún tipo de animal… Hablan entre ellos en un lenguaje extraño… No logro comprenderles… ¿Qué están diciendo…? Todos ellos tienen cabellos largos y barba… Me recuestan junto al fuego… Puedo sentir la calidez de las llamas… Están por hacer algo… Uno de ellos empuña… un hacha… y camina hacia mí…

…Me… gustaría… descansar… ahora…

Saludos desde el Espacio

La siguiente es una historia basada en hechos reales.

Era una fría madrugada de fines de septiembre de 2011. En un cielo estrellado, se apreciaba una tenue curvatura lunar en sus últimos días de fase menguante. Circulando por una desolada carretera, un pequeño coche color gris se hacía paso en la noche. En su interior viajábamos cinco personas: cuatro familiares y una amiga en común como invitada. Habíamos decidido pasar unos días inolvidables visitando un místico rincón del noroeste del país. Aquel lugar cambiaría para siempre nuestras vidas.

Dentro del automóvil, el ambiente era muy confortante. Nadie se sentía cansado, ni siquiera el pequeño Iñaki; por el contrario, todos estábamos ansiosos por llegar a nuestro destino. Esta inquietud se reflejaba en las conversaciones que estaban teniendo lugar. Alexandra, su marido y primo mío, Gerardo, y Sandra, eran practicantes de Reiki y conocían muy bien el entorno a donde nos dirigíamos. Sus diálogos describían con exactitud las bondades de aquel aislado paraje que ellos iban a volver a visitar.

—La zona posee una gran energía debido a la riqueza de sus suelos, abundantes en cuarzos y cristales diversos —decían. También hacían referencia al hospedaje donde nos instalaríamos.

—La Posada Santa María es un lugar sumamente tranquilo y amistoso. A pesar de su sencillez y humildad, el ambiente en el hostal es muy apacible y acogedor. El aire que se respira brinda una paz espiritual que enriquece el alma —aseguraban.

Pero el motivo concreto del viaje no era quedarnos en aquel parador. Nos dirigíamos allí para visitar un sitio específico, un lugar de culto cargado de misticismo. El objetivo era llegar hasta el establecimiento agrícola *La Aurora*. En el predio ubicado frente a esta estancia se había levantado una pequeña capilla en cuyo interior se hallaba una estatua del Padre Pío. Anualmente, miles de personas peregrinan hasta ésta zona impulsados por la Fe. San Pío de Pietrelcina, nombre con el que fue canonizado por Juan Pablo II, fue el primer Sacerdote estigmatizado cuyas heridas en manos y pies atrajeron multitudes que buscaban acercarse a él para confesarse y besar sus extremidades. El religioso falleció en 1968 y desde entonces, miles de fieles alrededor del mundo lo veneran y muchos enfermos aseguran que el Santo tiene poderes curativos, habiendo logrado sanar a muchos de ellos.

Fue esa Fe la que motivó a los propietarios de *La Aurora* a erguir un lugar de culto en su honor, al conmemorarse cien años de su nacimiento ocurrido el 25 de mayo de 1887, en la provincia italiana de Benevento.

Pero no todos teníamos las mismas expectativas en éste viaje. Mientras unos buscaban la paz espiritual, para mí, la aventura tenía otra connotación. El nombre de *La Aurora* hacía referencia a un lugar famoso por avistamientos de OVNIs a partir de un incidente ocurrido allí hace cuarenta años:

En una noche de verano de 1976, cerca de las 22 horas, apareció en el cielo una potente luz que descendió sobre la estancia y provocó quemaduras en árboles y animales. Aunque mucha gente pudo ver el fenómeno, los informes de estudios

oficiales de CRIDOVNI (Comisión para la Recepción e Investigación de Denuncias de Objetos Voladores No Identificados de la Fuerza Aérea Uruguaya) llevados a cabo a partir de 1979, no revelaron ningún acontecimiento sobrenatural aquel día, limitándose a dar como un hecho que lo acontecido en aquel sitio había sido provocado por el impacto de un rayo.

Desde entonces ha sido un destino de peregrinación para los cazadores de «platillos voladores», pero también para los devotos del Padre Pío, después la construcción de la Capilla en 1987. La sopa energética se había cocinado con una mezcla heterogénea de ingredientes místicos, espirituales, religiosos, sobrenaturales, incluso con componentes alienígenas y mineralógicos; estos últimos gracias a las propiedades de las piedras de cristales y cuarzo del lugar. Todo ello ha dado como resultado un entorno mágico y singular, cargado de una potente energía.

En determinado momento, siendo yo poco entendido en ciertos asuntos, pregunté sobre la relación entre el Reiki y la devoción por el Padre Pío. Sandra y la pareja de esposos me explicaron que el Reiki es una práctica del budismo japonés que habla de la influencia espiritual, las prácticas de autosanación, la fuerza sobrenatural, la presencia divina y milagrosa, y el poder de la energía. Existe entonces una vinculación con seres de otro nivel espiritual que a veces se manifiestan a través de fenómenos en el cielo, y su vínculo con la Tierra está dado por los puntos energéticos del planeta donde periódicamente se reúnen, como ser Machu Picchu, las pirámides mayas y egipcias, o ésta zona del país, rica en cuarzos y cristales diversos.

Todo eso era muy interesante, pero para mí, el motivo del viaje estaba estrictamente relacionado con el tema OVNI. Desde que de niño había visto la película de Spielberg: Encuentros Cercanos del Tercer Tipo (o Encuentros en la Tercera Fase) y había escuchado hablar del incidente en *La Aurora,* solamente quería ver extrañas luces en el cielo. Y Sandra así me lo aseguraba:

—Vas a ver que podrás observarlas —me decía durante el viaje— ya lo verás.

Luego de más de tres horas de viaje, nos desviamos de la ruta 3 para acceder a un estrecho sendero de tierra llamado: Camino de Tierras Coloradas, que nos llevaría hasta el hospedaje. La conversación seguía transcurriendo en torno a la visita que haríamos al otro día a la Gruta del Padre Pío. Entonces Gerardo dijo:

—¿Por qué no vamos ahora?

—Es cierto —dijo Alexandra— por éste mismo camino se va al santuario.

—Sí —continuó diciendo Gerardo— alcanzaremos la curva donde está la estancia, un par de kilómetros más adelante.

Fue así que decidimos hacer una parada en aquel lugar inhóspito, en plena madrugada húmeda y fría. Aminoré la velocidad al llegar a la curva y estacioné el automóvil junto a una columna de luz que iluminaba la entrada al predio. Frente al mismo, al otro lado del camino, se encontraba el portón de la Estancia *La Aurora*. En realidad, el establecimiento agrícola-ganadero es una propiedad privada y no se permite el acceso al público, pero es muy común ver a la gente agolpada en su

entrada para observar la casona a lo lejos. El dueño de la estancia falleció hace unos años y ahora el lugar es administrado por sus hijos. Fue muy grato para mí observar la estancia desde la portera. Cuando era niño había oído hablar de aquel sitio y ahora tenía la posibilidad de estar allí en persona, haciendo una foto.

Volvimos nuestros pasos nuevamente hacia el predio donde se encuentra la gruta, el cual estaba cercado con alambrado. Para ingresar al mismo había que pasar por un pórtico de madera. Avanzamos hacia el manto de oscuridad que teníamos en frente, caminando en silencio con la idea de llegar hasta la mística figura del Padre Pío. Gerardo llevaba una linterna, pero aun así era difícil avanzar por el camino sinuoso con la ayuda de una tenue luz. Decidimos entonces detenernos, apagar la linterna y contemplar el cielo nocturno por unos instantes, antes de iniciar el camino de regreso. Teníamos expectativas de poder ver algo inusual en el cúmulo de estrellas de la vía láctea. Eran las 4:30 de la mañana y no había aún indicios de claridad en el horizonte. Solamente se podían divisar las diminutas luces de los distantes soles en el lóbrego cielo del hemisferio sur. Alexandra sostenía de la mano a su hijo, pero no sentía temor a la oscuridad, solamente curiosidad e ilusión. Nos quedaríamos allí un par de minutos y volveríamos, porque hacía frío. Habría tiempo de regresar al día siguiente. Seguimos contemplado los astros en la bóveda celeste unos instantes más hasta que, de repente, vimos una débil luz viniendo desde el oeste.

—¡Es solo un satélite! —grité, demostrando ser el más escéptico de todos. Segundos después, se escuchó la voz exaltada de Gerardo que decía:

—¡Allí va otra!

Efectivamente, se podía apreciar otro pequeño punto luminoso trasladándose en dirección opuesta desde el este. Eran lucecitas similares a las estrellas muy lejanas, pero sin emitir su característico parpadeo. Habíamos comenzado a divertirnos en grande con lo que estaba aconteciendo. Solos allí, en medio de la noche, contemplando un espectáculo celestial. El poder ver luces moviéndose en el cielo era un acontecimiento intrigante y misterioso. Pero mayor aún fue nuestro asombro cuando observamos la presencia de un tercer objeto que venía del norte perpendicularmente a ambas, que cruzaba en sus trayectorias. Me sorprendió de sobremanera, pues nunca había conseguido ver más de dos ingenios espaciales orbitando la Tierra en un mismo cuadrante.

Seguíamos contemplando la hermosa escena, sin poder evitar alegrarnos por lo que estábamos mirando.

—¡Que maravilloso! —dijo Alexandra.

—¡Espectacular! —agregó Gerardo.

—¡Increíble! —exclamó Sandra.

Para mí, lo que se percibía en el cielo era una cantidad inusual de satélites cruzándose en sus órbitas, en aquel preciso momento. Pero Gerardo y los otros habían logrado advertir algo más:

—¡Observen como se mueven en zigzag! —dijo mi primo, en medio de la

algarabía.

Nos encontrábamos viviendo una aventura verdaderamente mágica. No habían transcurrido ni cinco minutos desde que habíamos llegado al sitio y ya estábamos disfrutando de una extraordinaria exhibición de luces. Pero la noche aún guardaba su principal sorpresa.

Con el supuesto de que nos hallábamos observando el pasaje de «platos volantes» sobre nuestra posición, Gerardo decidió hacer algo fuera de toda lógica: Levantando su mano, alzó la lámpara al cenit y comenzó a emitir una serie de flashes intermitentes, encendiendo y apagando la linterna, con el propósito de enviar un saludo amistoso desde la Tierra a los visitantes interestelares que cruzaban en ese momento sobre nuestras cabezas. Toda mi incredulidad se desvaneció en aquel instante cuando, desde la órbita terrestre, recibimos una inesperada respuesta: Tres potentes ráfagas de luz destellantes provenientes de aquella «nave extraterrestre» fueron enviadas hacia nuestro planeta; señales desde el espacio que ocurrieron en el preciso segundo en que Gerardo completaba su gesto de cortesía.

Lo recién ocurrido había superado toda nuestra imaginación. A partir de ahí, nada fue igual para el grupo. Durante los días siguientes, recibimos la paz y armonía espiritual que habíamos venido a buscar, pero no volvimos a ver objetos en el cielo.

Si fueron vehículos espaciales los que surcaron el firmamento aquella noche jamás lo sabremos. Tal vez haya sido el Padre Pío enviando un saludo celestial, o quizás aquellas luces fueran simplemente satélites de comunicaciones y aquel resplandor centelleante no haya sido más que el reflejo de la luz de nuestro astro golpeando algunos de los paneles de celdas solares de uno de estos artefactos orbitales. Tal vez eso haya sido lo ocurrido; pero quien sabe, a lo mejor, en aquel momento, desde las alturas, una criatura de un lejano mundo quiso dar un ejemplo de cordialidad intergaláctica devolviendo un saludo a los habitantes de éste pequeño y azulado planeta.

Percival tenía Razón

Cada día, Alfred R. Wallace regresa tarde y cansado del trabajo. Su extensa jornada culmina en un congestionado autobús, viajando durante dos horas desde la gran ciudad. Cuando desciende del vehículo, tiene que cruzar un oscuro y tenebroso bosque para llegar a su hogar. Una noche, Alfred caminaba a través del denso arbolado cuando levantó su vista hacia el cielo claro y estrellado. Un punto de luz que se movía desde el este, a 80 grados sobre el horizonte, llamó su atención.

«Es un satélite», pensó, y continuó su camino. Unos minutos más tarde, sintiendo un extraño escalofrío, miró nuevamente hacia arriba y no pudo creer lo que veían sus ojos. La pequeña mota luminosa que había visto antes, se había convertido en un objeto volante resplandeciente, ubicado justo en su cenit. De repente, vio destellos de colores a su alrededor. Eran tan brillantes que tuvo que cerrar sus ojos. Cuando las luces se apagaron, notó que ya no estaba en el mismo lugar. Era un sitio oscuro. Lo único que Wallace podía ver era a un grupo de estrellas a través de una ventana circular. Cuando se acercó, apareció ante sus ojos una esfera nubosa y de tono azulado. Aquella imagen lo dejó por un instante sin palabras, impasible e inmóvil.

¿Era la Tierra lo que realmente veía?, se preguntó. ¿Se encontraba él en el espacio exterior?, volvió a interrogarse. El gran globo pronto se tornó más y más pequeño, como si la nave especial estuviese viajando a gran velocidad.

«Esto debe ser una broma —se dijo—. Alguien debe estar proyectando una simulación 3D en un entorno de realidad virtual».

Unos minutos más tarde lo pudo contemplar: era nuestro vecino planeta ¡Marte! Había viajado millones de millas en apenas unos momentos. La nave comenzó haciendo una órbita completa alrededor del astro rojo. Pasó cerca de Fobos, el más grande y cercano de los dos satélites naturales, descubiertos por Asaph Hall en 1877. Marte, llamado así por el Rey Romano de la Guerra, es también conocido como *Barsoom*, el hogar de la bella Dejah Thoris, Princesa de Helium, en la serie de novelas fantásticas escritas por Edgar Rice Burroughs.

Desde el espacio, Alfred alcanzaba a divisar claramente su superficie. Los cráteres dominaban el paisaje marciano. Muchos de ellos aparecían como si sus bordes hubiesen sido lijados, mostrando planas sus partes bajas.

Observó cadenas montañosas y los famosos «canales». Desde que el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli, en 1877, describió en sus observaciones muchas líneas rectas en la planicie de Marte, la gente ha persistido en la idea de sugerir que la palabra *canali* hacía referencia a la presencia de vida inteligente en aquel mundo.

Percival Lowell, fundador del Observatorio Lowell en Arizona, expandió la idea de los canales de Schiaparelli creando así una fantasía a gran escala sobre seres inteligentes viviendo en Marte. Nuestro personaje conocía estas antiguas especulaciones, pero no pensaba en esa posibilidad. Todavía creía que todo lo que veía en la pantalla circular era parte de un sueño o de alguna clase de alucinación. Aún podía sentir la gravedad terrestre pero no percibía ningún sonido; todo estaba en silencio. Miró por la ventana nuevamente. Pudo distinguir la belleza de la capa polar

norte, constituida por dióxido de carbón en forma de nieve. La esfera volante pronto comenzó a penetrar la fina atmosfera de Marte. Capas de nubes azuladas se podían ver a 20 millas de altura. Luego la nave atravesó un manto de materia pulverizada. La luz del día marciano permitió observar el interior de la misma. Alfred echó una mirada a su alrededor. No había presencia de computadoras o alienígenas. Todo lo que veía era un espacio vacío. Unos instantes después, la esférica embarcación se posó sobre la superficie del planeta rojo. Miró nuevamente hacia afuera. El paisaje se veía rocoso y desértico, como en las escenas captadas por el Vikingo 1 en 1976.

Algunos minutos pasaron. Alfred Wallace se movió hacia una pared para sentarse en un rincón. Cerró sus ojos esperando poder ver su hogar nuevamente cuando los abriera. Pero se quedó dormido y soñó con la Tierra. Paradójicamente, cuando duerme en su cómoda cama terrestre suele imaginar viajes espaciales a Marte y al más allá. De repente, se sobresaltó al sentir un sonido. Cuando abrió sus ojos, vio una abertura en el piso de la nave. Al acercarse notó que había un túnel, un pasaje al mundo planetario subterráneo. Pensó en no moverse de donde estaba, pero de pronto todo el lugar comenzó a sacudirse. A través de la ventana pudo ver una gran nube de polvo amarillento moviéndose rápidamente en su dirección.

—¡Tormenta de arena! —gritó, mientras intentaba descender apresuradamente por el túnel esperando alcanzar algún sitio seguro en el subsuelo marciano, mientras vientos de 10 metros por segundo golpeaban violentamente la nave y densas capas de polvo se filtraban en la oscuridad del conducto subterráneo. Cuando Alfred alcanzó un nivel seguro bajo tierra, el pasaje sobre su cabeza se cerró.

Inesperadamente, se encontró a sí mismo aislado dentro de un elevador frío y oscuro, que había comenzado a hundirse en el desconocido suelo de Marte.

Una semana marciana después, Wallace abrió sus ojos. Se encontraba recostado en una habitación vacía y polvorienta. Cuando se incorporó, sintió la liviandad de su cuerpo. Aun no se habituaba a los 0,37g de la gravedad terrestre.

«¡Percival Lowell tenía razón! —pensó, mientras miraba a su alrededor—. Sus fantasías sobre el planeta rojo fueron siempre reales», se dijo sorprendido.

Una hora más tarde, Alfred se unió al grupo. Se podría decir que eran habitantes de Marte, pero entre la multitud no habían hombrecillos verdes. La mayoría de ellos pertenecían a distintas especies biológicas trasladadas a éste planeta miles de años atrás. Por lo tanto, no podrían clasificarse como marcianos autóctonos. La mayoría de los alienígenas ni siquiera pertenecían a nuestro Sistema Solar. Algunos eran de Titan, Europa o Encelado, pero muchos otros habían sido traídos de los sistemas solares *Gliese* y del exoplaneta *Kapteyn b*, a 12,8 años luz de distancia.

Los humanoides habían comenzado la caminata en el momento indicado, a través de un ancho y polvoriento camino. Cada uno siguió el procedimiento establecido, pero nadie sabía por qué. No conocían a sus captores. No podían verlos.

«Tal vez sea la *Voz* —pensó Wallace—. Quizás es esa distorsión que sentimos en

nuestras cabezas. La *Voz* mantiene nuestras mentes calmas y bajo control. La *Voz* parece ser un ser inteligente, posiblemente de otro planeta».

El largo y sinuoso camino llegaba hasta un complejo urbano: la ciudad subterránea de *Karceris*. Su arquitectura estaba formada por numerosos edificios pequeños y rectangulares hechos con piedras sin labrar. En algunos casos, las rocas eran grandes y estaban trabajadas, pudiéndose apreciar los cortes precisos que separaban unas de otras. Todas las estructuras eran edificadas sin techo ni paredes internas. Algunas tenían amplios espacios y ventanas, y sobre la cima de una elevación, había una construcción pequeña pero perfectamente delineada. La mayoría de los bloques de edificios fueron construidos miles de años atrás, cuando llegaron aquí los primeros seres inteligentes.

El grupo se dispersó. Cada criatura estaba asignada a uno de los refugios. Dentro de cada casa de piedra había distintos tipos de herramientas. La *Voz* llamó al deber, diciendo lo que debían hacer con esos instrumentos. Cientos de trabajadores comenzaron con sus tareas. Alfred era también parte de esa masa obrera. Él quería saber cuál era el fin de su trabajo, pero la *Voz* no se lo dijo. Podría ser que existiese agua bajo la superficie del planeta y esas herramientas que ellos ensamblaban sirvieran para construir canales subterráneos. ¿Quién podría saberlo?

Las horas pasaron. De repente, Alfred se percató de algo. Se dio cuenta de que no había ingerido alimentos ni bebido líquidos desde que arribó al planeta. La extraña e inquietante sensación que tenía se debía a que, a pesar de esto, no sentía apetito ni sed alguna. Tampoco recordaba cuando había llegado a Marte; parece que había perdido completamente el sentido del tiempo. Continuó con sus labores hasta que la *Voz* les ordenó que se detuvieran. Cada uno salió de sus lugares de trabajo y comenzaron a reunirse en una explanada, a los pies de la colina.

Aquel era el *Día de la Procesión*: la jornada del Séptimo Sol. Todos permanecieron en silencio y en posición marcial en la plaza principal, manteniendo sus miradas elevadas hacia la pequeña casa: el Templo dedicado a la *Voz*. El *Señor* difundía su *Voz* a la masa y Wallace se unió a la hermandad en su rezo.

—Seguidamente, habrá una ceremonia —la *Voz* anunció—. Como cada Séptimo Sol, el *Señor* proveerá a uno de ustedes con una criatura femenina. El *Elegido* la esposará y juntos se unirán al *Grupo Selecto*, al *Otro Lado del Templo*.

En ese momento, los obreros que estaban a ambos lados de su posición comenzaron a apartarse, al tiempo que empezaba a sentirse en un estado de levitación. Durante su ascenso sobre la polvorienta colina percibió nuevas emociones. A medida que se acercaba al Templo, la *Voz* parecía sonar más fuerte en su cabeza. Instantes después, Alfred se encontraba dentro del Santuario, construido de rocas rectangulares y cubicas perfectamente talladas. Mientras permanecía aun flotando algunos centímetros del suelo, una deslumbrante figura surgió frente a él. Una hermosa joven de piel morena y largo pelo negro estaba allí, esperando a su pareja. Sus ropas eran simples, pero finamente decoradas. Se componían de una túnica larga

de lana de una pieza, que combinaba blusa y falda, cubriendo sus hombros y espalda hasta los tobillos, atada a la cintura con una larga y ancha faja. Llevaba ornamentos de oro y planta en sus orejas y cuello. La mujer se acercó a Wallace y sonriéndole le dijo:

—*Rimaykullayki*[3] —y llevando su mano a su pecho agregó—. *Ylla*[4].

Una puerta detrás de ella se abrió. Antes de ingresar al portal que lleva al *Otro Lado del Templo,* Alfred tuvo tiempo para formular una última pregunta a la *Voz*. Él no sabía si iban a ser transportados a otro sitio entre los túneles subterráneos de Marte, si iban a viajar a un exoplaneta, o hacia algún otro rincón de la galaxia; lo que Alfred Russell Wallace supo en aquel momento era que nunca más regresaría a la Tierra, y que viviría hasta la eternidad con una compañera humana, una chica nacida hace cientos de años en el antiguo Imperio Inca.

La tormenta pasó. El terreno arenoso del planeta rojo se veía como de costumbre, inhabitado. El único objeto artificial que se podía apreciar era un artefacto en forma de araña, colocado allí por la tecnología del hombre. Sobre su superficie metálica todavía se podía leer la palabra: «VIKING».

Sensación de Muerte

El siguiente es un hecho real que me sucedió hace unos años…

Era casi la medianoche. La voz del altoparlante anunció la salida. Todos se apresuraron a despedirse de sus parientes y amigos, y subieron a los autobuses. Me habían asignado el vehículo número 20, asiento 9. El lugar era cómodo y había suficiente espacio para estirar mis piernas. Unos minutos más tarde, el bus comenzó a moverse. Las casas se vieron pasar por la ventana, hasta que las luces de la ciudad se apagaron. La oscuridad pronto se transformó en una hermosa noche luminosa.

Luego de revisar los boletos, el guarda del coche cerró todas las cortinas para que el resplandor del exterior no molestara el sueño de los pasajeros, durante las seis horas de viaje. Visto desde el pasillo central, aquel vehículo parecía un gran contenedor sacudiéndose de un lado a otro. No podía ver lo que estaba ocurriendo afuera. Pronto, el movimiento se volvió calma. Todos los viajeros a mi alrededor se veían dormidos. Intenté descansar, pero seguía en la vigilia mirando la oscuridad del lugar.

El tiempo pasó. Me sentía somnoliento cuando ocurrió…

Lo que recuerdo fue ver al ómnibus dando vueltas, como un trompo o peón en medio de la carretera. No podía creer lo que estaba ocurriendo. ¡Era muy real! Los neumáticos seguían resbalando sobre el pavimento. Me aferré atónito al asiento reclinado. Nadie parecía notar lo que estaba sucediendo.

«¡Aguanta! Aguanta, por favor», supliqué en silencio.

Aquellos pocos segundos me parecieron horas. Aterrorizado, esperé impotente que el bus saliera disparado fuera de la ruta, o que todo terminara en un choque frontal con otro vehículo. Aquel momento fue tan impresionante que casi me paraliza el corazón.

De pronto, todo mi cuerpo se sacudió. Moví la cortina de mi ventana lo más rápido que pude. La vista se apreciaba con normalidad. El bus continuaba su camino a través de un sendero campestre, iluminado por la luna llena.

Notas

[1] Lengua local de Bosnia: serbocroata (cirílico), croataserbio (latín). Popularmente, el mismo idioma es referido como serbio, croata o bosnio. <<

[2] ¡Vida eterna! <<

[3] Hola, te saludo. <<

[4] Nombre que significa: luz, sagrado, confianza. <<